

Dupl.

AMÉRICA

REVISTA DE CULTURA HISPANICA

CONTENIDO:

MANUEL UGARTE: La Obra Continental. — ANTONIO MONTALVO: Romance Campesino. — GREGORIO MARAÑÓN: Juventud, Comprensión. — MEDARDO ANGEL SILVA: A las Dulces y Laboriosas Hormigas. — CESAR E. ARROYO: En la Fiesta de la Madre. — CARLOS SABAT ERCASTI: Libro del Corazón. — HUGO MONCAYO: Simón de Bolívar, El Mozo. — HIPATIA CARDENAS DE BUSTAMANTE: Prosas Líricas. — CARLOS H. ENDARA: Montalvo Panfletario. — NICOLAS FUSCO SANSONE: Poemas. — OSCAR EPREN REYES: Un Capítulo de "Historia de la República". — MARY CORYLE: Mi Canto es América. — GIL DE RAIS: El Centenario de Montalvo. — CARLOS ARTURO CAPARROSO: Poemas. — La Ideología de Montalvo: compilación de ALFREDO MARTINEZ. — HUGO MONCAYO: El Correo de Ultramar.

AÑO VI

Nº 44

Imprenta Nacional

AMERICA

Publicación del GRUPO AMERICA

Directores:

Augusto Arias

César E. Arroyo

Alfredo Martínez

Suscripción, en América y Extranjero,
entrega de seis números:
Un dólar

Dirección postal:

GRUPO AMERICA,

Casilla 75. Quito, Ecuador. S. A.

A los escritores de lengua española

EL GRUPO AMERICA ruega, de una manera especial, a los escritores de habla española el envío de sus publicaciones para dedicarlas a la Biblioteca de Autores Hispanoamericanos. El Grupo remitirá en cambio, su revista y los libros que publique. El intercambio intelectual es indudablemente, el medio más eficaz de contribuir a la realización de los propósitos de concordia hispanoamericana.

GRUPO AMERICA

SOCIOS:

Arias Augusto
Arroyo César E.
Albornoz Miguel Angel
Bustamante Hipatia Cárdenas de
Barrera Isaac J.
Bossano Luis
Escudero Gonzalo
Jaramillo Alvarado Pío
Moncayo Hugo
Martínez Alfredo
Montalvo Antonio
Reyes Oscar Efrén
Sánchez Manuei María
Velasco Ibarra J. M.
Zaldumbide Gonzalo

SOCIAS COLABORADORAS:

Adelaida Velasco Galdós, en Guayaquil
María de la Torre id.

SOCIOS REPRESENTANTES:

Victor Hugo Escala, en Venezuela
Guillermo Bustamante, en la Argentina
Benjamín Carrión, en el Perú
Hernán Pallares Z., en Inglaterra

BIBLIOTECA DE AUTORES HISPANOAMERICANOS

El Grupo América ha recibido las siguientes publicaciones, cuyo envío agradece efusivamente a los autores y personas que, de esta manera, simpatizan con sus fines americanistas:

MANUEL NUÑEZ REGUEIRO: Equis.—Rosario de Santa Fe, Argentina.

MANUEL MORENO MORA: En la Torre de Marfil.—Cuenca, Ecuador.

CESAR E. ARROYO: Galdós.—Quito, Ecuador.

AUGUSTO ARIAS: Virgilio en Castellano, El Corazón de Eva, Mariana de Jesús, En Elogio de Ambato.—Quito, Ecuador.

JUAN MONTALVO: El Descmulgado.—Envío de la Biblioteca de Autores Nacionales, de Ambato.

VICTOR M. RENDON: Obras Dramáticas, Tom. II.—Niza, Francia.

EDWIN R. A. SELIGMAN: Cinco Conferencias, Problemas Básicos Latino Americanos.—Envío de la Dotación Carnegie para la Paz Internacional, New York.

HUMBERTO SALVADOR: Bambalinas, En la Ciudad he Perdido una Novela.—Quito, Ecuador.

ERNESTO ALIAGA SUAREZ: La Marcha Libertaria en América.—La Paz, Bolivia.

JOSE FRISANCHO: Del Jesuitismo al Indianismo.—Cuzco, Perú.

ALFONSO RUMAZO GONZALEZ: Vibración Azul.—Quito.

NICHOLAS MURRAY BUTLER: El Uno y los Mas—y otros ensayos—. Tendencias Políticas de los Estados Unidos.—Envío de la Dotación Carnegie para la Paz Internacional, New York.

D. AGUILERA MALTA, E. GIL GILBERT, J. GALLEGOS LARA: Los que se van—cuentos del cholo y del montuvio.—Guayaquil, Ecuador.

CARLOS DEUSDEBES: Surtidores Blancos.—Quito.

JULIO CESAR FORD: La Casa en donde el Hombre Buscó el Amor, Horizonte de Imágenes.—Buenos Aires, Argentina.

JOSE JUAN BIANCHI: Estrellitas.—Buenos Aires, Argentina.

GUSTAVO VALLEJO LARREA: La Cantera.—Riobamba, Ecuador.

JESUS VAQUERO DAVILA: Aspectos Sociológicos de la Nacionalidad Ecuatoriana.—Envío del Ministerio de Gobierno.—Quito

LUIS BOSSANO: Apuntes Acerca del Regionalismo en el Ecuador.—Envío del Ministerio de Gobierno.

EMINENTE CREACION CIENTIFICA

Millares de certificados irrefutables de médicos, jueces, fiscales, jefes del ejército, ingenieros, sacerdotes, etc., etc.

¡ O J O S !

ENFERMEDADES DE LOS OJOS—PRODIGALUZ
ENFERMEDADES INTERNAS Y EXTERNAS—PARPADOS

Marca registrada según las leyes.

Preparado por el doctor J. MARTINEZ MENENDEZ

Condecorado con la Cruz del Mérito Militar por servicios profesionales. Especifico único en todo el mundo; que cura radicalmente las enfermedades de los ojos, por graves y crónicas que sean, con rapidez asombrosa, evitando operaciones quirúrgicas que con tanto fundamento atemorizan a los enfermos. Desaparición de los dolores y molestias a su primera aplicación. Eminentemente eficaz en las oftalmías graves por excelencia en las granulosas (granulaciones, purulenta y hemorragia, queratitis, ulceraciones de la córnea, rijas, etc). Las oftalmías originarias de enfermedades venéreas curadas en breve tiempo. Maravilloso en las infecciones postoperatorias. Hace desaparecer las cataratas. Destruye microbios, cicatriza y desinfecta y cura para siempre. No más remedios arsenicales, mercuriales, nitrato de plata, azul metileno y otros tan terribles usados en clínicas. Las vistas débiles y cansadas adquieren prodigiosa potencia visual. ¡No más neblina! ¡Siempre vista muy clara! ¡Jamás fracasa! En 99 por 100 de los enfermos curanse antes de concluir el primer frasco del específico. Salva de las espantosas tinieblas perpetuas. Cura sin quemar—PRODIGALUZ— Cura sin irritar. PRODIGALUZ eclipsa para siempre el tratamiento por los colirios conocidos hasta hoy y en todos los gabinetes oculísticos; colirio que en mayor parte de los casos no hace más que empeorar el mal, irritando un órgano tan importante como la mucosa conjuntival. El nitrato de plata, causa de verdadero terror de los enfermos y de muchas cegueras, lo hace desaparecer. Aplíquese en recién nacidos sin temor alguno.

PRODIGALUZ, CURA EL GLAUCOMA

PRODIGALUZ es completamente inofensivo, y produce estupendos resultados sin causar la menor molestia a los enfermos. Detic-

Concurso Literario Internacional

Invítase a los escritores de lengua española a un concurso para la celebración del primer centenario del nacimiento de Don Juan Montalvo.

Tema del concurso: Montalvo y su tiempo.

Carácter de los trabajos: biográfico, crítico o histórico.

Premio: la edición de la obra, que será entregada íntegramente al autor favorecido.

Jurado: Tres miembros del Grupo.

Plazo de entrega: el 31 de Enero de 1932.

Remítanse los trabajos a esta dirección:

Grupo América. Casilla 75. Quito, Ecuador S. A.

ne la miopía progresiva. ¡Enfermos de los ojos: estad seguros que curaréis en brevisimo tiempo, usando el portentoso específico PRODIGALUZ. (Exigid la firma y marca en el presinto de la cubierta). Pagos adelantados.

Precio del frasquito, cien pesetas o su equivalente en moneda del país—Dirección exclusiva: M. CUADRADO — Madrid.— Limón 13—Envíos a todas partes. Pagos por cheque.— ¡Exito infalible! Sin cocaína, atropina ni ninguna otra substancia peligrosa como se puede comprobar, sometiéndolo a un minucioso análisis cualitativo. Exclusivo.

¡UNICO EN EL ORBE!

M. CUADRADO—Limón 13—Madrid (España).—Utilizad la vía aérea

LA OBRA CONTINENTAL

Manuel Ugarte

El movimiento de la juventud latino americana en estos últimos años es síntoma seguro de que se acercan tiempos nuevos; nunca se vio en nuestras repúblicas el entusiasmo, la rebeldía, la fe en destinos mejores que hoy vibra en todas las capitales, de norte a sur de la América Hispánica, como si se encendiera el porvenir.

Cuando inicié hace un cuarto de siglo mi prédica en favor de la coordinación de los pueblos del Sur para detener el avance del imperialismo norte americano, y en contra de las oligarquías que nada intentaron para oponerse a él, nuestras repúblicas dormían; y fueron pocas las voces que se hicieron eco de mis inquietudes. Hoy arde el Continente en un solo fervor. Los raros intelectuales que se recluyen en el arte por el arte, los escasos escritores que se solidarizan con las dictaduras, se van quedando al margen de la opinión, solos en la playa de donde se retira el mar. Atados a un estado de cosas que la razón condena, hacen esfuerzos inútiles para conservar contacto con las nuevas generaciones. Por no haber sido sinceros, serán sacrificados. Y de la justa sanción saldrán lecciones para el porvenir.

El programa de todas las Uniones, Alianzas, Asociaciones y Ligas antimperialistas de la América Latina es sensiblemente el mismo, puesto que todas aconsejan en lo exterior una resistencia a los avances de los Estados Unidos y en lo interior una renovación que nos liberte de los cómplices que la tendencia tiene entre nosotros. La actividad de los partidos y de los núcleos de izquierda responde a una ineludible necesidad renovadora.

Es admirable la labor de los hombres que dirigen o inspiran esas entidades, cuya acción resulta cada día mas eficaz. Hay que saber lo que cuesta en nuestra América levantarse contra lo existente. Los imperialismos de afuera y nuestros propios go-

biernos hacen difícil la vida a cuantos defienden la libertad. Hostilizados por los que dominan, se hallan los disidentes desterrados dentro de las propias fronteras. Por oponerse a la injusticia y a la influencia invasora, resultan inutilizables dentro de la vida nacional.

Contra este ambiente que nos humilla reacciona hoy vigorosamente la juventud. Las Universidades en ebullición defienden la reforma, abandonando viejas rémoras, que tienen que desmoronarse al soplo del ideal. Un impetuoso augura la redención del indígena y la igualdad para todos los hombres. A las oligarquías ensimismadas, a los dictadores jactanciosos, sucederán los gobiernos populares que traducirán el ansia de renovación de nuestras repúblicas y harán la patria total.

Todo anuncia que se avecinan acontecimientos memorables. Ha empezado en las conciencias la metamorfosis que es posible transportar a los hechos, pese a cuanto sostienen los políticos y los especuladores que incubaron los conflictos actuales.

Los malos gobiernos que fomentaron la corrupción y la indiferencia para medrar a la sombra de banderas extrañas, como los rajahs de la India o los sultanes de Marruecos, los políticos de cortos alcances que sólo concibieron la sujeción alternada al imperialismo de los Estados Unidos o el imperialismo de Inglaterra, no contaron con la energía de la generación que sube. Al margen de las mistificaciones que un instante la desorientaron, ha llegado esa juventud a comprender los destinos del Continente y las exigencias de la hora.

La voluntad de perdurar prepara la utilización inteligente de las fuerzas nativas, ansiosas de desembarazarse de los parásitos, de acercarse por la identidad de situación, de reorganizarse ante la urgencia de la crisis. La salvación sólo puede venir de los hombres nuevos y de los métodos nuevos. La construcción futura surge ya en la mente de una generación que se siente predestinada al esfuerzo histórico. De un extremo a otro del Continente cunde el anuncio del glorioso incendio que se avecina.

Niza, Marzo de 1931.

JUVENTUD
ROMANCE
CAMPESINO

Antonio Montalvo

Estrella rusticana: moza pura y sencilla
fresca de auroras virgenes de tus campos azules,
de tus campos del oro de los trigos garzules
y las brisas que riegan olor de manzanilla.

Flor del ensueño agreste de las tardes andinas
en la oración del ángelus dormido de las eras.
Veinte años florecieron por ver tus primaveras
en nevazón de azahares tus pascuas campesinas.

Linda, en los caminales de las lindas mañanas,
cuando en locas erranzas tu alegría deslies
y te saluda el júbilo claro de las campanas
de las torres del huerto: los altos capulies.

Tus labios rojos beben la leche del rocío
en el ordeño lírico de los amaneceres.
Y siguiendo a las garzas blancas de tus placeres
vas a mirar tu encanto en las aguas del río.

Mariposa del rondo gentil de las zagalas
que pacen y trashuman sus rebaños de amores
y en los claros de luna de las angustias malas
lanzan al cielo el ruego de fe por sus pastores.

En la nave del alba va tu gracia viajera
al domingo del pueblo del compadre y el cura.
Y en el pueblo el sol rútilo y albo de tu hermosura
va dejando a su paso toda la primavera.

Hada de la romántica canción de tu cortijo
 en la leyenda heroica y viva del abuelo:
 el roble octogenario que enraizado en su suelo
 espera ver su vida prolongándose en tu hijo.

Estrella rusticana: lista para la siembra
 de amor está la tierra de tu cuerpo turgente.
 Ah, casta tierra exhubera la tuya: tierra de hembra
 que el fruto de la vida dará sencillamente.

Envidia de tu novio que ha de beber el vino
 de tus uvas carnales. Envidia de él que un día
 en tu fuente de encanto, de amor y de armonía
 apagará las sedes de todo su camino.

Quito.

JUVENTUD, COMPRESION

Gregorio Marañón

Es discutible que la preocupación de la juventud haya existido siempre con la misma intensidad que ahora (me refiero a esta preocupación como forma social, pues como preocupación individual es, desde luego, eterna). Casi puede asegurarse que no. Por lo menos, en otros tiempos no ha dejado el tema de los jóvenes y de los viejos la huella que dentro de unos decenios encontrarán nuestros nietos en la literatura de ahora. La explicación es muy sencilla. Las distintas edades, en la vida del hombre, tienen una personalidad gris en los tiempos habituales de la Historia. Sólo adquieren un acento vigoroso, que las define, cuando coinciden con sucesos históricos memorables. Entonces el concepto de "edad" o de "generación" representa algo profundo, que es lo que significa el gran acontecimiento social que impregna de su sentido a todo lo contemporáneo. Al final de la Edad Media los hombres de veinte años y los de cincuenta sólo se diferenciaban por esto, por los años; que es como decir por bien poca cosa. El descubrimiento de América hiende como una espada formidable a la humanidad de los que tenían hecha ya su alma antes del milagroso suceso y a los que la forman al calor del mismo. Entonces un hombre de cuarenta años que cree en "el otro mundo", que tal vez desafía el misterio del mar sin fin para pisar la maravilla del continente virgen, es ya un joven frente a otro hombre de cincuenta años, para el que todo esto es sólo una noticia. No los separan, no, los años. Puede el auténtico joven, el aventurero, haber nacido quizá antes que el anciano y ser en el archivo de la parroquia más viejo que él. Pero los diferencia una cosa profunda: que es "la comprensión de algo que antes no existía y que para muchos seguirá siendo todavía incomprendible". Lo mismo ocurre cuando estalla la revolución en Francia. O, finalmente, cuando empieza la gran guerra que, a pesar de su sangrienta magnitud, es sólo un episodio que sirve de

preludio al suceso memorable de nuestro siglo: la revolución rusa. Estos tres acontecimientos, con Cristo, marcan los instantes en que se rejuvenece la humanidad, que no se desarrolla como los individuos de un modo progresivo, sino como las mareas, por flujos y reflujos; instantes, por lo tanto, en que los hombres se pueden dividir con razón en jóvenes y viejos. La Tierra Santa, Castilla, Francia y Rusia—tres veces, de cuatro, una estepa—son como la gran mesa de operaciones donde se injerta al cuerpo decrepito de la especie humana el nuevo vigor. Y ahora la renovación es más enérgica y profunda que nunca. Por ello también el pleito de la edad es más clamoroso y agitado que en ninguna otra etapa de la vida de los hombres.

Estamos, pues, en una de las razones excepcionales en que unos hombres se pueden llamar jóvenes y otros pueden ser llamados viejos; porque ellos, claro está, sería difícil que se lo llamasen a sí mismo. Ahora, que una de las características de toda revolución es el desparpajo con que muchos se apoderan de cosas que no les pertenecen, de las cosas materiales, como de los grandes conceptos ideológicos; de una alhaja que no es suya, entre el fragor de un saqueo; o de un título que no tienen el menor derecho a ostentar, como "decencia", "liberalismo", etc. En la confusión que todo lo ampara, son muchos, también, los que se apoderan de ese "adjetivo" maravilloso que se llama "juventud".

¿Cómo conocer entre tanta agitación al joven auténtico del que no lo es? Desde luego —¡tantas veces se ha dicho!—, el criterio menos utilizable es el de la fe de bautismo. Los científicos escrupulosos de que se sirven las grandes empresas de seguros norteamericanas, han tropezado con esta sorprendente verdad: lo que menos interesa para juzgar la edad de un hombre (cuando de este juicio depende una cosa tan seria, sobre todo para los norteamericanos, como unos miles de dólares) son, precisamente, sus años. Sometidos varios análisis químicos, la radiografía del esqueleto y algún informe clínico a una combinación aritmética, resulta la "edad real", que con frecuencia no coincide con la cifra de los años. La rebelión de los hombres, tantas veces tomada a broma, contra la verdad de su propia edad, tiene, pues, un fondo insospechado de razón. El que quiere "quitarse años" hace, por lo tanto, bien en mentir, porque en realidad no miente. Su edad real es precisamente aquella que cree y que desea tener. Cierto que la vanidad puede engañarle; pero el instinto corrige cauta-

mente a la vanidad. Y así, de un modo general, puede decirse que los hombres y las mujeres que disminuyen su edad merecen, salvo algún pequeño error, que se les crea.

Es evidente que en esta rebelión contra la fe de bautismo toman las mujeres una parte mucho más importante que los hombres; y conviene no soslayarlo, porque demuestra la justificación del hecho que comentamos. La mujer tiene siempre menos años de los que dicen los puritanos de la cronología. Su vida—y esta es tal vez la principal característica de la feminidad—gasta por minuto mucho menos energía vital que la vida del hombre, independientemente del tipo de actividad a que una y otro se entreguen. Su metabolismo celular es esencialmente una función de ahorro, tanto como es dispendioso de vitalidad el metabolismo del varón. Así, pues, una de las desigualdades a que vive sometido el sexo débil es esta de que se le compute su edad con la misma medida que la del hombre. Los años sí son los mismos en un varón y en una mujer que nacieron en igual hora de un mismo día; pero su edad real es muy diferente. Esa mujer será siempre la hermana menor del hombre de sus mismos años. Y nada quiere decir en contra de esto el que ambos mueran aproximadamente a un tiempo. Precisamente el error de confundir la edad cronológica con la edad vital estriba en dar una importancia que no tiene al hecho de que ambas se igualan ante la muerte; cuando la duración de la vitalidad no tiene nada que ver con la vitalidad aislada de cada día. Un niño de 15 años es más joven que un hombre de 30, aunque éste llega a ser centenario y aquél se malogre de un accidente agudo poco tiempo después. La comparación es exacta, porque en realidad todas las mujeres se malogran. A las madres, les acorta la vida la maternidad. A las que no lo son, la anomalía, biológicamente monstruosa, de no serlo. A unas y otras, la razón suprema de que la feminidad es un proceso de duración limitada, inferior a la de la vida, tanto más desproporcionada respecto a ésta cuanto que ésta se dilata más; a diferencia de la virilidad del hombre, que termina, por larga que la vida sea, con el último instante de ella.

Sin divagar: los años no sirven para diagnosticar la juventud. Es, en la realidad, más joven el hombre que no lo es, pero que se lo cree, que el que no exhibe como documentación de su juventud más que el número reducido de sus primaveras. Ya es mal síntoma este de la exhibición; como saben bien los psicólo-

gos, incluso los del cañé o los de cátedra oficial. De preferencia se ostenta aquello que tiene sólo una realidad externa. Con razón oímos cautelosamente al que clamorea demasiado su fortuna, su patriotismo, su vigor, etc. Con igual precaución debemos acoger al que pregona a voces: ¡tengo veinte, tengo veinticinco años! Casi siempre se trata de gentes que buscan la sombra de "la juventud" o "la generación" para realzar con valores comunes su exhausta personalidad: no de otra suerte que el comerciante que al ofrecernos una tela nos dice "es inglesa", con la intención segura de que el adjetivo consagrado nos induzca a olvidar el examen del género. Por eso decía certeramente uno de nuestros jóvenes actuales—que lo es por los años y por la auténtica juventud—que ya era hora de que los jóvenes españoles empezasen a dejar de serlo. Sólo así su individualidad saldrá—si puede—de la masa fecunda, pero de fecundidad transitoria, de la generación, para adquirir la eficacia perdurable de la propia e independiente personalidad.

Lo que caracteriza a la juventud es, pues, esa capacidad de comprensión de las cosas que antes no se comprendían y que hay, desde luego, que comprender antes de que la experiencia nos las haga, a jóvenes y a viejos, comprender a la fuerza. Esto nos ilustra sobre la fuerte relación de la juventud verdadera, esto es, comprensiva, con una cualidad determinada del alma que es la imaginación. La imaginación es precisa, y no la inteligencia, para ese acto de comprender de antemano el fenómeno recién aparecido en la tierra, que en el resto de los hombres despierta la animadversión de todo aquello que perturba el orden establecido. Ahora bien, la imaginación es una facultad esencialmente juvenil; por eso los jóvenes, de todas las edades, son aquellos que comprenden; y el comprender es, a su vez, la señal inequívoca de la juventud.

Esto liga también a la auténtica juventud con una actitud social y política determinada. El joven verdadero, el que comprende, tiene que ser necesariamente avanzado, porque su comprensión le lleva a aceptar realidades futuras que están todavía en pugna con las realidades presentes de las que vive el conservador y sin las que le parece que no puede vivir. Lo que de muestra la profunda verdad con que Ortega y Gasset decía no hace mucho tiempo, que tal vez el ser conservador es una actitud (cuando no es interesada), ligada radicalmente con un defecto psíquico, que es la falta de imaginación.

Los hombres podrían, con arreglo a este criterio, dividirse en varias edades eficaces, que tienen poco que ver con las que se miden por los años. Jóvenes son los que comprenden en el sentido expuesto. Su coincidencia con la juventud cronológica depende sólo de que la imaginación necesaria para esta comprensión es más común y está más desarrollada en los primeros años de la vida. Pero puede existir en toda ella. Y así, los hombres que comprenden el futuro inexperimentado durante todas las etapas de su existencia, son eternamente jóvenes. Por esta comprensión del porvenir el joven no tiene miedo a la ruina del presente, que enloquece al conservador, falto de visión futura. De aquí el que las revoluciones—en todos sus sentidos, en el político, en el moral, en el artístico—las hagan los jóvenes verdaderos que, por serlo, son necesariamente avanzados, y que pueden tener cualquier edad.

Hay otro grupo de hombres incapaces de comprender el futuro, pero incapaces también de adoptar ante él una actitud sistemáticamente hostil. Estos son los que miran la vida y sus contingencias futuras "con curiosidad", virtud inteligente de la edad media; virtud que es como una puerta abierta para la comprensión, pero que muchas veces no se traspone.

Por fin, el que no comprende ni se interesa; el que ante lo nuevo y lo futuro vuelve hoscamente las espaldas; el que cree que el mundo termina con su verdad y con su orden de las cosas; el conservador por instinto, es el viejo verdadero, el biológico que, como es bien sabido, puede tener muy pocos años.

Ahora el mundo está lleno de hombres—y, lo que es mejor aun, de mujeres—que lo comprenden todo. Es inútil preguntarles la edad ni mirarles, como hacen las gentes impertinentes e ignorantes, las presuntas canas. Basta que comprendan para que sean jóvenes. La política clásica, la moral clásica, el arte clásico crujen como los cascos de los viejos navíos antes de hundirse para siempre. El conservador incomprensivo se tapa los ojos con horror. Pero la mirada aguda de los otros, de los que ven a lo lejos, sabe que el mundo no se acabará en este naufragio, porque en un arca imprevista perdura siempre la semilla necesaria para que el pasado se enlace con el futuro a través de un germen eficaz—una idea—mientras se ahogan el convencionalismo, la retórica, la mentira. . . .

Madrid

A LAS DULCES Y LABORIOSAS HORMIGAS

Medardo Angel Silva

Al Maestro Rubén Darío, en la Eterna Gloria; porque tradujo en verso el luminoso himno de las Estrellas y el sencillo e ingenioso poema de los Osos Isagoge del Bardo, que es un poco romántico.

Hormigas laboriosas váis a escuchar mi cántico;
Marquina os sorprendió marchando a vuestra misa
y yo, por muy sencillas y muy buenas,
os he de dar un son, dulce como la brisa
que besa en el trigal vuestras antenas.

Minúsculas hermanas, oh discretas hormigas,
os salude—en un verso—cual el santo de Asís;
hermanas, más que hermanas, os nombro mis amigas:
para los que aman tanto la zarza como el lis
y dan su amor a todo: lo bueno o lo protervo.

Sabias hormigas que enseñáis
a la ignorante estirpe humana,
—cuando en largas procesiones sobre el verde campo váis,
conduciendo los despojos de los insectos exánimes—
cómo vencen los esfuerzos en la lucha cotidiana
y el prodigio de los brazos, que se levantan unánimes.

Hormigas hecendosas,
hermanas de los lirios y de las mariposas,
parad vuestros paseos y escuchad estas glosas...

Las 8, están los niños en la cuna,
cerca la faz de nieve de la abuela
que hace calceta, su palabra vuela

como una mariposa bajo un rayo de luna,
sutil, afada y llena de una gracia infinita;
empieza: Una hormiguita....

Y cuenta la fatal
historia de la hormiga que se encontró un real,
barriendo una mañana su portal.

Oh triste hormiga viuda, de aquel cuento de infancia,
eterna en mi memoria, coqueta hormiga eres;
has dejado en mi vida una ingenua fragancia:
aun sé la triste historia del ratoncito Pérez!....

Hormigas hacendosas,
hermanas de los lirios y de las mariposas,
parad vuestros paseos y escuchad estas glosas....

A veces os maltratan los adanidas y sus ferrados
zapatones, suspenden vuestro perenne y útil trajín;
perdonad... que, con los hijos de los Pecados,
y a pesar de los sigiles, no estamos todos purificados:
aun late en nuestra sangre, gota de sangre de Caín.

Pero el alma del bardo os dignifica, hermanas,
al deshojar la humilde gracia de su canción;
Hermigas laboriosas de las claras mañanas,
todas hechas de esfuerzo, que en un gran corazón
fundís vuestros sencillos corazones minúsculos,
y ofrendáis al Divino cotidiana alabanza
cuando, a la luz violeta de los dulces crepúsculos
dormís junto al caáver que tendréis por pítanza.

Finla

Hermigas laboriosas,
hermanas de los lirios y de las mariposas,
recibid estas glosas.

Guayaquil. 1914.

EN LA FIESTA DE LA MADRE

César E. Arroyo.

Discurso del Mantenedor de la Velada que se celebró en el Teatro Sucre de Quito, la noche del 31 de Mayo de 1931.

Señoras,

Señores:

Nuevo blason preclaro añade a la heráldica ilustre de nuestra bien amada y gloriosa ciudad, el grupo selecto y gentilísimo de damas y de caballeros que ha instituido en Quito, y se propone mantener con la religiosidad de un culto, el Día de la Madre, humana y divina fiesta de exaltación y de glorificación de aquella que, ¡Mater Nostra!, es augusto principio y suprema causa de la humanidad.

El Comité organizador de esta hermosa fiesta de arte y de piedad humana en beneficio de unas cuantas madres pobres a las que se propone socorrer delicadamente, ha tenido, en medio de sus aciertos, un desacierto notorio, como es el de haberme elegido para dirigir la palabra a un público tan respetable y autorizado como el que me hace la singular merced de escucharme.

He aquí por qué estoy en esta tribuna ante vosotros y ante un tema supremo que, superando todas las formas de expresión, conmueve todas nuestras fibras y nos hace estremecer de ternura y de amor:

¡LA MADRE!

Ante su presencia no cabe sino la entrega absoluta del alma entera, y ante su evocación de ausente o muerta, no nos queda sino la plegaria—esto es la unión de las almas con Dios—; pero la plegaria ya sin palabras, en un fundirse total de los espíritus.

Así, mi actitud en este momento, antes que la de leer un discurso bien o mal pergeñado, no debía ser otra que la de pedir un minuto de silencio, ese minuto de silencio que se pide para las grandes sombras heroicas. Un silencio absoluto, un silencio de las calidades de ese silencio séptimo de que nos hablan las Escrituras, debe hacerse como un signo de eternidad, en homenaje a las madres vivas y en oblación rendida por las madres muertas.

En ese hondo minuto de preces conmovidas miráramos con una mirada que fuera como un casto beso envolvente a nuestras madres vivas, y nos sumergiríamos como en un mar de consolución infinita en el recuerdo de las madres que ya no son visibles sino para sus hijos. El recuerdo de la madre muerta tiene una perenne realidad casi corpórea. En los momentos de peligro, de horror, en los trances en que se rompen las vidas, todo hombre o mujer, cualquiera que sea su edad, llama a su madre. Y su madre acude, acude siempre con su fuerza de amparo insuperable. Yo he llamado a mi madre, con su suave nombre de Julia, en trances de angustia. Y ha acudido siempre, vestida de claridades, una joven de nuestros Andes, (tenía ella veinte y cuatro años cuando el Señor, tocándola levemente en su hombro, la llamó para el cielo), de ojos dulcísimos y de boca sonriente; sus cabellos suaves como el plumón de una ave, eran azulosos de puro negros, y caían en dos trenzas con las que yo jugaba cuando niño, como con dos haces de sombras luminosas. Yo me he prendido con el anhelo ardiente, en algún trance tremendo, a esas dos trenzas de la visión adorada, y ellas han sido siempre como dos cables milagrosos de salvación y de ascensión.

Viva o muerta, nuestra madre está en nosotros de tal manera que no tenemos necesidad de expresarla, es decir, de reconstituirla con los medios que nos presta el arte taumaturgo.

Esta compenetración augusta de los seres con el ser maternal explica tal vez la ausencia de la madre en las religiones y en el arte literario. Como el hombre se sintió siempre asistido de la fuerza maternal, no tuvo que implorarla de las fuerzas ocultas. Y como la sentía dentro de sí, en la plenitud de su ser, no se cuidó de cantarla, ya que habiendo entre los dos una relación de causa a efecto, era para el hombre como loarse a sí mismo, el cantar a su madre de la cual era obra y continuación.

En las torvas y feroces religiones primitivas, adoradoras de animales, adoradoras de astros, la madre está casi ausente de

los ritos nefandos. En el frío Olimpo creado por la imaginación de los pueblos genitores de la cultura de Occidente, se exalta la fuerza, el heroísmo, la sabiduría, la unión de los sexos; pero no el puro y abnegado amor materno. En el Antiguo Testamento hay un himno para la Esposa, para la "Mujer Fuerte", para aquella "cuya estima sobrepuja a las piedras preciosas", para aquella "que viste de fortaleza y honor y en el día postrero reirá". Y rompe en el apasionado y fervido "Cantar de los Cantares" en loor de la sacra Elegida de ojos de paloma, de cuello como la Torre de David, cuyos labios eran como hilos de grana, cuyos dientes eran como "manada de ovejas mellizas contemplada desde lejos" "y debajo de cuya lengua había leche y miel". En los Libros de los Reyes y de los Profetas, para las madres sólo hay un silencio de seis mil años, consecuencia del pensamiento semita que no daba a la madre mayor importancia. Por el Nuevo Testamento, la Madre del Hijo del Hombre pasa casi como una sombra temblorosa. La Doncella que recibiera el Mensaje de Dios, respondiendo: "Hágase en mí según su palabra", da a luz en un establo al único puro entre los nacidos de mujer. Cuando el Niño desaparece del hogar del Carpintero y se pierde en las calles de Jerusalén, su madre al encontrarle en el templo, disputando entre los Doctores de la Ley, le dice: "Hijo ¿por qué nos has hecho así? He aquí que tu padre y yo te hemos buscado con dolor". Entonces el Niño le responde con cierta displicencia: "¿Qué hay? ¿por qué me buscábais? ¿no sabéis que en los negocios de mi Padre que está en los Cielos me conviene estar?" Mas ellos no entendieron las palabras que les habló, añade San Lucas. En las bodas de Caná, Jesús está con su Madre. Ella le dice: "Esta gente ya no tiene vino", respondiéndole El: "¿Qué tengo yo contigo, Mujer? Aún no ha venido mi hora". Entonces la Madre dice a los que le servían: "Haced lo que El os dijere". Y florece el primer milagro de los doce odres de vino oloroso. En el encuentro de la Calle de la Amargura, el Varón de Dolores no dice nada a su Madre; tan sólo le envuelve con una profunda mirada. Desde la cúspide tremenda de su martirio, el Divino Maestro piensa en su Madre y en el Discípulo Amado, y les dice: "Mujer: he ahí a tu hijo". "Hijo: he ahí a tu Madre". Y así queda sellado para siempre con la sangre del Justo, el supremo acto maternal.

Sin embargo, fué necesaria una gestación de siglos para que la figura de la madre adquiriera toda su grandeza. En la Edad Media, alquitara donde se destilan y acendran las ideas universales, aparece ceñida de resplandores, vestida de sol y pisando la luna, colocada como un eslabón de luz entre el Hombre y Dios, entre el Cielo y la Tierra, Virgen para el cielo y Madre para la tierra, aquella que es el símbolo eterno de la maternidad, ¡pura y sin mancha, celestial María!

“En el terreno de la pseudomorfosis —dice Spengler— alzóse junto a Jesús Hijo, y por encima de El, la figura de la Madre de Dios, de la Diosa Madre, y esta figura representó también un sencillo sino humano, de tan cautivadora fuerza que sobrepujo y al fin asumió en sí las innumerables vírgenes y madres del sincretismo: Isis, Tanit, Cibeles, Demeter y todos los misterioses de la maternidad. Orígenes defendió su virginidad permanente. Ella dando nacimiento al Dios Salvador es propiamente la que salva al mundo”. Y Meyer, citado por el mismo Spengler, dice: “Cuando la cultura fáustica despertó y sintió la necesidad de un gran símbolo que diese expresión sensible a su sentimiento primario del tiempo infinito, de la historia y de la serie de las generaciones, hubo de colocar en el centro del Cristianismo gótico-germánico-católico la Mater Dolorosa y no el Salvador Doliente. Durante varios siglos de fecunda intimidad ha sido esa figura femenina el conjunto y cifra del sentimiento fáustico, el fin de toda poesía, arte y veneración piadosa. Todavía hoy en el culto, en las oraciones de la Iglesia Católica y sobre todo en el sentimiento de los fieles, ocupa Jesús el segundo lugar después de la Madonna”.

El haber incorporado la Madre a la médula de su estructuración, colocando a María en un trono celeste, al lado de Dios mismo, constituye el elemento de superioridad de la Iglesia Católica sobre las otras religiones, y su gran fuerza de seducción. El Catolicismo es la única religión que tiene madre, y por eso tantos millones de almas se han refugiado en él, buscando sobre todo a la Madre del Dolor, en una ansia, en un afán desesperado, ya que el dolor puede decirse que no es otra cosa que la disconformidad del alma con el ritmo del Universo; y el amor maternal es el divino impulso soberano para restablecer esa armonía, creando un estado de anímica plenitud.

La antigüedad clásica, que sólo quiso vivir un hondo presente, se desentendió de la madre, que es la suma depositaria del futuro. El arte bizantino recorta la silueta de la Madre del Cristianismo y la fija en tablas doradas o la embute entre mosaicos prolicromados. Vienen luego a hacer sonreír y a llenar de una luz ultra-terrena a la imagen inefable, en las postrimerías de la Edad Media, el Cimabúe y el Giotto. Luego, cuando alborea el sueño gótico, todas las creaciones ojivales aparecen ungidadas por una gran ternura maternal. Para la glorificación de la Madre de Dios, que como una azucena mística, blanca y delicada, surge de los tallos de finas columnas y florece en los calados porches, se alzan los místicos ensueños de piedra de las grandes catedrales. No es a Nuestro Señor sino a Nuestra Señora que se dedican las prodigiosas basílicas de Reims, de Chartres, de París, de Amiens. A la escultura griega, que sólo trataba de reproducir las morbideces del cuerpo de la hembra, sucede la escultura gótica que desentendiéndose del cuerpo, acierta expresar en sus puras líneas, la espiritualidad exquisita del alma materna. Fra Angélico pinta con las plumas del ala de un arcángel y con el colorido del cielo de Florencia y de todos los arrebales, en sus tablas ingenuas, la vida de María, desde que genuflexa espera en su casita de Nazareth al Angel portador del lirio de las Anunciaciones hasta que sube al Inmortal Seguro, en un trono de serafines. Rafael Sanzio hace bajar a los vergeles humanos de la maternidad toda la teología del Medioevo y toda la ideología del Renacimiento. Miguel Angel infunde todo su genio al mármol hasta volverlo maternal en la estatua de la Madonna con el Niño y en el grupo dramático de Pietá. Alberto Dureró había puesto en la imagen de María toda la complejidad y hondura de la filosofía germana y el sueño nórdico que en vano persiguieron Van Eyck y Menling, Lucas de Leyde y Holbein. El portentoso Leonardo logra expresar en su cuadro La Adoración de los Reyes, la fusión de lo infinito con lo maternal. Donatello, el Coregio, Girlandajo, el Pinturichio, Andrea del Sarto, Tiziano, Pintoreto, Veronés, Sandro Boticeli, logran tocar en sus lienzos con acordes de colores la vasta sinfonía de la Maternidad excelsa. El divino Morales espiritualiza a María hasta casi hacerla perder su envoltura carnal. El mágico Velázquez coloca a la Madre del género humano a la diestra de Dios Padre, en el momento de ser por El coronada, en un empíreo de resplandores y de rit-

mos luminosos que ningún otro pintor será osado copiar. El Greco hizo de María una llama ardiente. Murillo sueña a la Inmaculada traspasando ya todos los cielos, etérea, ascendente; ya irreal, pero enviando a los hombres una infinita mirada de madre. En cambio Zurbarán, el Españoleto y Goya nos muestran a María muy madre, muy humana, muy mujer. La pintura moderna, con otra técnica y otros procedimientos, ha seguido más o menos las direcciones de los genios que acabamos de nombrar. La pintura y la escultura, en tremenda lucha con la forma, han logrado su anhelo de expresar y de fijar para siempre el símbolo eterno de la maternidad. También la música ha compuesto, inspirada en el magno ideal maternal, partituras inmortales.

No ha tenido la misma fortuna el arte de la palabra, que dominando casi todos los temas humanos, no ha alcanzado a captar enteramente ese supremo asunto que empieza a perfilarse en el gran Poema Dantesco, en el que se contiene la Edad Media en toda su integridad. El Tasso y el Ariosto tocan la trompa épica, tan distante, tan lejana de la canción de cuna. Alfieri, Foscolo y Leopardi dan profundas notas de dolor humano. Carducci es un poeta civil, y Edmundo D' Amicis es el poeta de los niños. Gabriel D' Annunzio es el Nietzsche de la poesía, pudiendo decirse que hasta Ada Negri no se encuentra en la literatura italiana la nota maternal. En la luminosa órbita que recorre la poesía francesa desde Ronsard hasta la Condesa de Noailles se alcanza cumbres insuperables; pero muy rara vez se penetra en la estancia donde se manifiesta todo el misterio de la vida en una mujer que da su pecho a un niño, sobre el cual inclina su rostro sonriente. La poesía inglesa es viril, poderosa, pánica; por esto sus notas de ternura son más quintaesenciadas. Al tratar de la madre, la poesía inglesa se torna infantil, sincera, dulce. La poesía alemana está tocada de metafísica, poblada de símbolos, llena de preocupaciones, atormentada por mil problemas: henchida de leyendas heroicas, rara vez toca los temas cotidianos.

En nuestra literatura española, el tema maternal está casi ausente. La fabla tosca que nació de la corrupción del Latín canta en las férreas estrofas de la Cuaderna Vía, las conquistas de Alejandro, la vida heroica del Mio Cid Campeador, las hazañas de los caballeros medioevales. Al abandonar estos graves temas, y después de loar ingenua y puerilmente a Santa María,

la lengua en su infancia, llena de gozo, suelta la carcajada del Arcipreste:

“Cerca la Tablada,
La sierra pasada,
Fallem con Aldara
A la madrugada.

Y la del Marqués de Santillana:

“Moza tan fermosa
Non vi en la frontera
Como una vaquera
De la Finojosa,
Faciendo la vía
De Calalaveño,
A Santa María,
Vencido del sueño,
Por tierra fragosa
Perdí la carrera,
Do vi la vaquera
De la Finojosa.

Jorge Manrique es una frente pensativa y una voz patética que canta ante el arcano de la muerte. Juan Boscán es un italiano del Renacimiento trasplantado a España. Garcilaso divino trae de la eternidad la misma flauta virgiliana y la lira nemorosa de Anacreonte, que tocadas por él llegan a interpretar la melódica sinfonía que precede a la gran ópera de nuestra poesía lírica y dramática. La imaginación portentosa de Luis de Góngora y Argote crea con las palabras un mundo de colores y de ritmos no superado en las modernas literaturas. Los maestros del ciclo áureo son místicos y dramáticos; cantan la vida eterna, los deliquios del alma con su Dios, o tributan a la mujer el más

fervido homenaje de rendido acatamiento que jamás haya recibido. Entre las mil mujeres de Lope, de Calderón, de Rojas, de Vélez de Guevara, de Moreto, de Alarcón, de Tirso, apenas si se encuentran una madre humana. Esas mujeres son damiselas recatadas, damas de galantería, cortesanas, heroínas o reinas; mas nunca aciertan a componer una madre de verdad.

En la obra cumbre de nuestra literatura, en aquella Biblia Humana de la Edad Moderna, la madre no asoma sino como un vasto aliento invisible. El Caballero de la Triste Figura, mal ferido de amores y llagado en las telas del corazón, Nuestro Señor Don Quijote, frisa ya en la cincuentena. Ama a la señora de sus pensamientos como ningún otro amador amó. Toda su vida de sacrificio heroico no es otra cosa que un perpetuo afán por rendir un homenaje plenario a su alta Señora Dulcinea del Toboso. Para entrar en el descomunal combate y en el combate mismo, a ella se encomienda. En los trances terribles, a ella le invoca. En esta sublime farsa novelesca, verdadera epopeya castellana, no se ha reservado papel alguno a la madre. Sin embargo, una madre es la verdadera protagonista, la que flota sobre todo, la que ha podido parir a ese Héroe del ideal: la Raza Hispánica de cuyo vientre salió una nueva humanidad, la única que ha sabido inmolarse por todas las grandes causas, y moverse en la historia impulsada por las ideas universales.

La idea maternal es tan vasta que en ella se comprende no sólo a la mujer que ha dado uno o más hijos al mundo, sino también a la patria, síntesis excelsa de las almas. Entre la patria o más bien dicho, la *Matria*, como quiere que se diga Unamuno, y la mujer que nos ha dado el ser, no existe diferencia esencial, siendo aquella la suma y la depuración, realizadas dentro de una superior concepción ideal, de las mujeres fecundas, que vienen a ser, a la vez, hijas y madres de su propia patria.

La diferencia aparente que existe entre la madre y la patria estriba en que, mientras a aquella hay que aceptarla buena o mala—nunca mala para sus hijos— como una imposición del destino, a ésta, a la patria, hay que forjarla a golpes de luz, trabajando en su forja todos los días y poniendo en la sacra y silenciosa tarea lo mejor de nuestro espíritu.

Descartada por grosera y materialota la concepción pansensualista de Freud, con la que el famoso psicólogo vienés trata de explicar el arcano maternal, es preciso dejar sentado

que tanto la madre como la patria deben ser forjadas por nosotros para entregarlas como arquetipos al futuro. A la niña, que es la madrecita en germen, debe preparársela para su augusta misión, enseñándole a amar ya a cuidar de los seres débiles, animales domésticos, pájaros y también plantas y flores, procurando ensanchar en ella las fuentes de la ternura y del sentimiento, que le llevarán a amar a la humanidad entera al través de sus hijos. Hay que prevenir la aparición tremenda de la madre feroz, que obsesionada por prejuicios que tanto daño han hecho, grita al hijo que se va a la guerra:

....“Pues que tu patria lo quiere,
lánzate al combate y muere,
tu madre te vengará....”

A este tipo contranatura de la madre llamada espartana hay que oponer el modelo bueno de la madre humana, de la madre cristiana, enemiga de la guerra, que es la negación misma de la maternidad y de toda vida fecunda.

Esto no quiere decir, ni remotamente, que deba ahogarse el sentido heroico, tan erguido en la raza que ha producido mujeres como doña Jimena, Isabel la Católica, Teresa de Avila, María Pacheco, Agustina de Aragón, Mariana Pineda, Concepción Arenal. La mujer debe estar asistida del sentido heroico para la lucha larga y callada, lucha de todos los días, lucha pacífica, pero lucha, al fin, contra los imponderables enemigos que se filtran en el hogar, en forma de enfermedades, de reveses de la fortuna, de tedio, de malestar, de pobreza, y, a veces, de miseria.

“¿Qué es la maternidad —dice Gregorio Marañón—. Si se lo preguntamos a la mujer occidental todavía no liberada, y en este caso están la casi totalidad de las mujeres españolas, la respuesta será la siguiente:

....Llega el matrimonio y entonces la ley de Dios se cumple: él, el hombre, trabaja o lo disimula con sus diversiones y deportes; y ella, la esposa, concibe y pare cada año un niño. Al llegar a los treinta y cinco años de edad, la pobre mujer envejecida por el agobio creador, por los cuidados de la casa y por las penas y las muertes, no puede más. Está triste, doliente y sin curiosi-

dad para nada. Su único horizonte espiritual es la rutina de una religión sostenida por fórmulas exteriores más que por una tensión ideal y ferviente....

.... Viene luego para la triste hembra la vejez prematura, el humor agriado, el beaterio; y, al fin,, la marcha de los hijos, que recomienzan en el hogar formado su misma triste historia. Y así, con pocas variantes es la biografía de la madre al estilo clásico. Verdaderamente, el mandato de Dios encerraba una maldición en su seno; pero una maldición en la que la mujer llevaba con mucho, la peor parte...."

Para combatir este terrible mal de que la función augusta estropee cruelmente a la mujer, el eminente hombre de ciencia y admirable ciudadano cuyas palabras acabo de citar, preconiza la cultura diferencial para la mujer, conservando y más bien acendrando sus preciosas características esenciales, sin invadir el un sexo el campo del otro, como quieren ciertos feministas, que con resultado contraproducente, intentan reducir a la unidad una diferencia irreductible, manifestada ya en lo más profundo del metabolismo, lo más íntimo de la química del ser vivo, que es **catabólico**, esto es, que tiende a la transformación rápida, al gasto dispendioso de los materiales nutritivos en el varón, y **anabólico**, esto es, que tiende a la síntesis, a la reserva, en la mujer. **Hacer muy hombres a los hombres y muy mujeres a las mujeres** es la fórmula de Marañón.

Si la sociedad consideraba como organismo vivo tiene no sólo una realidad metafórica sino efectiva, concreta, aceptada por la ciencia, la maternidad de la patria ha dejado de ser un símbolo para ser una realidad viva, que reclama más que ninguna otra, nuestra atención desvelada. Nosotros somos obra de la patria; pero la patria también es obra nuestra. Hay que aceptarla con su pasado doloroso y heroico; pero no hay que seguir absortos en él, viviendo del recuerdo de hechos legendarios cuya gloria corresponde por entero a sus protagonistas. Cada uno debe ser el responsable de sus propias obras. Y ahora y siempre hay una ardua tarea colectiva a realizar: hacer de nuestra patria una madre, la verdadera Madre-Patria. Como ciertas alimañas con apariencia de mujer, pero más crueles que las hienas, que llegan ¡horror de horrores!, a sacrificar a los hijos de

sus entrañas, así también hay patrias que sacrifican inutilmente, en la macabra locura de la guerra, a los hijos de su suelo. Y así como hay madres ignaras que mantienen a sus hijos en la más atroz ignorancia, hay patrias inferiores que mantienen a sus ciudadanos sumidos en la incultura. Y así como hay madres que tienen preferencias y todas las complacencias con ciertos hijos, que jamás son los mejores, no cuidándose poco ni mucho de los otros, también hay patrias retrasadas, que obedeciendo ciegamente a añejas preocupaciones, que ya resultan monstruosas, mantienen en las tenebrosidades de un obscuro dominio a una parte de sus hijos, que están excluidos sistemáticamente de los beneficios de la civilización, de los que disfruta, en su exclusivo provecho, una minoría opresora. Esos hijos repudiados que, en ciertas patrias, llegan a ser las mayorías que gimen bajo oligarquias que sobre ellas gravitan, piden tan sólo lo que les pertenece y les es tan necesario como el aire para la vida: piden instrucción para el espíritu, y tierra para fecundarla con su sudor, haciendo fructificar el pan de todos. La patria que les negara cultura y tierra, ahogando en sangre el grito del hambre espiritual y corporal, sería tan cruel y desnaturalizada, sería tan monstruosa como la hembra que hiriera a su pequeñuelo porque le reclama el pecho.

"¿Qué vale el alma de la mujer sino hay una alma de madre en su alma?" ha dicho el Maestro de la dramaturgia española contemporánea. ¿Qué vale el alma de la patria sino hay una alma humana en su alma? cabría también decir, añadiendo que si esa inmensa alma materna, esencial en todos los pueblos para la realización de los máximos ideales humanos, no cabe dentro de los anquilosados moldes de las instituciones clásicas, es preciso forjar una nueva sociedad.

LIBRO DEL CORAZON

Carlos Sabat Ercasti

Grande aliento empenachado de cascada. Verso caudaloso de floresta. Alma gritadora y tensa como arco de Sagitario. Aguilas y cumbre como en los cazadores de estrella y nube. Ancha sensación de espacio y de montaña. Granito y grito de luz.

Alberto Guillén

Ah, dime Dios mío!
por qué no vienen hoy a herirme mis hermanos?

No me niegues el dolor de cada día.
Hermanos,
aquí tenéis mi corazón.
Afilad bien vuestros cuchillos,
asegurad el golpe al bajar las espadas,
hundidme el hierro mudo de vuestras lanzas áridas.
Qué dulce es el metal que nos desangra!

Ah, dime Dios mío!
por qué no vienen hoy a herirme mis hermanos?

Es preciso que todos lastimen esta vida
incontenible y ebria.
La belleza es una herida más.
Mi corazón, hermanos,
está abierto de grietas que me cantan.
Mis dedos anhelantes
desnudaron mis agrias cicatrices.

Las palabras divinas
tienen un sangriento labio
de donde nacen antes de ser dichas.

Ah, dime Dios mío!
Por qué no vienen a herirme mis hermanos?

El que me hiere a mí
se está hiriendo a sí mismo.
Mi dolor es el dolor de todos.
No hay nadie que no lllore,
pero sólo se escuchan mis desatados llantos.
Yo soy la lágrima que no se oculta.
Yo soy la herida que se muestra.
Y toda la belleza, hermanos,
es el temblado surco del pecho más herido
que el poeta descubre
bajo el ala divina de la música.

Ah, dime Dios mío!
Por qué no vienen hoy a herirme mis hermanos?

Venid,
hermanos cobardes!
No tengáis miedo por mi angustia.
Aplastad con el lodo
la rosa pura y alta de mis labios.
Castigad mi frente diáfana
con vuestras manos sucias de egoísmo.
Levantad la sombra de vuestra lengua
hasta mis estrellas amorosas.
Clavadme bien vuestras espadas negras
en este pecho demasiado bueno.
He aquí mi corazón,
todo mi corazón, hermanos!
Es vuestro,
quiere deshacerse en cantos
sobre vuestra miseria.
No acepta la piedad de nadie.
Que cada cual lo hiera según sus odios.
Que lo traspasen,
que lo llaguen,

que le muerdan sus rebozantes músicas,
que lo arrastren por las calles
y lo pisen y lo quemén,
y lo desgarrén y lo rompan.
Yo tengo fuerzas
para llorar por todos.
Yo estoy de pie sobre los dolores.
Yo comprendo el horror y yo busco la angustia.
Yo no tengo miedo de nada
y he salido a llorar sobre el mundo
por todos los débiles y todos los vencidos.
He ahí mi corazón,
todo mi corazón, hermanos!
Mi vida entera es una inmensa herida
clavada sobre Dios.
He ahí mi corazón,
todo mi corazón, hermanos!
Del dolor incurable de sus grietas
mana el amor más hondo de la tierra.

Ah, dime Dios mío!
por qué no vienen hoy a herirme mis hermanos!

Montevideo.

SIMÓN DE BOLÍVAR, EL MOZO

Hugo Moncayo

"Llevamos en nuestro seno la flecha...."

Bolívar.

AL LECTOR. — Genealógicamente, Simón de Bolívar, el Mozo, no es Simón Bolívar, el Libertador. Hacemos esta aclaración inicial, por respeto a nuestra honorabilidad histórica frente a nuestra simpatía literaria. Nos seduce llamar a este trabajo con el nombre del Héroe integrado con la preposición de nobleza que en 1810 figuraba aún en su firma. Nos agrada el distinguirlo como El Mozo, evocando su mocedad y para que no se crea que lo confundimos con su ilustre antepasado, el Contador de las Reales Cajas de Caracas, hijo de Simón de Bolívar, el Viejo, nos permitimos añadir sintéticamente, la nómina de jefes de la Casa de Bolívar desde su fundador.

I. Fundó en Venezuela el solar de los Bolívars, Don Simón de Bolívar, llamado el Viejo, hijo de don Martín Ochoa de Bolívar Jáuregui y de doña Magdalena de Ibarguén, nobles vizcainos de antiguo aborigen. Fué durante 14 años, Secretario de la Real Audiencia de Santo Domingo y en 1588 pasó a establecerse en Caracas con el cargo de Contador y Juez Oficial de la Real Hacienda en clase de Escribano de Residencia. Pasó luego a Madrid como Procurador General, y Felipe II premió sus méritos, nombrándole Oficial Real de la Provincia y Regidor con voz y voto en el Cabildo y concediéndole el uso de blasón. Murió en Caracas, el 9 de Marzo de 1612, dejando como



SIMON BOLIVAR

1804

(De un medallón propiedad
de la familia Trobriand).

heredero a su hijo habido de su matrimonio con doña Ana Fernández de Castro.

II. **Don Simón de Bolívar, el Mozo**, quien continuó de Contador Real y casó con doña Beatriz de Rojas, hija del Conquistador y Fundador de Valencia del Rey. Al enviudar, abrazó la carrera sacerdotal. Fué padre del

III. **Capitán don Antonio de Bolívar y Rojas**, Alcalde Ordinario de Caracas, Alcalde de la Santa Hermandad, Corregidor y Justicia Mayor de los Valles de Aragua, quien casó en primeras nupcias con doña Luisa de Marmolejo y en segundas nupcias con doña Leonor Rebolledo y Armendáriz y fué padre de

IV. **Don Luis de Bolívar y Rebolledo**, nacido en 1627, Alcalde de Caracas y Corregidor y Justicia Mayor de los Valles de Aragua, casó con doña María Martínez de Villegas y Ladrón de Guevara y fué padre de

V. **Don Juan de Bolívar y Martínez de Villegas**, Gobernador de la Provincia de Venezuela como Alcalde de la Ciudad de Caracas, Procurador General, Justicia Mayor de los Valles de Aragua, Corregidor de San José y San Mateo, Capitán de Infantería española y fundador y poblador de San Luis de Cura a la entrada de los Llanos, en 1724. Había casado en segundas nupcias con doña María Petronila de Ponte y Marín de Narváez. Fué el abuelo del Libertador. Tuvo como hijo a

VI. **Don Juan Vicente de Bolívar y Ponte**, Coronel del Rey. Fué el padre del **Libertador**. Falleció en Caracas en 19 de Enero de 1786. Casó con doña María de la Concepción Palacios y Blanco que murió en 1792. Sus hijos fueron:

- a) Doña María Antonia;
- b) Doña Juana;
- c) Don Simón;
- d) Doña María del Carmen, muerta al nacer; y
- e) Don Juan Vicente de Bolívar y Palacios, quien dejó descendencia natural en doña María Josefa Tinoco del Castillo.

Estas noticias las hemos tomado de la interesantísima recolección de documentos que con el título de **Hojas Militares**, publicó en Caracas el erudito bolivariano doctor don Vicente Dávila.

MIO CID

Afirma Quintana que Rodrigo simboliza el esfuerzo constante del heroísmo y de la fortuna y que "su brazo jamás se cansó de lidiar y nunca lidió sino para vencer". La tenacidad es prenda de convencimiento: de ahí que los héroes como elementos predestinados, se alumbren con una lámpara de fuego perenne y avasallen los altos matorrales de la dificultad, casi desdeñosamente. Ni Almenara, ni Murviedro cortaron el paso del Campeador; nada pudo el Rubicón para el sino de César; los bajelos de Roger de Lauria burlaron la Caribdis siciliana; y ni la sorpresa infinita de los Andes, ni los vírgenes bosques de Venezuela, ni las almenas erizadas con los vencedores de Bailén, pudieron contra Bolívar.

Por eso, el héroe es fuente de epopeya. No debe solicitar un cantor que arranque del plectro timbrado en las justas, los armoniosos sonidos de la fama. Pudiera no encontrarlo digno de él. Su vida, por sí sola, por la concentración misteriosa de atávicos y lejanos condimentos, es sonora y altiva. Tiene la ingenuidad de un mármol bañado por la lluvia y el vigor de un lampo de sol.

Bolívar, como sus hermanos en Homero, conserva la arteria sensible a Polixema. Y aunque ama la guerra,—en ella su espíritu vive como la salamandra entre las brasas—, gusta vencer además, porque Belona y la Victoria y la Fama, llevan oculto por el peplo de bronce, al travieso hijo de Apolo.

No he comprendido nunca un héroe hostil como Carlos XII. La historia, la fábula, los anales, las tradiciones, guardan cada vez que uno de estos hombres aparece en su paisaje, el idilio que dulcifica la conquista, el beso que con la sangre dió ánimo al conquistador. Alejandro lloroso por el desdén de una mujer; Aurelio olvidando sus águilas por la reina de ojos verdes como las ondas del Nilo y piel suave como la carne de sus papiros; Napoleón escapándose secretamente en vísperas de sus batallas para rendirse a los pies de su amada; Bolívar, gentil hombre de raza, romántico con María Teresa, febril con Fannie, vencido ante Manuela, galante con la **Gloriosa**, misterioso con Isabel,—"blanca, rubia, esbelta y fina"—, se presentan como quisieron los griegos que fueran los héroes: mitad hombres, mitad dioses.

Hace falta un Delacroix o un David para nuestro Bolívar.

que recoja el pincel augusto de Miguel de Santiago. De lo contrario, ¿dónde están los lienzos preciosos que conserven los innumerables motivos en que es tan pródiga la vida del Libertador? (1)

En una habitación amplia con grandes ventanas que permiten admirar sobre la mancha de los follajes la huída del sol, descansa un hombre extenuado, que como el día, vence la sombra con su último resplandor. Ese hombre taladra con sus ojos de febricante el cristal y el follaje y la distancia, mientras forman un grupo taciturno, como un pavés de guerra abandonado, sus últimos amigos de epopeya. ¿Qué mira tan fijamente?... ¿En qué medita?... ¿Cuál es su sueño?... ¿Cuál su arrepentimiento?... El Bolívar de San Pedro Alejandrino sería el Bolívar de la Noche.

Pero en la pinacoteca, otro lienzo bebe los ojos del espectador con su brillante tonalidad. Es el Bolívar del Día; es el Bolívar del año 25. Es el Bolívar que ha dejado de serlo, por pertenecer a todo el Continente que lo reclama para que lo guíe, lo inspire y lo defienda. Es el Bolívar organizador, padre de Bolivia, romántico por un ideal de fraternidad. Es el Bolívar que convoca un congreso de Naciones cien años antes de que se fundara esa Liga que nos hace sonreír. Su imperio, mayor que el de Alejandro, sin la rígida cadena que le habría atado a la corona, principia a confundirse: la historia del H. ce es desde entonces la de cada futura nación americana. La Argentina, adversa a él, cuando se ve amenazada por el Brasil, a él recurre en demanda de protección; Chile lo llama tenazmente; México quiere la Federación con la presidencia de Bolívar; las Antillas le envían embajadas para rogarle que las liberte; el Brasil toma de sus principios las normas para su nueva constitución; la República de Centro América, acude a su llamada para el célebre Congreso.... Y nace Bolivia como la nueva Minerva.

Es el Bolívar del Día. No importa que en segundo término del cuadro, como ingenuamente representaban los prerrafaelitas a las pasiones, comenzasen a danzar los Santander, los Riva-

(1) Salvamos, con el rendimiento debido a sus ilustres aptitudes, las obras de Salas, el Viejo de la Pintura Quiteña y de los maestros Rodríguez, Michilena, Tito Salas, Moreno Otero, Zamora, Cano, Quijano y Rodríguez, notables artistas bolivarianos.

davias, los Páez, los Freires.... El rostro del Libertador denota serenidad. Hay un halo sensible como la gracia coronando su cabeza.

Avancemos por las vastas galerías. ¿Para qué detenernos ante los Bolívares de corceles fogosos, en dos patas alzados como para que pase por debajo de ellas el tiempo absorto o el español herido? Junín, Boyacá, Carabobo, estampas brillantes de ese kaleidoscopio singular, no nos seducen. Vamos a la sala de los primeros días, de las manchas delicadas, de los paisajes a lo Corot, de los tapices a lo Watteau, de las tímidas acuarelas en que se desmaya el color en la violeta tonalidad de las pupilas o se acusa la pasión jugueteando en los encajes de las batistas. Vamos a la sala de París, del vértigo de una corte orgullosa y soberbia, que se cubre de entorchados y alamares para morir, mientras el Emperador viste su eterna levita manchada y un simple cordón azul.

XIMENA

En ellos, Ximena triunfa.

Volvamos a Quintana. "El cadáver de Rodrigo fue sacado de Valencia al retirarse de allí doña Ximena y llevado solemnemente...."

Junto a él, la leyenda ha puesto a doña Urraca y a doña Elvira con un dedo en los labios y la mano descansada sobre la cruz de la tizona. Es imposible apartar la mujer del **que en buena hora nació**. El Cid es Ximena. El Cid son las hijas de Fernando. El Cid es Zayda. El Cid es Hispania.

La Ximena de nuestro Campeador propiamente no corresponde a doña María Teresa Rodríguez del Toro de Bolívar. A ella la sepultaron manos sagradas en la Capilla de la Santísima Trinidad de Caracas, "con entierro cantado mayor", el 23 de Enero de 1803 (1) cuando los Abeun Humeyas de América estaban en su apogeo y el joven criollo todavía no despertaba para la guerra. La Ximena, como mujer fuerte, como ambicioso reclamo, como bíblica cisterna de confianza, no aparece sino en Fannie du Villars, Noé de Trobriand et Aristeguieta, ofreciendo su sonrisa a su exótico primo "enfermo de exquisitos males", desde un amplio sillón con embutidos de bronce y rico gobelino festonado.

(1) Murió la víspera.

LA COPA DE ORO

En el primer tercio del XIX la mariposa enlutada del romanticismo gusta quemar sus alas con las siete bujías de los candelabros. La filosofía adopta una desfallecida expresión. Rousseau se eterniza en Chateaubriand y Atala brinda su mano a Emilio. Al romanticismo político de los girondinos, ha reemplazado el romanticismo literario de los salones.

Se sueña en empresas libertadoras de allende los mares. Se piensa como en los días de la Roma antigua. Se agota el falerno de la juventud con la misma desdeñosa indiferencia que tuvo Anacreonte. Y la literatura y las actitudes, recuerdan la sensibilidad de un mozalbete en vacaciones, del brazo de su novia matinal.

En realidad, han renacido los hombres. La huella que el Terror marcó en ellos, el Brumario la ha borrado. El Corso que arrojara el luis de oro de su fortuna desde la cima de los Alpes ha aceptado el reto de la suerte y es ya Emperador. Su corte, que improvisa una nobleza, troquela la nueva heráldica en el cuño magnífico del triunfo y principia a adoptar,—brillante antinomia,—junto a la escarapela tricolor, el buen Toisón de Oro de San Luis. Los nuevos chambelanes ya no se sienten atraídos por las picas que quizá esgrimieron sus manos, unísonas en el alud revolucionario. Ahora, su hierática rigidez empolvada, recuerda la de los graves maestros del Rey Sol. No tratéis junto a cualesquiera de esas Madames de ensalzar duquesas de estirpe.... Se tomarían resentidas con vosotros sin confesarlo. Dejadas hablar y aun cuando el mismo Enrique IV resucitara, no echaría de menos a su Valois, y aunque el mismo Richeleu, animándose en sus lienzos viniera a ocupar su sillón junto a la chimenea más grande del castillo, más que halagado, confuso se encontraría ante todas estas mujeres, impúdicas en su maravilloso desdén, ligeras y chispeantes como lo fueron sus antiguas amas, pero infinitamente más sagaces, más quisquillosas, más apasionadas que aquellas, ya que representan la revolución enseñoreada y en su espíritu arden como llamas perennes, la mirada de frío orgullo de María Antonieta que las corroe y el cálido soplo, casi bestial, de Carlota Corday que las alienta.

Y si en el salón del Capeto, Rousseau tuvo acogida, en el del Emperador, su recuerdo vive presente, se actualiza, y por he-

rética metempsicosis, renace en cada uno de los nuevos palacios.

¿Qué de extraño tiene el que Simón, el Mozo de la Casa de Bolívar, se halle a gusto en ellos y sienta su corazón atravesado por el dorado alfiler, si sabemos que nada sensibiliza tanto como una pena muy honda, ni hay desaliento ni recuerdo que se eternice a los veinte años?

Simón ha repasado el océano por tercera vez, para volver a Francia. Allá, en su vieja Caracas, la tumba de sus padres tiene una hija más; en la hornacina de los recuerdos, manos de espíritu han colocado una nueva lámpara. Se lima su juventud en la orfandad que le produce la muerte de la esposa y ya no halla alegría ni en la paz de su casona solariega, ni en la armoniosa labor de sus trapiches, ni en el rudo trabajo de sus minas.

En un buque cargado de añil y de especies tropicales, como la primera vez, parte a Europa. (1) No le asiste con su consejo el paradójico don Simón Rodríguez, ni anticipan sus deseos las gaviotas que duermen en los mástiles más altos. Lleva consigo el hada madrina de la melancolía,—que no le abandonará nunca,—y tres amigos desde entonces para él familiares: un Rousseau, un Mostesquieu y un Voltaire.

En España, la casa del señor de Ustáriz, su buen tío, es una cartuja de lamentos. Flota en sus salones la silueta de doña María Teresa, toda blanca, toda nivea, toda ella buena. El viajero encuentra un placer equivoco y morboso en la vivisección tenaz que hace de su pasado.

No parece sino que en su corazón, hubiese impreso su mujer el antiguo mote castellano: "Velar se debe la vida de tal suerte, que quede vida en la muerte."

Y para olvidarla, para no desfallecer, atraviesa en rápidas jornadas la Sierra Morena y bordeando el coturno de los Pirineos llega a Francia con el arcabuz de su apostura pronto al asedio, como el Diego Corrientes de Ultramar.

WERTHER

A los increíbles de Barrás han sucedido los mostachos de Campo Fornio y los levitones inverosímiles de las Galerías des

(1) Fue el día 19 de Enero de 1799.

Bois del Palacio Real y esa ley ineludible que incuba siempre una esperanza de cada desgracia, ha trasvasado en la fragua ardiente de aquellos bravos hombres, el más sutil y perjudicial de los filtros: una afectada delicadeza de sentimientos.

La filantropía no es extraña de razas explotadoras; la crueldad es propia de la timidez; los salteadores de pueblos han sido sus mecenas; una gran guerra provoca crisis de espíritu no siempre calculadas. La orgía libertaria ha extenuado por fin su alarido y la guillotina, ablandada por el cálido contacto a que se la destinara en tantos años, siente que el nuevo otoño ha amarillado su hoja.

De todo este horror, surge la golondrina primaveral y canta.

Ese arrullo quedará vibrando por mucho tiempo en todos los corazones y cuando de la pauta del cielo baje a perpetuarse en la rima propicia o en la página blanca, la nueva expresión será meliflua, como ronca y áspera fue la voz de la derrota.

Esa expresión circulará en el campo filosófico de toda Europa. En Alemania, sólo el dique kantiano podrá detenerla; en Inglaterra, perdurará hasta hoy día; en Francia, encontrará su más alto significado: en lo político, Lafayette o Desmullins; en lo épico, Bonaparte; en lo lírico, Victor Hugo.

Bolívar el Mozo, llena su corazón con dos opuestos vinos: uno su viudez irremediable, otro el mal del siglo. Atala, Rene, Mario Adolfo, Werther.... ¿No es esta la teoría de sombras crepusculares con que se envenena jóvenes temperamentos? Tan fuerte es la huella de este momento en la vida del Libertador, que hasta 1824,—año de su gloria máxima—, se manifiesta latente: "... Los españoles se acabarán pronto; pero nosotros ¿cuándo? Semejantes a la corsa herida, llevamos en nuestro seno la flecha, y ella nos dará la muerte sin remedio, porque nuestra propia sangre, es nuestra ponzoña".... (1)

He aquí que ni Ugo Foscolo, ni Lamartine dieron nunca giro más propio y elegante a su queja. El Bolívar del Día, como el Bolívar de la Guerra a Muerte, como el Bolívar de Angos-

(1) Tomado de una carta dirigida por el Libertador al señor D. Fernando Peñalver, desde Chancang el diez de noviembre de 1824, "Cartas de Bolívar". Tomo I. p. 241.

tura o el Biliyar proscrito, era, simplemente, un Werther más apesadumbrado que el goetheano.

MADAME DE VILLARS

Una Aristiguieta es una Bolívar. La Baronesa Fannie de Trobriand era hija de una hermana del Canónigo Juan Vicente Jerez y Aristeguieta y Bolívar, aquel que había tenido el mal gusto de instituir como su heredero al último Simón, ahijado suyo.

La madre de Fannie fue una de aquellas nueve hermanas llamadas justamente las *nuevas musas*. Nunca Virreynato alguno tuvo doncellas más donairosas, opulentas y delicadas que ellas. Así lo confesaba, años después de haberlas conocido, el sabio Humbolt; así lo creyó Bompland; así, tal vez lo recordó mucho tiempo el Príncipe de Braganza Luis Felipe de Segur, Alejandro de Lameth también las admiraron.

En 1796 el General de Villars, teniente de Napoleón, requirió en matrimonio a Fannie y la obtuvo. Ella contaba veintiocho años; él cincuenta y cuatro.

La vida de París, era extraordinaria. Se vencía a veteranos ejércitos; se prolongaba las fronteras de la patria como si fuesen de goma, al capricho de las armas; se imponía tributos como en los tiempos de Jerges; se barnizaba la violencia con la erudición, como en la tienda de Alejandro. El buen tono exigía aún que la orden se impartía sin destemplan la voz, que la sentencia se dicte sin arrugar el gesto, que la muerte se acepte sin lanzar una queja. Hombres singulares, hombres nuevos, abrieron los salones clausurando el arcópagó, sin sospechar siquiera que Madame Stael, o Madame Récamier, o Madame du Villars, o Madame Tallérand, eran más poderosas, videntes e incisivas, que los más viejos consejeros del Imperio. Tarde lo comprendió el César y al desterrar a algunas de ellas, un revuelo de palomas anunció su ocaso.

El General estaba casi siempre de viaje. Francamente, los tiempos no eran propicios al calor conyugal. La fogata del vivac sustituida a la chimenea de la alcoba y la aventura furtiva y violenta ablandaba a veces el corazón del soldado. En la Capital, la esposa quería fortificar con la vana defensa de las cruces de su marido, el abandono que soportaba.

Una noche, a principios de 1804, la anfitriona presentó a sus contertulios a su joven primo acompañado de dos de sus amigos: Don Fernando Rodríguez del Toro, que venía con él desde Madrid y don Carlos Montúfar, hijo del Marqués de Selva Alegre, futuro mártir de la Patria.

El idilio fué espontáneo. A él abatido y solitario; a ella, abandonada y con hastío, el amor les jugó una de sus pasadas más finas. Sin pensarlo, **el lacrimatorio de basalto** de la tumba de Teresa abatió su llama y el general de Austerlitz perdió una batalla. Toda su sensibilidad— triste amaranto de oro abandonado en un estepa—, surgió fosforescente ante el negro reclamo de la pasión; y ese amor, para él, tuvo el significado de un impulso, de un cauterio, de un cordial.

Pero el criollo todavía no limaba—, ni nunca lograría hacerlo—, las aristas de su temperamento. Era el mismo que reía de su grave mentor el patricio Sanz, que dibujaba soldados inauditos en las cuartillas que acaban de recibir de la pluma de Don Andrés Bello el soplo del Lacio en el dístico horaciano, que burla burlando desesperaba al austero don Simón Rodríguez, paciente y sufridor como un fakir.... Era el mismo que sin inmutarse, golpeaba con su raqueta a Su Alteza don Fernando y cultivaba la peligrosa amistad de don Manuel Mallo, Favorito de la Reina y nunca había temblado ante los fieros esclavos de San Mateo y Aroa....

La crónica recuerda el episodio generador del Monte Sacro.

El Príncipe Eugenio de Beauharnais, hijo de la Emperatriz Josefina en su primer matrimonio con el Vizconde Alejandro —muerto en el cadalso en 1794— corteja asiduamente a la señora de Villars y una noche, sin resistir ya al celo que llena y desborda su pasión, apoyándose graciosamente en el espaldar de la silla que ocupa la Baronesa, con impertinente acento, la interroga:

—¿Qué animal semeja ese joven americano?

—No lo sé, príncipe.

—Il ressemble a un moineau....

Bolívar que aún confunde el francés y ha escuchado el diálogo, cree que el patricio lo ha calificado de mono, cuando en realidad su propósito ha sido el llamarlo gorrión y temblando en cólera, le dice:

—Y usted a un cuervo! (1)

Momentos después, y como Fannie hubiese intervenido a favor del Príncipe, Bolívar abandonaba la casa de su prima.

En la soledad de un amanecer de otoño, embozado en su capa, Simón de Bolívar el Mozo, se juzgó por tercera vez sólo en el mundo.

AS DE DIAMANTE

El americano casi no ha conocido a sus padres; el cariño de sus tutores, aun cuando generoso, no ha llenado su gran hambre de ternura. La esposa lo quiso con la fuerza del primer amor, pero pasó como la alondra y así, la felicidad se tornó inasible para sus manos abiertas ante el espacio. Ahora que Fannie se pone en contra suya, nueva orfandad lo lacera y con impetu fatal se abochorna en la canícula de la mala pasión y se arriesga con los ojos vendados, en la más funambulesca travesía.

Nuevamente las galerías galantes lo recobran; pierde ingentes sumas; "prodiga el oro a la simple apariencia de los placeres"; es uno de tantos que hacen de su alma un ovillo y lo lanzan al infinito. Ni conoce el miedo ni parece llenarse su ambición. Es de los que gustan, agotado el licor romper el vaso, para que la nueva mañana los encuentre libres y fatalmente solos.

La fina capa negra presta gallardía a su figura. Es elegante con discreta opulencia; es atractivo con singular simpatía. Se adivina en su continente, una trailla de lebreles, un colegio de esclavos y un gran portón blasonado que lo esperan sumisos hasta cuando tenga a bien volver. Tiembla la escala de seda del asalto en su mano pródiga...

No parece sino que el indiano tiene prisa porque su caudal se termine, su juventud se marchite y su recuerdo se esparza.

Pero en el fondo de sí misma Fannie lo ama. Picotea en su corazón el viejo cisne y lo desangra. Han perdido para ella, el color las fiestas galantes; el matiz los cuentos agradables; la

(1) Cit. por Mancini.

oportunidad las victorias... Cuando el clavicordio rompe su risa de marfil se humedecen sus ojos y las bujías cobran una multiplicidad que fascina. Aparentemente nada le falta. La velada es más alegre que nunca, el espíritu utiliza el lecho de raso de la buena frase para dispararse en dardos áureos. Nada denota al ausente.

Nada, si no es un ligero temblor en el abanico que la Baronesa apoya en su corpiño.

LOS VIOLINES DE HUNGRIA

El joven libertino buscó a su alma parens. El mentor había desaparecido desde hacía tantos años: nada se sabía de él.

A qué carta, en qué ruleta, apostaba sus filosofías? Simón Rodríguez era ya Simón Robinsón. Viajaba errante, optimista, inaccesible al desaliento y a la pena. Era el último de esos cínicos que en un tiempo se expandieron por toda la Grecia sofisticando alegremente y que luego se adoraron en los altares medioevales.

Se supo que había pasado por Jamaica y que en Kingston, en una escuela de niños, había aprendido inglés; se supo que en Baltimore había trabajado como cajista en una imprenta ganándose el pan; se supo que de Cádiz, por Bayona, había llegado a París; que de la Isla de Francia había cruzado para Italia; que de Italia había partido para Viena.....

No vaciló su pupulo. Zaherido por la pena que le causara su enojo con Fannie, partió en busca del que durante tanto tiempo le había enseñado a sufrir, a comprender y a dudar y nuevamente "su Bertrand" tuvo para él el agua fresca de la palabra austera.

Cuando en noviembre del mismo año volvió a París, fina esquila perfumada llevó hasta él la bienvenida de Fannie Lírica, ardiente, quizá ficticia, la carta con que Simón respondió aquella es un documento interesante que interpreta, más que la realidad, el alma del venezolano completamente imbuido del espíritu del siglo.

Dice así:

"Querida señora y amiga:

"Si queréis imponeros de mi suerte, lo que me parece justo, es preciso escribirme; de este modo me veré forzado a res-

ponderos, cuyo trabajo me será agradable. Digo trabajo, porque todo lo que me obliga a pensar en mí, aunque sea diez minutos, me fatiga la cabeza, obligándome a dejar la pluma o la conversación para tomar aire en la ventana. ¿Me obligaréis a deciros lo suficiente para satisfaceros respecto al pobre chico Bolívar de Bilbao, tan modesto, tan estudioso, tan económico, manifestandoos la diferencia que existe con el Bolívar de la calle de Vivienne, murmurador, perezoso y pródigo? ¡Ah, Teresa!, mujer imprudente a la que, no obstante, no puedo negar nada, porque ella ha llorado conmigo en los días de duelo, ¿por qué queréis imponeros de este secreto?....

"Cuando os impongáis del enigma, ya no creeréis en la virtud.

"¡Oh! Y cuán espantoso es no creer en la virtud!..... ¿Quién me ha metamorfoseado?.... Ah!, una sola palabra, palabra mágica que el sabio Rodríguez no debía haber pronunciado jamás.

"Escuchad, pues pretendéis saberlo:

"Recordaréis lo triste que me hallaba cuando os abandoné para reunirme con el señor Rodríguez en Viena. Yo esperaba mucho de la sociedad de mi amigo, del compañero de mi infancia, del confidente de todos mis gozes y penas, del mentor cuyos consejos han tenido siempre para mí tanto imperio. Ay! En esta circunstancia fué estéril su amistad. El señor Rodríguez sólo amaba las ciencias. Mis lágrimas, le afectaron, porque él me quiere sinceramente, pero él no las comprende. Lo hallé ocupado en un gabinete de física y química que tenía un señor alemán y en el cual debían demostrarse públicamente estas ciencias por el señor Rodríguez. Apenas lo veo yo una hora al día. Cuando me reúno a él, me dice de prisa: "Mi amigo, diviértete, júntate con los jóvenes de tu edad, vete al espectáculo; en fin, es preciso distraerte y este es el solo medio que hay para que te cures". Comprendo entonces que le falta alguna cosa a este hombre, el más sabio, el más virtuoso y sin que haya duda, el más extraordinario que pueda encontrarse. Caigo muy pronto en un estado de consunción y los médicos declaran que voy a morir: era lo que yo deseaba. Una noche que estaba muy malo, me despierta Rodríguez con mi médico: los dos hablaban alemán. Yo no entendía una palabra de lo que ellos decían; pero en su acento y en su fisonomía, comprendí que su

conversación era muy animada. Tenía todo mi conocimiento y aunque muy débil, podía sostener todavía una conversación. Rodríguez vino a sentarse cerca de mí: me habló con esa bondad afectuosa que me ha manifestado siempre en las circunstancias más graves de mi vida. Me reconviene con dulzura, y me hace ver que es una locura el abandonarme y quererme morir en la mitad del camino. Me hizo comprender que existe en la vida de un hombre otra cosa que el amor, y que podía ser feliz dedicándome a las ciencias o entregándome a la ambición. . . . Sabéis con que encanto persuasivo habla este hombre: aun que diga los sofismas más absurdos, cree uno que tiene razón. Me persuade, como lo hace siempre que quiere. Viéndome entonces un poco mejor, me deja; pero al día siguiente me repite iguales exhortaciones. La noche, siguiente exaltándose mi imaginación, con todo lo que yo podía hacer, sea por las ciencias, sea por la libertad de los pueblos, le dije:—Si, sin duda, yo siento que podía lanzarme en las brillantes carreras que me presentáis; pero sería preciso que fuese rico. . . . Sin medios de ejecución, no se alcanza nada; y lejos de ser rico, soy pobre y estoy enfermo y abatido. Ah, Rodríguez, prefiere morir. . . . Le di la mano para suplicarle que me dejara morir tranquilo. Se vió en la fisonomía de Rodríguez una revolución súbita: quedó un instante incierto, como un hombre que vacila acerca del partido que debe tomar. En este momento levantó los ojos y las manos hasta el cielo, exclamando con voz inspirada: Mi amigo, ¿asi tú fueses rico, consentirías en vivir? Di, responde. . . . Quedé irresoluto; no sabía lo que esto significaba. Respondo: Sí. ¡Ah, exclama él, entonces estamos salvos. . . . ¿El oro sirve, pues, para alguna cosa? Pues bien: ¡Simón Bolívar sois rico: tenéis cuatro millones!. . . . No os pintaré, querida Teresa, la impresión que me hicieron estas palabras: tenéis actualmente cuatro millones. Tan extensa y difusa como es nuestra lengua española, es, como todas las otras, impotente para explicar semejantes emociones. Los hombres las prueban pocas veces: sus palabras corresponden a las sensaciones ordinarias de este mundo; las que yo sentía eran sobrehumanas; estoy admirado que mi organización las haya podido resistir.

“Me detengo: la memoria que acabo de evocar me abruma. ¡Oh, cuán lejos están las riquezas de dar los goces que ellas hacen esperar!

“Estoy bañado en sudor y más fatigado que nunca, después de mis largas marchas con Rodríguez. Voy a bañarme. Os veré después de comer para ir al Teatro Francés. Os pongo esta condición: no me preguntaréis nada relativo a esta carta, comprometiéndome a continuarla después del espectáculo.

“Rodríguez no me había engañado; yo tenía realmente cuatro millones. Este hombre caprichoso, sin orden en sus propios negocios, que se enredaba con todo el mundo sin pagar a nadie, hallándose muchas veces reducido a carecer de las cosas más necesarias, ha ciudado mi fortuna que mi padre me dejara con tan buen resultado como integridad, que la ha aumentado en un tercio. Sólo ha gastado en mi persona ocho mil francos durante los ocho años que he estado bajo su tutela. Ciertamente él ha debido cuidarlo mucho. A decir verdad, la manera como me hacía viajar era muy económica. El no ha pagado más deudas que las que contraje con mis sastres; pues la relativa a mi instrucción era muy pequeña, porque él era mi maestro universal.

“Rodríguez pensaba hacer nacer en mí la pasión por las conquistas intelectuales, para hacerme esclavo. Espantado del imperio que tomó sobre mí el primer amor y de los dolorosos sentimientos que me condujeron a la puerta de la tumba, se lisonjeaba de que se desarrollaría mi antigua afición a las ciencias, pues tenía medios para hacer descubrimientos, siendo la celebridad la sola idea de mis pensamientos. ¡Ah, el sabio Rodríguez, se engaña, me juzga por él mismo! Llego a los veintitún años; no podía ocultarme por más tiempo mi fortuna; pero me la habría hecho conocer gradualmente y de eso estoy seguro, si las circunstancias no le hubiesen obligado a hacérmela conocer de una vez. No había deseado las riquezas: ellas se me presentaban sin buscarlas, no estando preparado para resistir a su seducción. Me abandono enteramente a ellas. Nosotros somos los juguetes de la fortuna. A esta gran divinidad del Universo, la sola que reconozco, es a quien es preciso atribuir nuestros vicios y nuestras virtudes. Si ella no hubiese puesto un inmenso caudal en mi camino, servidor celoso de las ciencias, entusiasta de la libertad, la gloria hubiese sido mi solo culto, el único objeto de mi vida. Los placeres me han cautivado, pero no largo tiempo. La embriaguez ha sido corta, pues se ha hallado muy cerca del fastidio. Pretendéis que yo me inclino me-

nos a los placeres que al fausto; convengo en ello, porque me parece que el fausto tiene un falso aire de gloria.

"Rodríguez no aprobaba el uso que yo hacía de mi fortuna: le parecía que era mejor gastarla en instrumentos de física y en experimentos de química; así es que no dejaba de vituperar los gastos que él llamaba necesidades frívolas. Desde entonces, ¿me atreveré a confesarlo?... Desde entonces, sus reconvencciones me molestaban y me obligaron a abandonar a Viena para librarme de ellas. Me dirigí a Londres, donde gasté ciento cincuenta mil francos en tres meses. Me fui después a Madrid, donde sostuve un tren de príncipe. Hice lo mismo en Lisboa. En fin, por todas partes, ostento el mayor lujo y prodigo el oro a la simple apariencia de los placeres. Fastidiado de las grandes ciudades que he visitado, vuelvo a París con la esperanza de hallar lo que no he encontrado en ninguna parte, un género de vida que me convenga. Pero, Teresa, yo no soy un hombre como todos los demás, y París no es el lugar que puede poner término a la vaga incertidumbre de que estoy atormentado.

"Sólo hace tres semanas que he llegado aquí, ya estoy aburrido.

"Ved aquí, mi amiga, todo lo que tenía que deciros del tiempo pasado; el presente, no existe para mí: es un vacío completo donde no puede nacer un solo deseo que deje alguna huella grabada en mi memoria. Será el desierto de mi vida... Apenas tengo un ligero capricho, lo satisfago al instante y lo que yo creo un deseo, apenas lo poseo, sólo es un objeto de disgusto. **¿Los continuos cambios que son el fruto de la casualidad, reanimarán acaso mi vida?** Lo ignoro; pero si no sucede esto, volveré a caer en el estado de consunción de que me había sacado Rodríguez al anunciarme mis cuatro millones. Sin embargo, no creas que me rompa la cabeza en malas conjeturas sobre el porvenir. Únicamente los locos se ocupan en estas quiméricas combinaciones. Sólo se pueden someter al cálculo las cosas cuyos datos son conocidos; entonces el juicio como en las matemáticas, puede formarse de una manera exacta. ¿Qué pensáis de mí? Responde con franqueza. No pienso que hay pocos hombres que sean incorregibles y como es siempre útil el conocerse, y saber lo que se puede esperar de sí mismo, yo me creeré feliz cuando la casualidad me presente un amigo que me sirva de ejemplo.

"Adiós. Iré a comer mañana con vos". (1).

Por primera vez, esta carta fue publicada en 1826 en "*Le Journal des Debats*", en francés y el eminente venezolano don Aristides Rojas la tradujo para insertarla en sus "*Leyendas Históricas*", en donde la leyó Mancini, la copió Marius André, la impugnó Diego Carbonell, la acató Cornelio Hispano, la reprodujo Blanco Fombona, la citó Mosquera y la presentó admirablemente engastada, el pulcro Cova Maza.

He aquí pues, que la fuente, en nuestro entender, es única. La cuestión estriba en averiguar si en realidad pertenece al Libertador, si corresponde su estilo al empleado por él en 1804, fecha de la carta y si fue o no dirigida a Fannie du Villars.

Expongamos algunas opiniones.

A excepción de Cornelio Hispano, escritor de prestigio que obliga atento comentario no sabemos de ningún otro historiador, ensayista o simplemente historiógrafo, que se haya singularizado en el juicio sobre esta carta hasta el punto de afirmar que ella no fue dirigida por Bolívar a su rubia prima, sino a otra de sus encantadoras parientes, a Doña María Teresa de Jesús Aristeguieta, residente por ese entonces en París. "Esa carta,—a la que califica de "preciosa"—, y otras más, estaban en posesión de la familia Trobriand Aristeguieta y se dieron a luz en ese año.— 1826, afirma Hispano (2). Y hay que creerlo, ya que él así lo dice fundándose en que en el contexto de ella, como seguramente lo habrán observado nuestros lectores, se invoca el nombre de Teresa en lugar del de Fannie.

En realidad, lo correcto sería que la carta dirigida a esta última, invocase su nombre en cada periodo de —; con perdón, manes de mi gran Bolívar!—, cursi y afectada fraseología. Pero olvida el comentador que el mal del siglo tiene sobre todo raigambre recia en la literatura y que un jovenzuelo caraqueño, frívolo y turbulento, no podía ser un índice de buen gusto en ese entonces. Yo también creo que el Teresa surge como una postrera llama al rescoldo de la nueva pasión, como un incentivo al reclamo celoso de la conquista, como el último homenaje al recuerdo lacerante que se aleja para tomar el velo de seda de la

(1) "Carta de Bolívar".— París, pág. 40-44.

(2) "Historia Secreta".— C. Hispano.— pág. 63.

saudade. Y por eso, a aquella que encubre el adulterio con el discreto parasenio de la caridad,—porque es obra de misericordia satisfacer a los menesterosos, de consuelo, de cariño, o de pan—, Fannie pasará ante su marido, ante sus hermanas,— una de las cuales también se llama Teresa—, ante sus amigas, como la que trata de salvar a su agonizante primo opreso en la red de la tormenta interior y del hastío.

Pero sí, por otra parte, recordamos que el General está mucho tiempo ausente y lleva a su linda mujer un cuarto de siglo, que la sociedad de entonces apagó hasta cierto punto el fuego miseramente guardado por desdentadas vestales, y que el corazón de las damas está siempre en peligro de hundirse en la culpa, el primo criollo, botarate, elegante, afectado y triste, providencialmente tuvo que ser el conquistador.

No olvidemos además, que Cornelio Hispano parece no haber penetrado en el espíritu de Fannie du Villars. Y es lástima, por que el fino escarpelo de su crítica matizada y atractiva, habría producido en honor de tan bella ciudadana, páginas inolvidables, mejores en nuestro concepto, que la siguiente: "Fannie es la mujer mundana, de más cerebro y corazón, sutil y calculadora, la parisiense espiritual que en la gran Babilonia moderna descubre, sobre los brazos del amante, en las intimidaciones del amor, un genio...." (1) Para Fernando González, el formidable escritor colombiano, Fannie es "únicamente una mujer coqueta, que no quería entregarse y que desea oír lamentaciones". (2) Más benévolo, más acertado, es el juicio de Marius André: "No es cruel Fannie; es una mujer sensible, romántica como una heroína de Rousseau" (3).

Ciertamente, no es sino eso.

¿Por qué excluir la posibilidad de un tierno idilio?... Estamos aún en mil ochocientos cuatro!

General es la opinión de que la carta no fue escrita por Bolívar, pero como D. Aristides Rojas merece entero crédito, hacede fe como dicen los juristas. Además, se la presenta tomada de un periódico serio,—aunque Carbonell afirma no haberlo encontrado—, y como seguramente fue leída por el propio Liber-

(1) Lib. cit.— Pág. 245.

(2) "Mi Simón Bolívar". Fernando González.— Pág. 152.

(3) Bolívar y la Democracia. Marius André.— Pág. 39.

tador, y no fue reñutada por él—tan celoso en asuntos relacionados con la imprenta—, hay razones de peso para creer en su autenticidad. El hecho de que tan solo en 1826,—cuando en Francia era un verdadero idolo Bolívar y se perseguían los mas insignificantes detalles de su vida con impaciente simpatía—, se la publicase en “*Le Journal des Débats*”, ha hecho suponer que la misma Fannie pudo suplantarla, con fines de vanidosa explotación, fácilmente aceptables.

Pero si esto puede admitirse en lo que se refiere al motivo y la persona que la imprimieron, es difícil que sirva de fundamento a quienes niegan la pluma del Libertador en dicha epístola. El estilo, bolivariano puro, es semejante a aquel de la carta que en 1827 Bolívar dirigía desde Oruro, a Don Simón Rodríguez (1). Realmente hay veinte años de por medio, y es exacto que las cartas contemporáneas desmerecen de ella en su factura, aun cuando no puede negarse que en todas alienta la misma vena pasional que tanto sorprende en el Libertador. En la que nos ocupa, el pensamiento no influye ondas tan graciosas como las de posteriores documentos; avanzaríamos el juicio hasta confesar que nos parece de mal gusto, pero es un muchacho de 21 años el que la escribe, sabe de memoria “*Atala, René y El Ultimo Abencerraje*”, ha nacido en América y está enamorado....¿Hay derecho par exigirle prosa más castigada, realidad en su fantasía?....

Mancini explica sencillamente el cambio de nombre. “El le llama a Teresa, dice, porque Fannie es su consejera”, es su paño de lágrimas, es la que va a curarlo; y para que su palabra tenga en el enfermo verdadero dominio, se hace llamar como la madreña.

Pero nuevamente, es André el que explicará en nuestro juicio, el verdadero espíritu de la carta. “Si no es una novela para el público, escribe, lo es para su prima (2).

El literato francés, acierta sagazmente.

PROMETEO

En Italia, el Monte Sacro. Luego, la partida de Prometeo.

(1) Oruro, 30 de Setiembre de 1827. O'Leary.— Tomo IX, pág. 514.

(2) Ob. cit. pág. 43.

La escena debió ser conmovedora. Ella, la invitadora al viaje, reteniendo al que va a partir. En el sanatorio del amor delicado, él ha robustecido su ala inquieta. Desde entonces ella quedará guardando el recuerdo amarillecido como una carta vieja.

Pero antes del adiós, un último tributo a Chateaubriand. El anillo, con una fecha grabada en relieve,— 6 de Abril de 1805 —, pasa de la mano de él a la de Fannie.

Ese anillo no lo han forjado los buscadores de archivos ni los escribientes coptos de América lo han tenido en sus dedos. Los amantes se despedían para siempre jurándose alianza eterna.

Veintiún años después, brillaba todavía en la siniesra enlutada de la Villars, y es fama que su dueña leía en él,—como las antiguas hadas en la hoja de los cuchillos o en la pupila de los espejos,—el presente de su primo, el Libertador. En Pativilca tomó el color del acero; en Trujillo, el de la sangre. Las noches de la Quita del Monserrat lo opalecieron; la del Palacio de San Carlos lo dejó translúcido como un diamante. ... En Junín, brilló como un sol; San Pedro Alejandrino, lo tornó de plomo.

Como en los cuentos de infancia, hay que esperar que el toque milagroso de la princesa encantada, vivifique al que duerme su sueño de un siglo, en el rico ataúd que velan los gnomos de la eucaristía.

EL MENSAJE DE LOS RECUERDOS

“A S. E. el General Bolívar.

“París, Abril 6 de 1826. (1).

“Dedico esta esquila para nosotros dos. Hace hoy veintiún años, mi querido primo, que usted dejó a París y que me dió usted una sortija que lleva esa misma fecha, 6 de Abril; pero en vez de 1826, fue 1805 cuando este hecho acaeció.

“Este anillo siempre me ha acompañado, trayéndome a la memoria el recuerdo gratisimo de una amistad que usted me aseguró sólo se extinguirá con su postrer suspiro; entonces ese sentimiento me parecía demasiado débil.

(1) O'Leary.— Correspondencia de extranjeros con el Libertador.— Pág. 77 y siguientes.

"¿Recuerda usted mis lágrimas vertidas, mis súplicas para impedirle marcharse?

"Su voluntad resistió a todos mis ruegos. Ya el amor a la gloria se había apoderado de todo su ser y sólo pertenecía usted a sus semejantes por el prestigio que les ocultaba el genio que las circunstancias han aumentado.

"Creo haber merecido todos los sentimientos que a usted inspire por la pureza y sinceridad de los niños. Con orgullo recuerdo sus confidencias respecto a sus proyectos para el porvenir, la sublimidad de sus pensamientos y su exaltación por la libertad.

"Yo valía algo en aquel tiempo, puesto que usted me encontró digna de guardar su secreto.

"Su resolución de alejarse de mí me hirió profundamente; pero hoy, aquel valor tan firme, lo eleva a usted en mi pensamiento y lo coloca con superioridad sobre todos los hombres.

"He tenido y tengo aún la confianza de creer que usted me amó sinceramente y que en sus triunfos como en los momentos en que corría usted algún peligro, pensó usted que Fannie le dirigía sus pensamientos e invocaba con fervor el Protector celestial y la Divina Providencia que veló sobre usted.

"Consérvese usted, para la felicidad y gloria del Nuevo Mundo; tengo todavía la esperanza de volver a ver a usted, de estrechar contra mi corazón al ser más digno que ocupa todos mis pensamientos, al objeto de mi profunda admiración.

"Dígame, (pero escrito de su mano), que me conserva usted una amistad verdadera; es el único sentimiento que ambiciono y del cual estoy celosa, porque no tengo ya el derecho de ser exigente; pero lo que sentiré siempre y que me preocupará constantemente, es la pérdida de su preciosa amistad, así como la felicidad de poseerla. Si usted se encuentra ya en el apogeo de la gloria, dígame y me congratularé con usted; si al contrario, no se siente usted satisfecho, también es a mí a quien debe decirlo porque lo que concierne a usted será para mí más que propia existencia, más que yo misma.

"Adiós, mi caro amigo; yo lo amo a usted y creo que no es porque le he amado que le amo tanto.

"No sería imposible que fuese este un adiós para siempre; Dios solo y usted pueden saberlo.

"Conserve usted mi retrato; él será más feliz que yo, por-

que al enviarle mi imagen no tengo la facultad de prestar mi alma a mi fisonomía; si la tuviera, tal vez olvidaría usted mi años.

“Adiós, mi querido primo,

Fannie D. du Villars.

Neé de Trobriand et Aristeiguieta” (1).

“A S. el General Bolívar

“Hace veintiún años, mi querido primo, que partió usted de París para viajar en el interior de la Francia, en Holanda e Italia y fue en el mes de setiembre del mismo año cuando partió usted de Europa para emprender la grandiosa tarea de la independencia de su patria cuyo éxito brillante se debe tan sólo al genio de usted.

“Me aprovecho del viaje del General Narváez (2) para enviar esta carta, él la entregará a usted o hará que llegue al lugar en donde usted esté, que será aquel donde nuevas glorias le esperen todavía, porque es usted, en verdad, el dios del Nuevo Mundo; usted está en todas partes y no sabe una dónde encontrar a usted; tan necesario es usted donde quiera.

“No tengo necesidad de decir a usted cuánto placer he tenido de hablar con usted con uno de sus más decididos admira-

(1) Su nombre íntegro fué Fannie Louise de Trobriand de Keredern y Aristeiguieta, y el de su marido el de Conde Dervieu du Villars.

(2) Aún no era General, ya que en diciembre del mismo año, el Libertador recomienda a Santander escuche a Narváez, quien le ha traído noticias de Europa de las que se desprende que “la conducta del señor Hurtado no ha dejado de causar bastante escándalo en Inglaterra y aún en toda Europa”, y añade que en los once años de Coronel que lleva al servicio de Colombia, ha desempeñado con brillo importantes encomiendas. “La Nueva Granada tiene pocos Generales”, dice el Libertador, para concluir que “este oficial merece su ascenso”. (Doc. N° 1085. Tomo VI.— Lecuna).

Parece que murió el General Narváez a principios de 1828, pues el 14 de Mayo, Bolívar recomendaba a Urdaneta el que no se apure a su viuda con el pago de las deudas de su marido, que nada le había dejado. (Doc. 1,508.— Tomo VII. Lecuna).

dores y amigos; con un hombre cuya suerte está unida a la de usted, que no hace un voto ni abriga un deseo que no sea para usted y por usted; solamente a su patria ama él tanto como usted, y al recordarla, nunca separa a usted de ese recuerdo en su entusiasmo y su cariño. De ese modo ama a usted doblemente, porque es la patria obra de usted. Él ha sido bien recibido aquí por todos los que son dignos de admirar a usted; y ha sostenido dignamente su posición como teniente de usted, ha contribuido a realzar la admiración que todos hemos consagrado a usted y nos ha hecho conocer los detalles de todo lo inmenso que usted ha hecho.

“El señor Barón de Humbolt está aquí y es un buen amigo del señor Rocafuerte. (1) No sé como hará el señor Barón para llamarse amigo de usted; en aquella época en que el éxito de la empresa de usted era dudoso, él y el señor Delpéch (2) eran los más celosos detractores de usted; la mujer de éste se ha portado bien, y la señora de Hurtado (3) en Londres y las señoras de Zea (4) aquí nunca han dado su brazo a torcer respecto de usted;

(1) Lo prueban numerosos documentos. En cuanto a la amistad que por don Vicente tuvo el Libertador, léase la carta que le dirigió desde Bogotá, el 10 de Enero de 1821, en la que le dice: “Se acordará Ud. que soy su antiguo amigo? Siempre me he acordado y me acordaré que Ud. lo es mío y que no puede dejar de serlo, pues, ¿porqué no me ha escrito Ud.? Ud. debería ser patriota, honrado y el hombre de la naturaleza, como yo lo he llamado. ¿Porqué es Ud. ingrato?..... (Doc. 380. Tomo II.—Lecuna).— El hombre de la naturaleza fué el Miranda del Sur.

(2) En carta a don Leandro Palacios dirigida desde Guayaquil, el 27 de Julio de 1829, el Libertador se refiere a Delpéch y a su señora que, en ese entonces, no solamente dudaban de su triunfo, sino que se aprovechaban de él, para obtener de su antiguo y generoso amigo, emplease a su hijo Luis en la Legación de Colombia en París.— (Blanco y Azpurúa.— XIII, 594).

(3) Esposa de don José Manuel, Senador de Colombia y Ministro en Londres.

(4) La señora de Zea recurrió a Bolívar cuando falleció su marido, en demanda de protección, según se desprende de la carta de ella de que fué portador el señor J. D’Esmenard. (Doc. 555.— Tomo III.— Lecuna).

pero lo que más le sorprenderá a usted, querido primo, será saber que el 20 de abril de 1820, el que con más vivo interés me interrogó acerca del carácter de usted, de su talento y de su nacimiento, fue el rey Luis XVIII, quien me concedió una audiencia solicitada por mí, con el objeto de desvanecer los cargos hechos a mi hijo, a quien su coronel, el marqués de Roche-gradon, había amenazado con expulsión del Regimiento, porque una carta amistosa y llena de entusiasmo que dirigía a usted, había sido interceptada. El rey, lleno de bondad y con su genio solícito, me dijo que me tranquilizara; me pidió el retrato de usted, que entregué al señor duque de Chartre, su primer gentilhombre y lo tuvieron en el palacio de las Tullerías durante ocho días. Le citaré a usted las palabras del rey: "Señora: yo no viviré para ver cumplirse en su totalidad el bello destino de vuestro primo, pero si no lo asesinan, podreis algún día hacerle un gran servicio y hacérselo también a los franceses, cooperando a la reunión de los intereses de ambos mundos. Adiós, señora no os inquietéis por la suerte de vuestro hijo".

"A usted toca, mi querido primo, realizar su felicidad. Como ya lo he dicho a usted, Augusto tiene veintinueve años y es Capitán de Caballería; cáselo usted con una de sus parientas, esto en el supuesto de que le sea a usted tan agradable como a mí. Le agradeceré a usted me diga, tan pronto como sea posible, su voluntad a este respecto pues no quisiera que mi hijo, por aguardar la decisión de usted, perdiera aquí un buen partido, que, aunque menos de nuestro gusto, pudiera convenirle en cuanto a bienes de fortuna.

"Eugenio, el segundo de mis hijos, que está para cumplir los veinte, se ha dado a los estudios y a los trabajos necesarios para hallarse en disposición de merecer lo que la amistad de usted pudiera confiarle a él o a su hermano, dándole el Consulado General de Colombia en París. El quería irse con el Coronel Narváez a ver a usted. Este dará a usted noticias de Eugenio, de mi marido y de toda mi familia, que satisfarán la amistad e interés que por nosotros tiene usted.

"Le mando a usted mi retrato y el de mi hijo Augusto, que está en toda la lozanía de la juventud; su fisonomía le recordará a usted la mía, cuyo retrato deja ver ya las huellas del tiempo; pero el corazón siempre es el mismo, —para los hombres vulgares la belleza es nuestro único mérito; la amis-

tad que nace de un sentimiento menos vivo, aunque más durable, comunica su calor a los restos de aquella belleza: he aquí el homenaje que mi corazón rinde a usted.

“No dudo que usted tendrá mucho gusto al ver llegar con el Coronel Narváez al joven Simón Briffard, nuestro ahijado que antes de la partida de usted recibió en nuestros brazos las aguas del bautismo. No tengo para qué recomendarlo a usted; si usted quiere tenerlo a su lado, a título de hombre de toda su confianza, nadie le superará en lo probo y bondadoso. Si esto no le conviene a usted, será suficiente su protección para el establecimiento de un arte útil en ese país, porque él es hábil artista como grabador en acero, para la manufactura de papel de pared, ramo de industria de que carece esa República y que él es muy capaz de establecer con el apoyo de usted. Para principiar, bastaría que lo pusiera usted a la disposición de su Ministro de lo Interior. Repito que Simón es un excelente sujeto, a quien no he dejado de ver y de dirigir desde que nació, según las instrucciones de usted después de su partida. Siempre le he dicho que usted hará su dicha, si está usted en capacidad de hacerla. El lo ha amado a usted desde la cuna como a un padre y protector: yo salgo fiadora de él en todo respecto.

“La falta de dinero que experimento ha envalentonado a mis adversarios en el pleito de familia, haciéndoles concebir la esperanza de que viéndome yo arruinada ceda en mis derechos. Sin dinero me verá obligada a transar y a reducir mi fortuna a poca cosa, mientras que si sostengo mi posición, obtendré en dos años un buen resultado. Suplico a usted encarecidamente, mi querido primo, que si usted puede mandarme dinero, me mande valores que puedan realizarse o autorice usted a algún banquero para que me dé cuatro mil francos al mes hasta la conclusión del pleito, que entonces podré devolver lo que la bondadosa amistad de usted me haya adelantado. Los acontecimientos ocurridos en el mercado de Londres me impidieron llevar a cabo el objeto que me llevó allí por cuenta de otros. Rocafuerte consiguió que me prestaran veinticinco mil francos que yo tenía que pagar en Francia y que he gastado sin resultado alguno. Las condiciones con que el banquero me ha prestado la suma son onerosas y peligrosas, puesto que si no le pago en el mes de julio, él venderá mis

propiedades como quiera, y por veinticinco mil francos estoy en riesgo de perder cincuenta mil.

"Acuda usted pronto a auxiliarme. Si el General Narváez hubiera podido vender al precio que él había calculado en París, habría tenido la bondad en obsequio de usted, de poner una cantidad a mi disposición. No tuve la dicha de serle útil en esa clase de negocios, pero mi hermano Santiago, cuya bondad y actividad conoce usted, ha sido más feliz y por medio de sus relaciones ha logrado poder servir al general y amigo de usted. El le escribe a usted y le dará cuenta de todo.

"Los señores de Legarda, padre e hijo, de cuya amistad tengo mucho de qué quejarme, digan ellos lo que quieran, me encargan presente a usted su respetuoso homenaje. El padre es siempre hombre de talento que me gusta y, sin duda, uno de los hombres más capaces e instruidos en Francia. El hijo le imita en esto. Yo he tenido la dicha de educarle con el éxito más feliz en cuanto al mérito. Del corazón nada he logrado. Y ahora, después de veinte años de cuidados, tanto él como su padre, me pagan con ingratitud. Así es la vida: es menester resignarse a sufrir o a hacer sufrir; hasta ahora yo he sufrido y espero tener bastante imperio sobre mí para no cambiar, pero la doblez empieza a fastidiarme si no pretendo que se me agradezca nada no quiero que se me engañe, porque yo no he engañado ni quiero jamás engañar a nadie, ni en las cosas triviales ni en las grandes.

"Mi marido, mis tres hijos, mis dos hermanos y el hijo de mi hermano Paco el marino, que he tenido la desgracia de perder, recuerdan a usted cariñosamente. Este sobrino, a los veinticinco años, es ya Capitán de infantería; joven muy distinguido y de grandes esperanzas por su talento e instrucción. Aunque no tiene la talla y el porte de su padre, si tiene buena presencia; le ama a usted y hubiera querido compartir sus peligros y participar de su gloria. Su hermana se casó desde hace mucho, a los quince años, con el Vizconde de C.....; es rica, bella y amable. La hija de Santiago, a quien estoy educando, se llama Fannie, y será más bonita que lo que yo fui en la flor de mi belleza. Narváez la ha visto y le hablará a usted de ella. La Vizcondesa vive en la Bretaña con su marido y no viene a París sino por poco tiempo todos los años.

"Nos han hecho concebir la esperanza de que usted vendrá pronto a Europa; su viaje será aquí una serie continuada de triunfos, porque ya todo el mundo le ha proclamado a usted el primer hombre del siglo. Usted comprenderá, mi querido Simoncito, cuánto gozo yo con tanta gloria que le pertenece. Sólo me falta suplicarle que se conserve para cumplir su bello destino y para hacer que algún día tenga otra vez la dicha de decirle a usted de viva voz que nadie le ha amado tanto, ni le es tan cariñosamente adicta como su prima.

Fannié D. du Villars.

Noe de Trobriand et Aristeguieta.

Adición.— Le envío a usted con qué defenderse: un puñal y mi retrato por talismán".

A S. E. el General Bolívar

"Paris, 14 de Mayo de 1826.

"Siempre que algún conocido de usted me ofrece hacer que alguna de mis cartas llegue a manos de usted, no puedo resistir al placer de escribirle y de repetirle cuánta sería mi dicha si yo recibiera noticias de usted, no por intermedio de otro, sino de usted mismo, directamente. La elocuencia de su corazón es para mí la más perfecta. ¡Recuerde usted con cuánto placer me ponía yo a oírle cometer algunas faltas en una lengua que no era suya propia, pero que hablaba usted con gracia!

"Más de doscientas cartas le he escrito a usted y yo solamente he recibido una que me escribió usted desde Guayaquil; la seguridad que en ella da de su amistad me la hace muy preciosa; desearia que sus cartas fuesen menos raras.

"Di últimamente una carta para usted al señor D'Horbigny, viajero del Museo de Historia Natural. Es un joven muy interesante por su mérito, muy digno de que usted le distinga y llegará a ser útil a su patria por sus investigaciones y su perseverancia.

"De Londres escribo a usted muchas cartas por conducto de los señores Hurtado, Rocafuerte y el Coronel Narváez, a quien contié mi retrato y el de mi hijo Augusto para usted, como también un soberbio puñal que mi hermano Pepito qui-

tó a uno de los famosos jefes de la Calabria, con quien luchó cuerpo a cuerpo. Los señores Olavarria y Ponte, comerciantes colombianos, se encargaron del duplicado de la carta que escribí con el coronel Narváez. Desde el mes de setiembre último, por lo menos, cincuenta veces he escrito a usted.

“Nuestro ahijado Simoncito, (1) cuya educación me encargó usted que dirigiese y le hiciese digno de las bondades de usted para cuando usted estuviese en estado de llevarlo a su lado, debía haber partido con el coronel Narváez, para ir en busca de usted; pero como no tenía dinero ni podía yo dárselo, se ha visto obligado a renunciar a una dicha de que es muy digno —la de ver a usted—. Nuestro ahijado es un excelente chico, guapo mozo; y le he hecho aprender el oficio de grabador en acero (lo que será muy útil en el país de usted). habla su lengua con pureza y la escribe bien y tiene además buena letra; no tiene ningún defecto notable; y puede usted estar seguro de él como de usted mismo. Si usted lo necesita, apenas se lo diga usted y le mande con qué hacer el viaje, se pondrá en camino.

“Vuelvo a repetir lo que ya he dicho a usted: mi marido, así como mi hermano Pepito, han sido ascendidos al grado de General por el Rey Carlos X; Santiago no es sino Coronel retirado y se ocupa ahora en sus negocios; es, como siempre, el hombre excelente; mi hijo Augusto es Capitán de Coraceros y espero con impaciencia la respuesta de usted, sobre si quiere usted darle la mano de una de sus parientas, pues ya tiene 29 años y desea casarse. Hace ya ocho meses, mi querido primo, le dirigi a usted esta súplica y aguardo todavía su respuesta. Mi hijo menor ha cumplido veintiún años, es robusto y de gallarda presencia y entrará a la escuela especial de Comercio para merecer la confianza de la República de Colombia, si usted tiene a bien honrarle con el nombramiento de Cónsul General en París. Mi Carlitos tiene apenas once años y para bautizarlo aguardaré que usted venga y elija la madrina. Todas las mujeres bonitas de París se disputarán el honor de ser comadres de usted pues es usted querido aquí como un dios.

“Deseo saber si mis cartas anteriores han llegado a manos de usted, y me importa mucho saberlo para estar segura de que

(1) Simón Briffard bautizado en 1805 en París.

usted quiere servirme. En la avanzada edad de mi marido, que cuenta ya setenta y seis años, puede sobrevenir la desgracia de perderlo; y hace tres años que estoy sosteniendo un pleito con sus sobrinos, el cual absorve mi pequeño caudal. Nos han quitado la herencia de mi suegra y no me queda otro recurso que la de mi suegro. La esperanza de lograr que mis amigos al fin se cansen de ayudarme y la de verme arruinada, hace a esos sobrinos seguir con chicanas para obligarme a desistir de mis justas pretenciones. He aquí por qué me atrevo a pedir a usted su apoyo contra sus malos manejos.

"Se anuncia el viaje de usted a Europa. La presencia de usted aquí sera una larga carrera de triunfos, porque es verdad lo que todo el mundo dice aquí, como lo dicen los que están cerca de usted: que es usted el primer hombre del siglo. Ya comprenderá usted, mi querido primo, cuánto gozo yo con tanta gloria suya; pero, lo repito, para la dicha de cuántos conocen a usted y para la felicidad de su patria es menester que usted se conserve para llenar sus altos destinos.

"Mi marido, mis hijos, todos mis allegados, saludan a usted. El señor Jannon es quien se encarga de encaminar esta carta. El habla siempre de usted con entusiasmo y cariño.

"Adiós; soy su prima que le quiere y admira,

Fannie D. du Villars,

Noë de Trobriand et Aristeguieta".

LA ULTIMA AURORA

El velo del Templo está para rasgarse: Bolívar agoniza en lecho extraño. Es el Bolívar de la Noche, como lo hemos llamado.

Pero antes de que su voz se pierda prolongada por el eco de las edades, que desfigurarán fatalmente su timbre, escribe a la prima ausente; canta para morir.

"Querida prima:

"¿Te extraña que piense en tí al borde del sepulcro?

"Ha llegado la última aurora: tengo la frente al mar Caribe azul y plata, agitado como mi alma por grandes tempestades; a mi espalda se alza el macizo gigantesco de la sierra, con sus

viejos picos coronados de nieve impoluta, como nuestros ensueños de 1805; por sobre mí, el cielo más bello de América; la más hermosa sinfonía de colores, el más grandioso derroche de luz...

"Y tu estás conmigo, porque todos me abandonan; tu estás conmigo, en los postreros latidos de la vida, en las últimas fulguraciones de la conciencia.

"¡Adiós, Fannie!

"Esta carta, llena de signos vacilantes, la escribe la mano que estrechó la tuya en las horas del amor, de la esperanza y de la fe; esta es la letra que iluminó el relámpago de los cañones de Boyacá y Carabobo. Esta es la letra escritora del decreto de Trujillo y del mensaje del Congreso de Angostura...

"No la reconoces, ¿verdad?

"Yo tampoco la reconocería si la muerte no me señalara con su dedo despiadado la realidad de este supremo instante.

"Si yo hubiera muerto en un campo de batalla, dando frente al enemigo, te dejaría mi gloria, la gloria que entreví a tu lado a los lampos de un sol de primavera.

"Muero miserable, proscrito, detestado por los mismos que gozaron mis favores; víctima de inmenso dolor, presa de infinitas amarguras. Te dejo en recuerdo mis tristezas y las lágrimas que no llegaron a verter mis ojos.

"¿No es digna de tu grandeza tal ofrenda?

"Estuviste en mi alma en el peligro, conmigo presidiste los consejos de gobierno; tuyos fueron mis triunfos y tuyos mis reveses; tuyos son también mi último pensamiento y mi pena postrimera.

"En las noches galantes del Magdalena, vi desfilar mil veces la góndola de Byron por los canales de Venecia; en ella iban grandes bellezas y grandes hermosuras, pero no ibas tú; porque tu has flotado en mi alma mostrada por las niveas castidades.

"A la hora de los grandes desengaños, a la hora de las íntimas congojas, apareces ante mis ojos moribundos, con los hechizos de la juventud y de la fortuna; me miras, y en tus pupilas arde el fuego de los volcanes; me hablas, y en tu voz escucho las dianas inmortales de Junín y Bomboná.

"¿Recibiste los mensajes que te envié desde la cima del Chimborazo?

"Adiós, Fannie; todo ha terminado.

"Juventud, ilusiones, sonrisas y alegrías, se hunden en la nada; sólo quedas tú como visión seráfica señoreando el infinito, dominando la eternidad.

"Me tocó la misión del relámpago: rasgar un instante la tiniebla; fulgurar apenas sobre el abismo; y tornar a perderme en el vacío.

Bolívar".

Así, sus esponsales fueron celebrados ante el mar.

EL COFRE DE SANDALO

"Un asiento de honor, hecho como con lirios blancos bajo dosel de luz", pedía el Presbítero don Carlos Borges para "la noble y bella esposa de Vicente Lecuna", en aquel discurso registrado ya en el gran libro de las páginas que se leerán mañana, como ahora, devotamente, porque guardan junto a la corrección amada por Flaubert, el colorido pasional que ponía Gauthier en las sayas y esa savia fluida y dulce de la más delicada filosofía. En realidad, Borges, — demiurgo y epicúreo, pluma de orfebre del más puro estilo, — en esa ocasión superó a cuántos en castellano trataban de Bolívar. Apenas si junto al maravilloso surtidor de plata en que se vertió felizmente el agua clara de la añoranza, sobrevivirán, como fanales para las nuevas edades, el hacha resinosa del soberbio don Juan Montalvo, el arco voltaico del prosador uruguayo, o el óleo discreto ardiendo entre las manos del clérigo venezolano.

Hemos evocado el nombre de la matrona esposa del historiador Lecuna, porque si para ella, justamente, el poeta sagrado requería lujoso dosel bajo el cual descansara su espíritu en sitio de honor, para su marido toda América debe simpatía y respeto por su obra bolivariana tan paciente, tan erudita, tan constantemente perseguida.

El Gobierno de Venezuela, con fidelidad que le honra y que seguramente le servirá de mucho, cuando futuras generaciones formen juicio sobre su labor, ha conmemorado el centenario de la muerte de Bolívar, con la publicación de diez tomos en los cuales se ha reunido las cartas que andaban disper-



FANNIE DU VILLARS

(De un medallón propiedad
de la familia Trobriand).

sas en colecciones fragmentarias, no siempre inspiradas por un científico o patriótico deseo de facilitar su conocimiento, sino multiplicadas a lo mejor, sin perseguir más finalidad que el lucro de empresas editoras. De aquí que el trabajo serio para quienes se dedican a esta clase de estudios, haya consistido precisamente en la recolección de documentos, en la eurística, tanto más difícil como valiosas son aquellas ediciones, muchas de las cuales constituyen verdaderas rarezas bibliográficas.

Ahora, Lecuna, apoyado por el Gobierno de Venezuela, ha conseguido con su acertada recolección, —para la que tan útiles debieron de serle sus anteriores "Papeles"—, facilitar estas fuentes al mayor número, poner a su alcance una copia tal de documentos epistolares que, con ella y la recopilación de públicos verificada por Blanco y Azpurúa, pudiera llegar a orientarse mejor el criterio americano respecto a su historia. Además ha publicado documentos hasta hoy desconocidos o apenas mencionados por viejos maestros, salvándolos así de un irremediable olvido.

Tan sólo cuando habíamos ya terminado este trabajo—, con el que hemos querido hacer presente nuestra admiración por el gran melancólico que fué Bolívar—, hemos tenido oportunidad de revisar la obra de Lecuna a que venimos refiriéndonos y como en ella se publican, además de las que hemos copiado para inteligencia de nuestros lectores, dos cartas realmente de precioso mérito: la una, dirigida por Bolívar al Coronel Dervieu du Villars, esposo de Fannie y la otra, enviada desde Cádiz a su prima, despidiéndose al partir para su viacrucis, hemos considerado útil citarlas antes de finalizar estas páginas.

Además, nos ha complacido el que en el Tomo X de la referida obra monumental, hallemos una interpretación sumamente interesante respecto a la carta de 1804 que dejamos criticada, cuando aún no teníamos la suerte de conocer la que comentamos; interpretación de acuerdo con la nuestra respecto a cómo debería aceptarse la carta antedicha, que también, a pesar del Teresa, se coloca entre las de Fannie, como un documento que debe acogerse con simpatía y reserva, ya que ha surgido de la mano de un joven en crisis pasional.

La carta del Coronel du Villars viene a revelarnos un aspecto de la juventud boliviana, que si bien no pasó para noso-

tros desapercibido, fué tan sólo tratado incidentalmente: la poca sagacidad o la extremada franqueza, o "las aristas de su temperamento" como evocamos al insistir en los contratiempos que el venezolano tuvo en París por el escaso respeto que dedicaba al Emperador, brillante en ese entonces como un dios.

En efecto, Bolívar, en el vértigo romántico en que se entrega, —y en el que pretendimos seguirlo—, una noche ofrece a sus numerosas relaciones suntuoso banquete en su casa de habitación de la calle de Vivienne, en la cual tenía "un departamento de seis mil francos". Vivía como un rajhá. Una soberbia librea, un coche, sus caballos magníficos, un palco en la ópera; sostenía públicamente una bailarina y vestía trajes de un lujo extravagante, como dice uno de los hijos de la señora de Villars (1) en una relación que hace al transcribir las cartas indicadas y que don Vicente Lecuna ha conseguido también para su obra "después de impresos los volúmenes del texto" copiándolos del número primero de "El Faro Militar" revista publicada en Lima (2) en junio de 1845. (2)

A la comida asistieron valiosos y destacados elementos de París. Como es natural, Fannie y su marido eran de los

(1) "Cartas de Bolívar" cit.—Tomo X.—Pág. 398.

(2) En la nota de don Vicente Lecuna se dice que "El Faro Militar" anuncia las ha copiado de "Debates Políticos y Literarios", periódico redactado en París y que de allí las han traducido, apareciendo de su contexto como pertenecientes a uno de los hijos de la señora de Villars. Tenemos el placer de añadir nosotros que semejantes documentos los hemos encontrado hojeando la vieja colección de "El Imparcial", periódico que en Quito se publicaba en 1839, es decir, seis años antes de que "El Faro" los conociera. En efecto, en sus ediciones del sábado 18 de mayo de aquel mismo año, al martes 30 de Julio, aparecen como traducidos del inglés y tomados del "Correo de Nueva York". Concuerdan ambas traducciones en lo fundamental. Hay diferencias sobre todo en la persona que aparece como su autor, ya que mientras se habla en la que trae don Vicente como refiriéndose a la Villars en su calidad de madre, en esta se la trata de señora, o sea, en tercera persona.

Gustosos contribuimos con esta aclaración a las pesquisas del doctor Lecuna.

invitados y a ellos se refiere el biógrafo en dicho trabajo. "Olvidando, dice, en medio de los humos del vino del champaña, que era extranjero y que reunía en su mesa personajes de importancia", Bolívar se dejó llevar por su indignación contra Bonaparte, traidor a la causa revolucionaria y dominando con su voz metálica, tronó contra él. El resultado podemos imaginarlo. Nadie quiso, desde entonces, alternar con quien así desafiaba las fortalezas que la vigilancia de Fouchet abría al indiscreto o al sincero, y a partir de esa noche fue considerado el elegante petrimetre de las **Galerías des Bois** como un irascible jacobino, soñador y peligroso.

Al día siguiente de aquella comida, Bolívar dirigió al entonces Coronel du Villars, la carta que copiamos:

"Coronel:

"Ha seis años que os conozco; ha seis años que os amo con una verdadera amistad, y que os profeso el más profundo respeto por la nobleza de vuestro carácter y la sinceridad de vuestras opiniones. No tengo necesidad de deciros cuán afligido estoy de haberos hecho testigo del escándalo que ocasionó ayer en mi casa la exaltación fanática de algunos clérigos más intolerantes que sus antepasados y que hablan con tanta imprudencia como en España, donde el pueblo les dobla la rodilla y les besa la falda de su sotana. Habeis debido notar los altos empleos civiles y militares con que nos brindaron estos señores, siendo los elogios del primer Cónsul los que provocaron más mi exaltación que sólo fue interrumpida débilmente. Ellos ahogaron su vergüenza y se contentaron con dirigirme algunas observaciones, para poner a cubierto su responsabilidad, hasta que los clérigos, tomando a cargo la causa de Bonaparte, se reunieron a sus clamores.

"El deseo de dominar y de ocupar el primer rango en el estado es el pensamiento de todos los clérigos. Los empleados piensan en conservar el sueldo elogiando al que les paga; separando estas dos clases, yo no concibo que nadie sea partidario del primer Cónsul, aunque vos, querido Coronel, cuyo juicio es tan recto, le pongáis en las nubes. Yo admito como voz sus talentos militares, pero ¿no véis que el único objeto de sus actos es apoderarse del poder? Este hombre se inclina al despotismo: ha perfeccionado de tal modo las instituciones que, en su

vasto imperio, en medio de sus ejércitos, agentes de empleados de toda especie, clérigos y gendarmes, no existe un solo individuo que pueda ocultarse a su activa vigilancia. ¿Y se cuenta todavía con la era de la libertad?... ¡Qué virtudes es preciso tener para poseer una inmensa autoridad sin abusar de ella! ¿Puede tener interés ningún pueblo en confiarse a un sólo hombre? ¡Ah! Estad convencido: el reinado de Bonaparte será dentro de poco tiempo más duro que el de los tiranuelos a quienes ha destruido.

“La vehemencia con que yo hablo puede resultar de poca reflexión; pero cuando yo me entrego en la discusión, mi espíritu hace abstracción de las personas. Que los interlocutores tengan los cabellos blancos o el bigote negro, lleven la espada o la tonsura, yo no veo sino los pensamientos personificados y disputo sin respetar la posición social de ninguno de ellos. Estoy lejos de tener la sangre fría de Rodríguez o la vuestra Coronel; yo no puedo contenerme siempre. Por otra parte, ¿qué necesidad tengo de ello? No soy un hombre político obligado a empeñar el debate en una asamblea deliberante; no mando un ejército, y no estoy obligado a inspirar confianza a los soldados; no soy ni sabio que tenga que hacer con calma y paciencia una demostración ardua ante un auditorio numeroso. Hoy no soy más que un rico, lo supérfluo de la sociedad, el dorado de un libro, el brillante de un puño de la espada de Bonaparte, la toga del orador. No soy bueno más que para dar fiestas a los hombres que valen alguna cosa. Es una condición bien triste. Ah! Coronel! Si supiéseis lo que sufro, seriais más indulgente.

“Coronel, perdonad; yo no seguiré esta vez vuestro consejo; no abandonaré a París hasta que no haya recibido la orden para ello. Deseo saber por mi propia experiencia, si le es permitido a un extranjero, en un país libre, emitir su opinión respecto a los hombres que los gobiernan, y si le echan de él por haber hablado con franqueza.

Bolívar” (1).

El juicio que le merece Bonaparte, excusa todo comentario en homenaje a la certera visión que principiaba a desarro-

(1) Ob. cit.— Tomo cit.— Pág. 405

llarse en el caudillo en ciernes. Los salones de ese entonces como hemos tenido el honor de escribir, eran quizá más celosos da la almibarada fraseología y del servil acatamiento al trono, que cualquiera de los del antiguo Régimen. La policía napoleónica tenía más de los mil ojos con que Argos vigilaba las costas de Eritrea e infatigable en su labor, hacía valiosas pesquisas tanto en las fronteras como en las más frívolas y galantes recepciones. Tachado a *sotto voce* de faccioso, a Bolívar no le quedó más remedio que abandonar esa sociedad que a pesar de sus hipocresías, era singularmente atractiva. Entendemos que para él fue más sensible el aislamiento, cuanto que se vió de ese modo alejado de su prima, a la cual sinembargo, visitaba con relativa frecuencia.

El Coronel du Villars habitaba en París en Baujmad "una casa en la que había un gran jardín. Cuando Bolívar se paseaba en él destrozaba todo lo que encontraba, ramas de árboles, yemas de la viña, flores, frutas, etc. Mi padre que cuidaba con tanto esmero su jardín, entraba furioso viéndole cometer tantas locuras. Arrancad las flores y los frutos que querráis, le decía él; ¡pero por Dios! no arranquéis estas plantas por el solo placer de destruir; ¡Oh! perdón, Coronel! Yo creo que la mariposa se fija más pronto que yo; apenas arranco una flor, cesa ya de agrardarme, deseando otra. El entraba donde estaban los árboles frutales y mordía todas las peras sin concluir ninguna.

"La casa no estaba tampoco al abrigo de su manía destructora; arrancaba las franjas de las cortinas, desgarraba con los dientes los libros que estaban en las mesas, descomponía la chimenea con las tenazas; en una palabra, no podía estar diez minutos sin romper alguna cosa. Estos caprichos fantásticos indicaban, me parece, la necesidad de movimientos y de actividad devoradora, no encontrando todavía su empleo y su objeto". (1)

De este modo, se preparó fatalmente la ruptura. Desde el 6 de Abril de 1805, en que se despidió de su amada hasta dos años después, no recibió Fannie mensaje alguno del ausente que se había separado de ella "con lágrimas en los ojos".

(1) Ob. cit.— Tomo cit.— Pág. 408.

De Cádiz, en 1807, sin saberse ni el día ni el mes, envió a su prima este billete, en el cual no solamente encontramos una promesa, sino ya un deseo incontenible por realizar acciones superiores, por dar ocupación a toda esa gran voluntad que debía conmover el mundo veinte años después, y una tenacidad en autosupeditarse, como para vencer de ese modo la melancolía que le persiguió siempre, rompiendo el fino bacarat de su espíritu.

"Cádiz, 1807.

"Querida señora y amiga:

"Yo no les he escrito desde mi partida de París: ¿qué podía preguntaros, ni qué podría deciros que os interese?..... Siempre el mismo tren de vida; ¡siempre el mismo fastidio!... Voy a buscar otro modo de existir; estoy fastidiado de la Europa y de sus viejas sociedades; me vuelvo a América. ¿Qué haré yo allí?..... Lo ignoro..... Sabéis que todo en mí es espontáneo, y que no formo jamás proyectos. La vida del salvaje tiene para mí muchos encantos. Es probable que yo construiré una choza en medio de los bellos bosques de Venezuela. Allí yo podré arrancar las ramas de los árboles a mi gusto, sin temor de que se me gruñan, como me sucedía cuando tenía la desgracia de tomar algunas hojas. Ah Teresa; felices aquellos que creen en un mundo mejor! Para mí este es muy arido.

"Yo habria querido abrazar al Coronel antes de partir. No le escribo; ¿qué puedo decirle que no sepa ya? Si al que no tiene tiempo bastante para mirar las nubes que vuelan sobre su cabeza, las hojas que el viento agita, el agua que corre en el arroyo y las plantas que crecen en sus orillas, le dijera yo que la vida es triste, me tendria por un loco. ¡Feliz mortal! No tiene necesidad de tomar parte en los dramas de los hombres para animar su vida. Vuelvo a ver otros hombres y otra naturaleza..... Los recuerdos de mi infancia me prestarán un encanto que se desvanecerá, sin duda, a mis primeras miradas; pero el gran Emperador acaba de invadir la España y yo deseo ser testigo de la acogida que recibirá en América este extraño acontecimiento.

Bolívar" (1).

(1) Ob. cit.— Tomo cit.— Pág. 408.

He aquí una carta de leve ironía que corrobora nuestra opinión sobre el valor o significado que el nombre de Teresa tiene en la de 1805. No fue indudablemente dirigida dicha epístola a doña María Teresa Aristiguieta, como cree don Cornelio Hispano. Habían convenido seguramente en que la correspondencia iría con la dirección de la prima o de la hija de Fannie. he aquí que en esta carta, quizá nunca leída por el Coronel, se hiciera referencia, —muy sutilmente por cierto—, al resentimiento que le guardaba el Libertador y que se manifiesta en ese ligerísimo desdén con que lo menciona.

Además, hay en ella, junto a la promesa de asistir a la acogida que en América iba a tener la innovación napoleónica, un persistente afán de soledad, que no pudo realizar el Libertador, ni cuando fué "véspero declinante"..... Todos sabemos que al sorprenderle la muerte en Santa Marta, iba en pos de las riveras de Francia..... Como no tuvo dinero suficiente, se contentó con desear instalarse en los Montes Azules de Jamaica..... Pero sus fuerzas lo impidieron y se quedó en Santa Marta, golpeando como un peregrino la casa de un español, leguas adentro de la ciudad..... Entonces su deseo buscaba mayor soledad todavía.

¿No sabemos que siguiendo su mandato, se alzaba ya una gran cabaña en el corazón de la selva, en la que quería morar como en una nueva Tebaida, aquel que tuvo la gallardía de Pericles, la virilidad de Aquiles y el espíritu errante de Ulises?.....

"La vida del salvaje tiene para mí muchos encantos".... No habría escrito nada mejor, Kempis taciturno.

OBRAS CONSULTADAS

- Mosquera, T. C. de.— "Memorias".— Nueva York.— 1853.
Quintana, Manuel José.— "Vidas de Españoles célebres",
Paris, MDCCC.
Hispano Cornelio.— "Historia Secreta de Bolívar".— Pa-
ris, 1924.
Hispano Cornelio.— "El Libro de Oro de Bolívar".— Pa-
ris, 1925.
André Marius.— "Bolívar y la Democracia".— Barcelona,
1924.
Perú de Lacroix.— "Diario de Bucaramanga".— Edición
de Cornelio Hispano.— Paris.
Rojas Aristides.— "Leyendas Históricas".— Caracas, 1890.
Cova Maza, J. M.— "Mocedades de Simón Bolívar".— 2^o
Viaje.— Venezuela.
Carbonell Diego.— "Reflexiones Históricas y Conceptos
de Crítica".— Río de Janeiro.— 1922.
Carbonell Diego.— "Psicopatología de Bolívar".— Paris,
1916.
Mancini, J.— "Bolívar".— Edic. Paris, 1923.
Stael, Mme. de.— "Diez años de Destierro".— Edic. Barce-
lona, 1919.
González Fernando.— "Mi Simón Bolívar".— Manizales,
1930.
O'Leary, D. F.— "Correspondencia de Extranjeros con el
Libertador" 2 tomos.— Ed. "América", Madrid, 1920.
Blanco Fombona, R.— "Cartas de Bolívar" de 1823 a 1827".
— Con notas del editor.— Ed. "América", Madrid, 1921.
Lecuna.— "Papeles de Bolívar".— Ed. "América" 1925.
Lecuna, Vicente.— "Cartas del Libertador".— 10 Tomos.
Caracas, 1930.

PROSAS LIRICAS

Hipatia Cárdenas de Bustamante

¡SILENCIO!

Con insistencia me preguntas si te quiero, y casi siempre el silencio es la respuesta. ¿Para qué hablar si mis ojos se encargan de decirte la inmensidad de mi cariño, en su mirada tenebrosa y triste? Tú me pediste que fuera para ti una amiga, que fundiéramos nuestras almas como en aquella primavera se fundieron nuestras vidas.

¿A qué pensar entonces que se extinguirá la hoguera que ha logrado resistir al hielo que consigo traen los años?

Es en vano pensar en el jardín florido cuando avanza ya el otoño. El silencio es el manto primoroso en que el amor gusta arrebujarse. No te inquietes al verme pensativa; es que a veces sin querer viene a mi mente la idea de dejarte para siempre; es tan largo el camino recorrido, tan incierto el que nos falta! Sigamos adelante, iluminando la senda con la luz de nuestro amor. ¿No ves la preciosa caravana que nos sigue y que nosotros la formamos? Sembremos de rosales el camino, quitemos los abrojos, y así, cuando entremos en las sombras, aquellos pequeños jardineros que criamos entre angustias y desvelos, cosecharán rosas que prenderán en el manto misterioso del recuerdo.

BESAME LAS MANOS

Bésame las manos con ternura.

Son las que amaste con locura y que en momentos de fiebre apretaste entre las tuyas locamente.

Bésalas ahora como nunca, ahora que tornaron sus caricias en bálsamo que cura tus heridas.

Pobres manos inflamadas, cuyos dedos afilados quisieran ser leves como plumas para posarse ingravidos en la blancura de tu frente pensativa; bésalas, sí, ahora que palpitan como el ala de un ave herida; mañana, ¿quién sabe? sea tarde; quizá quede sobre tus labios la impresión del mármol insensible y frío.

Quito.

MONTALVO PANFLETARIO

Carlos H. Endara

Escritores antiguos y modernos, de mentalidad diferente, de concepciones raciales contrapuestas, se han ocupado perennemente de don Juan Montalvo. Y a excepción de un núcleo mínimo de adversarios y contradictores, que inflaron el globo aerostático de las injurias y calumnias para combatir sus filipicas lancinantes, no existe un solo hombre que, al leer a Montalvo, no haya sentido encenderse súbitamente en su alma los fragantes pebeteros de la admiración, que es comprensión y amor. Carente de lastre, el globo aerostático imaginado por sus enemigos intrascendentales y efímeros, se perdió para siempre en los aires purificadores del pasado; el terrible aliado del tiempo, que agiganta la excelsitud de los hombres de mérito y apaga el fulgor vano que aureola la silueta de los simuladores de grandeza y estafadores de la gloria. . . .

No voy, pues, a examinar, con el escarpelo del crítico, la obra montalvina. No voy con la exultante efusión de sus discípulos a derramar plegarias y lisonjas que asciendan en espirales hasta su trono olímpico. No podría hacerlo tampoco, porque Montalvo, que talló su vida como un gigante y cinceló su destino a golpes de hacha, se halla tan alto, que la sombra de su figura se refleja en el presente y resplandece en el porvenir en la actitud gallarda de domador del tiempo y encadenador de la inmortalidad. Únicamente quiero en estas líneas esbozar una breve semblanza del Montalvo panfletario, que encrespa su alma y atumultua su prosa, para perseguir a los tiranos. Me induce a esta labor la lectura de un folleto extinto, y que constituye, indudablemente, un diamante ignoto y una flor ignorada de la fulgurante obra de don Juan. Se llama "El Heraldo de las Siete Catilinarías" y lo publicó Montalvo en un folleto editado en Pa-

namá en 1881. Un año antes, había estremecido el dorso de los Andes con el formidable rugido de sus primeras cinco "Catilinarias". Ahora levantaba nuevamente el vivac, aceraba sus armas invencibles y uncía su elocuencia arrebatadora de un sello de eternidad para derribar al déspota. Pero era preciso, como paso inicial, castigar la audacia del Nuncio Apostólico, Monseñor Mario Moncenni, quien, en claudicante prosa, hizo la defensa del General Ignacio de Veintemilla y trató de impugnar con resultado vano el impulso irresistible y bravo que hace de las "Catilinarias", al mismo tiempo, látigo que castiga y piqueta que demuele. Sin esta réplica del Embajador del Vaticano, seguramente las doce "Catilinarias" habrían quedado reducidas a cinco, según lo declara el propio Montalvo; pero la refutación sacristanesca dió margen a que el formidable combatiente completara su obra, dejando a la posteridad este monumento grandioso del insulto, tan perfecto en sus líneas y que se contornea tan bellamente en su vértice, que puede decirse es un magnífico poema inmortal. Por desgracia "El Heraldó de las Siete Catilinarias", perseguido por el furor de la clerecía nacional y extranjera, corrió la misma suerte de otros opúsculos similares: decretaron su exterminio y merced a una pesquisa sabia, lograron acaso que la edición sea devorada por las llamas. De ahí que "El Heraldó de las Siete Catilinarias", que ruge y vibra, que ondula y estalla, que encuentra ritmos inesperados de elocuencia y figuras de iluminado verbalismo, haya permanecido casi por completo en la tiniebla. Pero el azar, que se ríe del destino, quiso que un buen día hallara yo este folleto en las manos cordiales de un exaltado admirador de Montalvo y he vibrado de entusiasmo al leer estas páginas admirables del Maestro, que supo hallar dentro de sus exacerbaciones coléricas la actitud y el alarido, la palabra y el gesto, solo comparables al rayo que deslumbra, atruena y extermina....

II

Escritor de estirpe prócera, dentro del espíritu de Montalvo, se hallan excepcionalmente armonizadas las más preclaras facultades del escritor auténtico y genial. Pero Montalvo que no fué más que escritor y que tal vez no quiso dispersar en ejercicios diferentes la recia contextura de su alma, cautiva y subyuga mucho más

cuando se reconcentra en sí mismo y pone al rojo fuego su pluma para combatir a los malandrines de la política y a los follones de toda jaez, que cuando, arrebatado por el Clavileño de su fantasía, se encumbra hacia las nobilísimas regiones de la filosofía, del pensamiento y del arte. Y esto es natural que así sea, ya que la condición dominante en el espíritu de don Juan es su amor por la Libertad, su pasión por la Justicia, su culto a la Honradez. No vacila en arremeter contra el endriago cogido en flagrante delito de falsedad, no duda un segundo en ahorcar al jayán que prevarica, al clérigo de lacras sifiliticas, al soldadote intonso que causa las desgracias de la Patria. Aún en medio de sus divagaciones artísticas, si el cordón umbilical de la asociación de ideas le lleva a la memoria el nombre de un mercader, el engaño de un pillo, la traición de un ambicioso, inmediatamente lo toma por el cuello, lo sacude, lo aprieta y le arroja al ludibrio de las muchedumbres. Su instinto de luchador revolotea en busca del epíteto que más desgarré, de la palabra que más corroa, del adjetivo que más hondo hiera. Y surge entonces la frase tremenda, danzante y armoniosa; pero que fustiga y mata. De la misma manera, aún en los instantes en que la cólera le ciega e íntegramente se halla embargado su ánimo en el orlébrico trabajo de pulir la diatriba y trocar más elocuente el demnesto, si una coyuntura mental le conduce a pensar en bellas y amables cosas, abandona al belitre que estaba sacudiendo y se remonta en vuelo rápido a divagar por el jardín de Akademos, a través de cuyos parterres se da el lujo de explicar una frase mutilada de Sócrates o de tornear definitivamente una linda sugerencia de Alcibiades. Pero en cuanto termina la elucubración poética, que constituye, sin disputa, un paréntesis de respiro para el malvado que castiga, retorna enseguida a la carga y ya no abandonará al adversario sino cuando lo vea retorcerse por los suelos, echando espuma por la boca y agitándose en los estertores convulsivos de la agonía. Montalvo es terrible y sólo parece que al recibir en el arcano sus grandes dotes de escritor, los dioses vengadores le hubieran también ofrendado los atributos de la Némesis implacable, la conciencia de la vindicta, la jurisdicción de la justicia, para castigo y terror de hombres pervertidos y falaces. Por eso, él mismo lo dice en una de sus "Catilnarias": "Un

tigre para los perversos, para los buenos siempre he abrigado corazón de madre". . . .

Pero para imponerse esta ardua labor de reparación y escarminamiento, Montalvo debía primeramente buscar el camino que conduce a la cima de la perfección y hacer de su propia vida un santuario de integridad austera. Y así lo hizo: el Cosmopolita no se impuso esta nobilísima misión, que era la florescencia más frondosa y más armoniosa de su espíritu dilecto. Era luchador porque sí y su señor y maestro, don Alonso Quijano, presenciò su advenimiento al mundo y en la cuna blanca y tibia le diò el espaldarazo medioeval consagrándole caballero sin miedo ni tacha, enderezador de entuertos y desfacedor de agravios. Nadie como don Juan heredó en pleno siglo XIX el culto de la andante caballería: la adarga tornábase férrea en su pecho y el lanzón se magnificaba en su diestra hasta adquirir la gracia y el prestigio de la espada toledana, que nunca abandona la vaina sin motivo ni se guarda sin honor. . . . Don Juan era caballero de punto en blanco y de vivir en épocas más románticas, la gallarda agresividad con que apaleaba a los déspotas habría sabido trocárla en reverencia cortesana y en actitud galante para rimar preciosos madrigales al pie de los balcones floridos. Alto y airoso, de mirada centellante, don Juan Montalvo es hermano gemelo de su mismo don Juan de Flor. Cortesano con las damas, el dicterio se transformaba en canto y el chocar de las espadas adquiría el ritmo de los sonetos sentimentales. La capa española fue hecha para sus hombros y en la manera de envolverse dentro de sus pliegues elegantes, pocos caballeros le habrían llevado la ventaja. Si hubiera vivido en los tiempos aventureros de Quevedo y Villegas, habría sido noble señor de rompe y razga y al golpe de su tizona, los enemigos habrían quedado muertos en el sitio del desafío y el lance. Leyendo a Montalvo, el espíritu soñador y profundo de José Enrique Rodó, se imaginaba de esta suerte la señorial figura del escritor: "Aquel gran espíritu encarnó, según dicen los que le conocieron, una figura consonante con la realidad de su ser. Yo la represento en mi imaginación por esas noticias: la talla procerosa, relevado el pecho, enhiesto el andar, la color morena, luengo el torno del rostro, la frente amplia y desembarazada, entre la perpetua rebelión del cabello, montón de negros anillos, y el ignipotente mirar de unos ojos a donde con-

fluían los relámpagos del pensamiento y las llamaradas del ánimo. La nariz, recta y valiente, como que daba testimonio de los atributos de la voluntad, y en las comisuras de los labios, desdeñosos y finos, se posaba aquel género de amargor con que persiste en el orgullo hidalgo el dejo de la ingratitude y la bajeza del ánimo". Y don Roberto Andrade que conoció a Montalvo en una calle de Quito, a fines de 1868, dice: "Su estatura era realmente excelsa y descollante, recta, cenceña, bien proporcionada: jamás he visto cabeza de varón mejor colocada que la del noble don Juan".

Bajo su viril hermosura palpitaba un bello corazón, una gran alma, que en la soledad de su Ficoa y luego en la erranza interminable del proscrito, supo irse nutriendo con toda la riqueza mental que han exprimido los siglos. Y una vez formado el hombre y constituido el escritor poderoso, refinado y dilecto por el acopio de lecturas, que colmaron su cabeza de "suntuosos crepúsculos de Roma, de banquetes de Platón, de desfiles de Bolívar, de los más ilustres espectáculos que puede ofrecer a su propia fantasía un poeta en vena de hermosura", cree Ventura García Calderón, que la tragedia de Montalvo y la explicación humana de su ira, fue vivir en la nativa serranía en contacto con el Barbero de Cervantes, el Barrabás de charreteras que cantaba Darío y el humilde *chagra* feudal. Si, en efecto, hasta cierto punto, la hiel de un medio intonso pudo envenenar lentamente la gracia armoniosa de su espíritu. Pero don Juan estaba orgánicamente formado de diversa manera: un cúmulo de virtudes imperaban en su alma y el tumulto de su vida interior era tan grande, que de la turis eburnea de su pensamiento, únicamente podían sacarle las desgracias de la Patria y la corrupción de los hombres. Integro y austero, no claudicó ni ante la presencia invisible y terrible de la muerte. A una insinuación suya habrían terminado los destierros de Ipiales y la fortuna se habría posado a sus pies como una odalisca de harén. Pero don Juan no era hombre que podía transigir con los Barrabás de charreteras ni abrazarse en el país con los Judas que fraternizan con los Caines.

Y nació el libelista de verba estupenda, que traía en su aljaba de escritor los dardos más sutiles y las saetas más ágiles para herir mortalmente a los perversos. A través del mosaico maravilloso de sus obras, a cada instante se destaca en relieve inconfundible

el panfletario insigne. Ciudadano del Mundo, como don Juan se llama a sí mismo, bautiza de "El Cosmopolita" los apóstrofes candentes con que infunde supervivencia y da universal renombre a don Gabriel García Moreno. Se acuerda de Cicerón para llamar "Catilinas" a los doce frisos en que talla la figura pigmea de Ignacio de Veintemilla. Porque Montalvo, que sentía animarse en su pecho a los genios reivindicadores de la antigüedad heroica y que sentía en su fuerza un soplo de eternidad, buscó siempre la concordante frescura de un presente indigno con el recuerdo de un pasado infame para perpetuar la memoria de los hombres que combatió. . . . Magnificó la pequeñez del escenario, agrandó el límite insignificante de las figuras, las unció con la luz de su estilo, las precipitó en el ridículo con el estrépito de su carcajada, las tornó abominables con la lluvia de sus sarcasmos y, convertidos en peles grotescos, las dejó colgadas en la horca para toda la existencia, como solía hacer con los cuerpos de sus enemigos ese Emperador sanguinario y cruel, que se llamó Pedro el Grande de todas las Rusias. . . .

Sustancia, elemento indispensable e insustituible condición del panfleto es la risa. Le faltará nervio para vivir a la diatriba que no se sienta perennemente agitada por la convulsión de la carcajada. Montalvo en sus ataques ríe estruendosamente y tiene tal don para mirar el lado ridículo de las cosas y los hombres, que luego aumenta y exagera con esa su inimitable aptitud para la hipóbole, con esa su gracia sorprendente para encontrar el vocablo preciso, el epíteto rotundo, la frase definitiva, que es imposible contener el impulso de la risa ante imágenes y giros, retratos y semblanzas, tan magistralmente pintados, que ya no se desteñirán jamás. Muy pocas veces sonríe el Maestro: ríe como Rabelais, porque quiere anonadar a sus adversarios. De haber ensayado la ironía, que se traduce en leve sonrisa, porque es la expresión de la piedad, nunca habría exclamado con esa altanería tan suya, al hablar de la muerte de García Moreno: "Mi pluma lo mató". . . . Y es que don Juan no gustó de las medias tintas ni las incertidumbres, que sólo sirven para deslucir los bellos gestos, empalidecer los hechos hermosos de la vida y quebrantar la fortaleza de la acción. Su prosa libérrima y enérgica, que tiene estruendos de volcán cuan-

do insulta y carcajadas épicas cuando ríe, es el retrato más fiel de su espíritu. Hombre de lucha, cada vez que acerca la pluma surge el paladín de un ideal, que creería traicionar la grandeza de su alma y violar la immaculada santidad de su causa admitiendo vacilaciones y titubeos. Por eso, Montalvo llega en su personalismo a la ferocidad. Pero, en efecto, ¿cómo contemporizar con la maldad de los hombres y las falacias políticas si hunden al país en la vorágine? El libelista fracasará en sus nobilísimos propósitos y carecerá de eficacia el ataque si lo restringe solamente a los hechos públicos de los magistrados mendaces. La vida privada de un hombre entra ya al terreno del análisis social cuando éste ha dedicado sus actividades a la vida pública. Porque son precisamente las peores lacras morales, los vicios más horribles, las pasiones más vergonzosas, las que trata de ocultar y cubrir con oropeles falsos y ficciones de ópera cómica el ciudadano exento de virtudes que aspira a las cumbres del Poder. Tiberio, jugando a la rectitud, engañando a la justicia, haciendo acra a la moral, hasta asegurar definitivamente el Imperio en sus manos, es un ejemplo indestructible. Después surge el peor de los tiranos, el más atroz de los hombres, el más perverso de los Emperadores cuando instala su gobierno en la isla de Capri....

La corrupción de una época, bien puede asegurarse que halla su termómetro en la falta de libelistas y en el terror instintivo que inspira a la sociedad la diatriba. La teoría del antipersonalismo impera, consecuentemente, en naciones taradas y que tratan de ocultar el absceso cremoso de su purulencia interior. El miedo colectivo es su mejor aliada, porque la sociedad se revuelve entonces contra el escritor que quiso poner el dedo sobre la llaga. Y vienen el aislamiento y el vacío, que no todos los hombres tienen el valor heroico de aceptar, renunciando, la abnegación mediante, a las cosas amables de la vida. Montalvo, maestro de energía y de constancia, desafía a sus contemporáneos, hiere con su florete el pecho de los picaros y sigue imperturbable por el sendero abrupto con la certidumbre de que su genio encontraría el pedestal inmenso de su gloria en los umbrales del futuro....

Pero el panfleto vivirá siempre, y más crudo y terrible, mientras más virulenta sea la reacción de los hombres ante el espectácu-

lo de las podredumbres sociales. En la Roma antigua el libelo se cristaliza en la greguería de los epigramas de Marcial y subsistió siempre a través de las sátiras de Juvenal y de las imprecaciones ciceronianas. Francia ha tenido sus León Bloy y sus Rochefort y en el torrente de Hugo, el planfleto halló su molde máximo hasta en la novela y en la poesía. Ahora mismo, en América atruena la ardencia frenética y el febril coraje que pone en el ataque Rufino Blanco Fombona cuando combate al terrible sátrapa de Venezuela. Pero Montalvo es el maestro máximo y excelso en la tierra de Colón y el conductor maravilloso de los espíritus libres y las conciencias rebeldes. Y por eso vivirá eternamente, porque nunca llega la exaltada grandeza de su pluma a confinar con el infinito, sino cuando ataca y demuele y alza en las puntas de su pluma el velo de las miserias y tristezas de los hombres de su época y descubre al sol las lacras y lacerias en medio de su carcajada inimitable. Y nada como "Las Catilinarias", a lo largo de cuyas páginas desfilan entre sarcasmos sangrientos y burlas satánicas las figuras lamentables de Veintemilla y Urbina, de Gómez de la Torre y Mario Mocenni.

III

Pero Montalvo, el luchador inquieto y tumultuoso, que ruge implacable contra García Moreno y rie ferozmente ante la imagen bufa del Capitán General, es un espíritu tan pulcro y gallardo, que su muerte constituye un nobilísimo poema de belleza inmortal. Una muerte bella vale por toda una vida, solían decir los griegos. Leyendo al Montalvo panfletario, jamás puede imaginarse que un hombre que infunde tanto ardor al combate, pueda tranquilamente apagarse en su lecho. Y, en verdad, el veneno misterioso, el puñal que se afila en la sombra, la emboscada trágica, persiguieron constantemente al escritor. Su horóscopo era diferente y el vengador de la Libertad debía expirar, lejos de su Patria, ya que fue eterno prócrito; pero rodeado de la atención temblorosa de manos vigilantes. El viejo discípulo de Montalvo, don Roberto Andrade, nos cuenta que el Maestro solía estremecerse y crisparse al solo nombre de Lord Byron. Similitudes de elegancia, selecciones espirituales, unían, sin disputa, en las más profundas recon-

diteces de sus almas, a este par de artistas maravillosos y aparentemente distintos. Byron, romántico de la Libertad, cansados sus ojos del azul intenso del Adriático y su corazón fatigado un tanto del inasible amor, va a ofrendar su vida de escarceos a lo Brummell en las lejanas playas del Missonlongui ático. . . .

Ah! Y es que el exquisito poeta de "Childe Harold", no podía morir de otro modo, sino era entregando su alma al culto inextinguible de su vida, manchando su bello rostro con la sangre de sus heridas y de cara al sol. Byron, que vivió en la sociedad más refinada del mundo y que declaró orgullosamente que habría preferido a las glorias de Napoleón los triunfos de que sembraba su camino Jorge Brummell, debía morir así, con el abandono de un dandy que no olvida el último gesto y con la gracia de un efebo que reconstruye su vida en el instante supremo. . . . Montalvo, que uno se imagina morirá en el fondo de una trinchera, entre dos detonaciones de fusil, rinde la vida en París, levantándose del lecho en el momento solemne de la agonía para vestirse de frac y despedirse del mundo como de una mujer predilecta. Después, pide para su tumba la presencia iluminada de las flores, que es la luz de la tierra, como Goethe imploraba, al borde de la oscuridad eterna, la bendición de la luz, que es la sonrisa del cielo. . . . Bella muerte incomparable, en un luchador de su estirpe, que sólo era capaz de realizarla un hombre como él, impetuoso y sensible, un corazón de serenidad imperturbable, un espíritu elegante y discreto, hermano gemelo de Byron en lo moderno y de Petronio en la antigüedad pagana. . . .

Quito.

EL CANTO DE LOS BRAZOS ABIERTOS

Los puertos nos dieron
el canto de los brazos abiertos
sobre la ansiedad de los caminos.

¡La carga misteriosa de los ojos
está en los brazos abiertos
contra las puertas del mundo!

Por la luz de los brazos abiertos
tenemos el reposo de los pechos
que agitan la bandera de los sueños.

¡Ah, amiga mía,
yo llegué hasta tu cuello
por la vía de los brazos abiertos!

Yo tuve la fuerza de tus labios
entregados a la alegría
de los brazos abiertos.

En la victoria de los brazos abiertos
tu cabeza es el faro
de mis gritos nocturnos.

El canto de los brazos abiertos
está sobre la inmensidad de los caminos!

(Son marineros y muchachos
los que pasan con los brazos abiertos
al llamado de la luna y las estrellas).

¡Muchas veces el mar sintió
el canto de los brazos abiertos!

¡Ah, amiga mía,
siempre tengamos
los brazos abiertos!

El canto de los brazos abiertos
está sobre la ansiedad de los caminos!

TU CUERPO EN EL MAR

¡Apareció tu cuerpo en el mar!

La mañana se puso a jugar
con los largos misterios
de tu cabellera nocturna.

El cielo soltó todos sus pájaros
para que siguieran la aventura
de tu risa viajera en las olas.

¡Yo puse mis ojos ardientes de mar
en el júbilo de tu cuerpo
lleno con la serenidad
de una estrella desnuda!

(El viento se detuvo en tu cabellera
que traía los sueños de las noches).

¡Apareció tu cuerpo en el mar
y corrió un canto de sorpresa
en la playa abierta del cielo!

De "Preguntas a las
cabezas sin reposo".

Montevideo.

UN CAPITULO DE "HISTORIA DE LA REPUBLICA"

Oscar Efrén Reyes

LIBERALES Y CONSERVADORES: LAS LUCHAS

En el año de 1875, meses después de la muerte de García Moreno, sube a la Presidencia de la República el doctor Antonio Borrero. La gloria de este ciudadano consiste en haber sido elegido, espontáneamente, por los grupos que podían elegir entonces, con más de 30.000 votos: caso conmovedor en la historia ecuatoriana, no sólo por la espontaneidad de la elección, sino por el apreciable aumento de sufragantes que se registra para esta época.

Liberales y conservadores habían dado sus votos por Borrero: pero fuera, particularmente, el liberalismo la raíz política de su exaltación. Había combatido a García Moreno en los últimos tiempos; tenía notables entronques con grupos liberales, y nunca había aceptado componendas ni cargos de gobiernos clericales. Parecía, pues, según el concepto del tiempo, "un verdadero liberal". Pero al llegar al poder, Borrero casi no supo ser ni conservador ni liberal. Los conservadores le pidieron la continuación de la política de García Moreno, y él no aceptó: fué manso y tolerante. Los liberales le exigieron, a su vez, que convocase una Convención para anular la Constitución conservadora de 1869 —en la que vibraba todo el espíritu cesarista de García Moreno,— y Borrero tampoco aceptó: al contrario, se acercó a los "garciamorenistas" cuando pudo.

Cayó en desgracia Borrero. Los soldados se indisciplinaron y lo echaron. Aquí el militarismo se alzó también en nombre de las "ideas liberales".

Según parece, el liberalismo de Antonio Borrero, siguiendo la suerte del conservadorismo de los meros devotos, no había tenido

tiempo de definirse todavía. El propio Borrero, en sus escritos periodísticos, no había sabido precisar las aspiraciones fundamentales de los bandos en lucha, con ser que ya Borrero venía figurando como uno de los más ilustres "leaders" liberales.

"El Ecuador —se expresaba en un editorial, apenas de 1868— se halla hoy dividido en dos bandos políticos denominados "conservador", el uno, y "liberal", el otro; nombres recientemente importados de la vecina república de Colombia, pero sin propia y verdadera significación entre nosotros. Qué es, en efecto, el partido ecuatoriano que se llama "conservador"? Cual es su fe política, cuáles sus principios?"... (V. "El Constitucional".— Cuenca, noviembre de 1868.—Núm. 1).

Por lo que respecta al ideal liberal, en Borrero, se traslucía en estas dos aspiraciones máximas: la obediencia a la Constitución o sea, a la ley escrita, en franca oposición a las dictaduras, y el respeto al derecho de los individuos, "asegurando, por lo demás, la lealtad católica"... Y ahí terminaba.

No era culpa de Borrero, por cierto, su estrechez doctrinaria, como hombre de partido. Ya sabemos que liberalismo y conservadorismo de la época sólo divergían en cuanto a la literatura de la ley y a la mayor o menor devoción católica.

Ni cuestiones económicas, ni cuestiones sociales se planteaban en primer término, con ser que ellas clamaban en el medio. Los programas del liberal o del conservador, como ya lo observamos al tratar de las ideas, se elaboraban —quien lo creyera, en un país revuelto y empobrecido,— a muchísima distancia de las inquietudes de la heterogenidad social y de la pobreza. Preponderaban la divagación política importada o la tesis religiosa.

Pero, todavía así, dentro de la limitación doctrinaria, la declaración escueta de Borrero juzgóse contradictoria. ¿Cómo concebir, en efecto, un "liberal" convirtiendo en profesión de fe el respeto a la ley escrita de 1869 —ley cesarista,— y preconizando la "lealtad católica" que, en todo caso, podía implicar reconocimiento del derecho de ingerencia clerical y romana?...

Hubiera o no, sobre este particular, una inquietud de estadistas, en primer término, o una simple prevención antireligiosa —verdadera o convencional,—entre la generalidad de los liberales, la verdad es que la desilusión surgió rabiosa. También se levantó ira-

cunda entre los propios conservadores, defraudados en sus empeños de intransigencia extrema y "cadalzo depurador".

La posición de Borrero, en semejantes momentos de encrespada política tropical, aspiró a la equidistancia y la simetría. El fracaso advino lógico.

Por entonces, lo menos que se llamó a Borrero: fué anodino, santón inútil y embaucador. Al transcurrir de los años, varió el concepto y se habló —por aquello del legalismo austero y la serena equidistancia,— del "Catón ecuatoriano".... Tal mutación radical en los juicios, no impide, desde luego, que advirtamos la completa falta de provecho, la absoluta ineficacia de los "catones", en el Ecuador de 1875 a 1876.

Borrero era un ideólogo y carecía de fuerza y audacia para encararse, de una vez, con las realidades de su ambiente. Se imaginaba que en medio de la feroz impulsividad del leguleyo jacobino y el clérigo inquisidor y de la impaciencia aventurera de la soldadesca sin disciplina, sus equilibrios tendrían el significado trascendental de la rama de olivo.

Ambos partidos le recriminaron "su falta de precisión". Un mes antes de entrar en ejercicio de la Presidencia, había dirigido al Papa una comunicación, solicitándole sus ruegos al Cielo para gobernar bien.... ¡y esto acabó por desengañar definitivamente a los liberales!

Borrero, pues, cayó. El General José Ignacio de Veintemilla —invocando, como ya hemos dicho, los "ideales liberales",— ascendió en su lugar, previo el pasito de costumbre: proclamación de la Jefatura Suprema por la soldadesca; nueva Convención, otra Carta Fundamental, y la elección de Presidente del mismo Jefe Supremo. Antes de esto, verdad que, por la resistencia de Borrero, no pueden evitarse dos matanzas en los campos de "Galte" y "Los Molinos".

Hasta este momento, los antecedentes políticos de Veintemilla no le prestigian ni deprimen mucho. Hijo de un alto magistrado de la Corte Suprema de Justicia, tiene un magnífico ambiente social; pero muestra repugnancia o incapacidad por los estudios, y pronto abandona a Quito, su ciudad, para probar aventuras en el Ejército. Aquí es feliz: rápidamente asciende y conquista simpá-

tías. En la iniciación del marcismo nacionalista, ya fuera Subteniente. Para 1859, en que García Moreno combate en plena anarquía nacional, se le encuentra ya de Comandante. Como tal actúa a lado de García Moreno en "Tumbuco", y, en momentos en que aquel iba a caer preso en manos de Urbina, tiene un gesto generoso, que le recomendará eternamente a la gratitud de García Moreno y que le salvará la vida en muchos casos: el Comandante Veintemilla baja de su caballo, en el instante mismo en que le tocaba huir, y lo cede a García Moreno, para que escape... El joven militar se queda preso.

Durante los gobiernos de Jerónimo Carrión y Javier Espinosa, es Ministro de Guerra y Marina. Poco después alcanza el grado de General de Brigada.

En los primeros meses de 1869, se le sorprende en una conspiración. García Moreno no perdonó jamás a conspirador alguno; pero esta vez, ordenado el fusilamiento, le cambió la pena capital por la de destierro. Veintemilla, desde esta ocasión, deambula por Europa hasta cuando sólo la muerte de García Moreno le permite regresar a la Patria.

Según parece, en el destierro conoce y trata Montalvo a Veintemilla. A pesar de la coincidencia momentánea del destino, y, a pesar, sobre todo, del odio común para García Moreno, posiblemente no llegaron a simpatizar ni en ese tiempo. Veintemilla, hombre bullicioso, con la sociabilidad del juerguista, derrochaba, bebía y amaba, y, las penas del destierro quizás quedaban ahogadas entre las sorpresas de la vagabundería bohemia. Montalvo no concebía ni humano ese aspecto de la vida social: odiaba el vino, los salones y demás encantos frívolos de las relaciones mundanas, y, si noctámbulo, fué para abismarse en la soledad de las callejuelas apartadas, de las orillas de los ríos o de tristes avenidas de los cementerios.

Años más tarde, Montalvo señalará, entre acusaciones de importancia, como hechos horribos hasta nimiedades de la vida íntima de Veintemilla.

Hácese cargo Borrero de la Presidencia de la República, y Veintemilla pasa a desempeñar la Comandancia General del Distrito militar de Guayaquil. Aquí viene entonces, la traición, so pretexto de reivindicaciones "liberales", en Setiembre de 1876.

El General Ignacio de Veintemilla aprovecha, en sus primeros días de gobierno de facto, como antes aprovechara también Gabriel García Moreno en su primer asalto al poder, de los excelentes servicios de un gran civil, hombre respetadísimo que pasa por ser un patriarca del liberalismo: don Pedro Carbo.

A este caballero se le ve tras de cada revuelta entrar a gobernaciones, convenciones o ministerios, para ayudar a los que se inician. Luego, cuando ve la cosa peliaguda y los "Jefes Supremos" o Presidentes comienzan a manejar la cachiporra, inmediatamente se retira, protestando contra las dictaduras y ratificándose en su liberalismo —liberalismo idéntico al de don Antonio Borrero respecto del ideal legalista; pero con la notable diferencia de posiciones respecto de la religión católica; pues Carbo delimita bien los poderes eclesiástico y civil, poniendo una natural independencia entre ambos. No entra a discutir detalles de la vida eterna, y es, de los primeros liberales, casi el único que tiene, sobre las finalidades de su partido, una visión más bien de estadista que de combatiente herético.

No tarda, pues, también en esta ocasión, don Pedro Carbo en retirarse del lado de Veintemilla, cuyos pasos iniciales consisten, precisamente, en la persecución y destierro de varios de sus correligionarios, inclusive Juan Montalvo.

Veintemilla quiere deshacerse de todo estorbo, a fin de realizar a gusto sus no disimuladas inclinaciones de sátrapa.

A los pocos meses de Jefatura Suprema, en el Viernes Santo de 1877, ocurre un crimen atroz: el asesinato, por envenenamiento, del Arzobispo Checa. Nadie puede determinar el verdadero culpable del delito; pero los políticos conservadores aprovechan de la ocasión para atacar a la masonería y echar las sospechas sobre alguna complicidad gubernativa (1).

Se producen unos cuantos alborotos y escándalos. Declina la animosidad popular, por medidas de dureza romana que el General entra a aplicar, y la "Presidencia constitucional" viene en seguida.

Con el Presidente Veintemilla se repite lo que fué el militarismo bajo Urbina: el soldado es el ídolo. El espíritu de ahorro

(1) V. JULIO TOBAR DONOSO: El Ilmo. y Rvmo. señor doctor José Ignacio Checa y Barba, en "Revista" de la Sociedad Jurídico-Literaria, Núm. 126.—Tom. XXXVII, págs. 26-62.

y pulcritud administrativa de la época de García Moreno se evaporan. Advienen el despilfarro, la haraganería, las fiestas pueriles y las comidas y bebidas en gran escala. Veintemilla adula al ejército y al populacho, con las más bajas formas de adulación: estimulando la gula y fomentando la crápula.

Este afán de goces, le llevará a Veintemilla, con todo, a la construcción de un edificio: el Teatro Sucre, de Quito. Y para entretenerle al país hará también un poco de vía férrea, prolongando la de García Moreno, hasta el río Chimbo. . . .

Con el fin de mostrar ante el mundo a tal Presidente, Juan Montalvo escribe, desde el destierro, las "Catilinarías". La injuria política, en estos folletos toma, gracias al estilo insuperable, caracteres homéricos.

"Ignacio Veintemilla no ha sido ni será jamás tirano: la menzura de su cerebro es tal, que no va gran trecho de él a un bruto. Su corazón no late; se revuelve en un montón de cieno. Sus pasiones son las bajas, las insanas; sus impetus, los de la materia corrompida e impulsada por el demonio. El primero, soberbia; el segundo, avaricia; el tercero, lujuria; el cuarto, ira; el quinto, gula; el sexto, envidia; el séptimo, pereza; ésta es la caparazón de esa carne que se llama Ignacio de Veintemilla" . . . (Catilinarías).

Así gobernó hasta 1882. Pero, incitado por la adulación de sus pretorianos, quiso perpetuarse en el poder, y se hizo proclamar "dictador". El sector cívico del país rugió. Liberales, conservadores, indiferentes en política, tomaron las armas y le combatieron. Los pretorianos, agradecidos, defendieron al dictador con toda lealtad y valentía.

Una mujer, bella y valerosa, se distingue en esta vez por su actividad para defender la dictadura: Marieta de Veintemilla, sobrina del General. Vencida en los campos de batalla, tomará después la pluma para escribir apasionadas páginas de historia o de política, que no tardarán en provocar comentarios admirativos o furiosas rectificaciones. (V. "Marieta de Veintemilla": "Páginas del Ecuador": "Digresiones Libres"—Ed. de 1860).

En Enero de 1883 terminaba esta campaña de la "Restauración" (pues la que derribó a Borrero, según se recordará, había sido de la "Regeneración".) Veintemilla huyó del país, no sin haber antes obligado al Banco del Ecuador, de Guayaquil, a que le entregue 200.000 pesos, por cuenta del Estado. . . .

El Ecuador quedaba miserable, asolado y sangrante.

En sesión pública de la Asamblea Nacional de 1883, el doctor Pedro José Cevallos Salvador —que poco después fuera Vicepresidente de la República,— hacia de Veintemilla la más triste, la más sombría y dolorosa de las biografías. Montalvo injuriaba, pero no lograba reunir tanta miseria de datos concreto. “Sabido era que su padre lo sacó del colegio porque resultó imposible que aprendiera a leer ni escribir, y a disposición de este hombre se pusieron los colegios y universidades. Nadie ignoraba que, como las aves de mal agüero, dormía durante el día, y a este hombre se le encargó la conclusión de los caminos públicos.... Público y notorio era su natural inclinación al robo —especie de instinto animal, que, según sentir de los frenólogos, ni aún podía ser culpable,— y en manos de este hombre se depositaban las llaves del Tesoro Nacional. Constaba a todos que con la sangre fría del verdugo conducía a los presos que debían perecer en el cadalso.... Y a nadie se le ocultaba que, cuando se despertaba por la noche, iba a los garitos a jugar la limosna que a sus pobres hermanas habían dado personas piadosas para el desayuno del día siguiente”.... (Actas de la Asamblea Constituyente de 1883.— Sesión del 31 de Octubre).

Por un momento, la aversión contra la inepticia del “sátrapa”, une a liberales y conservadores. Los une en los campos de batalla, en la prensa y en la tribuna parlamentaria. En los combates, que se dan contra los veteranos de Veintemilla, en la sierra o en la costa, fraternizan los “partidos históricos”, y, al entrar victoriosas en Guayaquil las tropas “restauradoras” el 9 de Julio de 1883, Eloy Alfaro, Antonio Flores Jijón, el General Sarasti, José María Plácido Caamaño, Miguel Valverde, Pedro Carbo, jefes de diversidad de grupos políticos, se confunden cordialmente en nombre de la restauración de la Ley y del triunfo de la República.

Los odios entre liberales y conservadores se neutralizan o eclipsan, admirablemente.

Y todavía hay algo más: los liberales, que han contribuido para la caída de la dictadura militar, se retiran gentilmente y, sometiéndose al formulismo legalista de la Convención —con mayoría clerical,— ceden el puesto de gobierno a los conservadores....

MI CANTO ES AMERICA

Mary Coryle

Poema inicial en el libro de un
americano.

La América se verterá en mi canto.
Esta América joven
con la juventud de mi carne;
pródiga
con la esplendidez de mi vida;
libre
con mi espíritu siglo XX
que, rasgando los sendales de la moral,
se da desnudo en sus poemas.
Esta América mía
se verterá en mi canto.

Porque me siento mujer de América,
mi canto ha de tener de sus aguas:
torrente que humilla a la roca,
remanso, lecho de su novia luna,
laguna extasiada de mirar al sol.

Porque me diste tu sabia, América,
mi canto es vida,
mi canto es amor.

Sol de América
desnudo....
anhelante....
rojo....
hundiéndote en la hembra Agua:

Amor
Cotopaxi
que acaricias con el fuego de tus entrañas
a la tierra mujer:
Amor.

Chimborazo
que sostienes en tu lomo calloso
el dulce paso de la amada nieve:
Amor.

Luna
que te entregas al bohemio
de capa agujereada de luceros,
mi tenorio Cielo Ecuatorial:
Amor.

Selva
encubridora de la vida
que se reproduce infinitamente,
las fieras poseyéndose en el cubil,
las flores besándose con su polen,
el indio tomándole a la virgen,
la tierra engendrándose prodigiosa:
Amor.

Porque nací en esta América;
mi canto es América
y bien sabe en tu Libro,
hermano.

Cuenca, Ecuador.

EL CENTENARIO DE MONTALVO

Gil de Rais

EL 13 DE ABRIL DE 1832

Montalvo, ese Don Juan inconfundible de la raza indohispánica, señor pontifical de las letras universales y legionario de la libertad romántica, nació el 13 de Abril de 1832, en esa villa perfumada de amor y saturada de luz que se llama Ambato, tan española como indígena, tan recia en la vitalidad anímica de sus pobladores, como fluida en su emoción de eternidad. El 13 de Abril de 1832 vale para la tierra ecuatorial el "initium" de la espiritualidad y del nervio, de la entelequia y del ardor, cuádruplemente hacinados en ese hombre que nació para ser lo que debía ser el hombre ecuatoriano de su época.

EL FOLLAJE MONTALVINO

Entrar en Montalvo es para no salir de él nunca. Se parece su literatura a esos jardines chinos en donde el arabesco de la ruta aturde al peregrino apasionado que la recorre. Y no por oscuridad, ni penumbra, sino por meridiana claridad en apoteosis de sol, sol español de la palabra que se desborda en un vaso sin límites y que embriaga a quien la lleva a sus labios sítibundos. En Montalvo todo sentido se pierde, porque él es el supremo sentido en la suprema arbitrariedad. Su literatura va y viene, circula y aprisiona, como si fuera una malla de mil hilos sutiles. Quien cayó en esa malla, bien prisionero está en su éxtasis de belleza.

EL LECTOR MONTALVINO

No a todos confió la Naturaleza el don pánico de entender a Montalvo, aunque muchos y aún más— todos— deben leerlo, en

una tentativa de aprehensión. Pero Montalvo en la mayoría y a través de la mayoría de sus lectores permanece inasible, como si su esencia se evaporara al contacto de la mente mediocre, la razón de Sancho que no alcanza a un Don Quijote de América con las viruelas americanas y el dolor americano. Fuera todo el primor de su forma refrescada en manantiales arcaicos, fuera la orquestación de su palabra, fuera la liturgia de su decir bien dicho, ya que todo esto es sólo el Montalvo ornamental. El otro Montalvo, el intencional, el sensorial, el subconsciente, ¿qué lejos está del que creyó poseerle y hasta osa y tiente hacer simulacros montalvinos!

EL MONTALVO POLITICO

Tienda campal y nómada la suya, desde donde afligió a los que le afligian, Juan Montalvo devuelve las persecuciones de sus perseguidores con sus persecuciones de perseguido. Retorna con látigo de apóstrofe a quienes desde arriba le envían su desdén —miedo cerval de gobernantes—. El Montalvo combatiente desde la barricada de su espíritu que atisba, es el ejemplo en carne viva de lo que puede el escritor político ante los hechos y los hombres y los hechos de los hombres.

Juan Montalvo es no sólo un ejemplo y un espejo de escritores políticos, sino un reencarnador del escritor político de todos los tiempos. Todo ese "elan" retórico es sólo pura indumentaria y hacen mal quienes se impresionen de su boato, antes que de su formidable poder mágico de caricaturizar ideológicamente al hombre, haciéndolo aparecer como el símbolo irónico de sí mismo. Montalvo —acaso como ningún otro periodista de estirpe hispánica— sabe que los hombres son sólo signos. Dominador de los escorzos de las situaciones, le sobra apuntarlas con rasgos compendiosos para saber que en ese resumen de líneas, existe una plural perspectiva. Montalvo, está —acaso sin saberlo— en todos los puntos de vista. Por ello, es la torre de marfil para todos los panoramas.

Don Miguel de Unamuno, nuestro Unamuno metropolitano de la raza, al rendir homenaje a Juan Montalvo, con ese egocentrismo unamunescos, tan español y tan vasco, advertía en Don Juan, una premonición de sí mismo, porque el espíritu se repite y admiraba a Don Juan, sin pensar que acaso se admiraba a sí. El Veintemilla de Montalvo era el Primo de Rivera de Unamu-

no. Los dos contra los dos, atados ambos por el cordón umbilical del abolengo hispánico, abolengo que pide contrastes: Sanchos y Don Quijotes. Y así, Don Miguel es la segunda edición de Don Juan. Y así, Primo de Rivera es la reviviscencia de Veintemilla. Así irradia sus modelos América a España, aunque en el fondo y en las profundidades, España se copia a España.

EL CENTENARIO

En Quito, las huestes intelectuales se han unido para disfrutar de la voluptuosidad centenaria de Montalvo. El "Grupo América" despliega actualmente un esfuerzo para celebrar la fiesta montalvina. No para dignificarla, que dignificada está. No para solemnizarla, que ungida está. El contingente del Municipio ecuatoriano se apresta ya a darse para ella. A darse, porque el alma de la localidad municipal respiró en todos los tiempos —como Montalvo— la atmósfera del Poder Central, poder físico, que la oprime. Y el 13 de Abril de 1932, Montalvo resucitará porque tiene que resucitar, pero para ser lo que fué y filtrado en el espíritu de una generación que no puede abjurar de la obra montalvina, con la pólvora y el hierro de su palabra y de su idea.

De "El Día".

POEMAS

Carlos Arturo Caparrosø

GUIA

Una estrella rubia
tomaré por guía.

Ya tengo preparada
el alma
a los escollos del camino.
Mañana
iniciaré la romería.

Alegre saltaré
cuando me griten
los pífanos del alba.

EL CANTO DE LA FUENTE

Entre las frescas ramas del follaje
dice la fuente
su dulce epifanía
a la mañana.

Y qué canción
la de la fuente
de luz, color, sonido,
entre la verja
del parque
como si fuera un pájaro escondido
en el follaje.

EL SECRETO DE LAS COSAS

Todas las cosas
saben su secreto.
Pero todas las cosas
lo guardan en silencio.
Y los únicos locos
que no saben tenerlo
son los hombres. Y por eso las cosas
se burlian de los hombres en secreto.

Y qué de burlas esas
porque somos locuaces indiscretos!
(Cuánta ciencia
esconderán las cosas en silencio!)

Todas las cosas
saben su secreto.

Bogotá.

De "Vitrina".

LA IDEOLOGIA DE MONTALVO

Compilación de
Alfredo Martínez

De "El Cosmopolita"

Libro III

52

La unión es la fuerza, se anda diciendo de continuo, la unión es la victoria. Todos se acuerdan de ese peñasco o gran piedra de Laménais que el hijo del hombre encuentra en su camino; no puede vencerla él solo, y busca otro con quien abrirse paso; los dos tampoco pueden, y llaman un tercero; los tres son débiles aún, pues crecen las fuerzas con nuevos trabajadores, y con el impulso unánime de los que se hallaban en la necesidad de pasar, supérase el obstáculo, y va cada uno a su destino. Los pueblos entienden perfectamente esta parábola: deben unirse, se unen; deben sostenerse, y en los verdaderos conflictos así lo hacen; deben defenderse unos a otros, se defienden. Sertorio, para manifestar a sus soldados el poder de la unión, hizo traer un caballo a su presencia, y de cerda en cerda le fué arrancando la cola sin la menor dificultad. Ahora, dijo, ¿habrá poder humano que pueda arrancar la cola entera?... L' union fait la force.

53

Lo inhonesto acarrea bienes de muy poca cuenta que van perdiéndose de día en día sin saber cómo ni cómo; pues según el refrán del vulgo, que los suele tener muy sabios, lo mal buscado, mal logrado.

54

La unión es útil y necesaria muchas veces; pero no pocas es asimismo innecesaria y aun perjudicial. ¿Útil ha de ser la unión

de la gente truhana y bellaca puesta en asociación para urdir tramoyas e insidias contra la seguridad pública? ¿Util ha de ser la unión de los bandoleros que se andan a monte viendo cómo despojar de vida y hacienda a sus hermanos? ¿Util ha de ser la unión frecuente por desdicha, de esos hombres de desbaratada conciencia que se ligan para formar un grupo amenazante y opresor en las ciudades, y compran y venden la justicia, y no tienen cuenta con las leyes, y las cosas corren entre ellos cual pudieran en una gazapina? Nada de ésto es ni puede ser bueno. La unión será útil cuando sea con fines decentes, cuando sea honesta y vaya encaminada al sostenimiento de la libertad y la honra. Es necesario unirse, levantarse, bregar a todo poder, morir o vivir triunfantes y libres de la infamia.

55

De entre los ciudadanos pacíficos, de entre el pueblo han salido muchas veces los grandes capitanes que han sido la gloria de la patria: el peligro y la necesidad son alquimistas que hacen oro.

56

La enemistad política debe ser más moderada, más bien mirada, más caballerosa y, si es posible, más benevolente que la enemistad privada.

57

El que pertenece a un partido no está obligado sino a defenderle a todo trance, a sangre y fuego, dando tajos y cuchilladas a tontas y a ciegas a todo el que no es de los suyos. La verdad, majestuosa y venerable, está sentada en un excelso tripode: una aureola resplandeciente la circuye: genios aéreos, divinos, vuelan en su torno, pero a sus pies no hay de rodillas sino tal cual sectario.

58

El que quiere ser hombre de bien, imparcial y digno entre nosotros, es víctima de mil tiranos, mil verdugos le aprietan el

cordel y le dan talonazos en el pecho, muere en mil suplicios. Preciso es echar tierra en la cara a la hombría de bien, sepultar en el corral a la justicia. . . . He aquí la política, he aquí los partidos.

59

En ciertas circunstancias la pluma no basta para ilustrar a los pueblos; requiérese la espada. Si Pedro el Grande no hubiera sido Emperador, no habría salido con el glorioso empeño de civilizar a Rusia. Hubo menester hierro con que corte las barbas al zafio e indomable moscovita.

60

¡Oh poder funesto el de la tiranía! La tiranía corrompe las costumbres, estraga los corazones, envilece las almas; el tirano no tiene amigos y enemigos, no tiene sino esclavos; y como todos obran por temor, perdióse para siempre el pueblo en donde él ha echado raíces.

61

El pueblo tiranizado, escarnecido e indignado al fin, sacude con mano poderosa los tronos de los reyes y los derriba a sus pies; el pueblo tiranizado, escarnecido e indignado al fin, distingue lo bueno de lo malo, y pide cuenta a sus opresores de cualquier clase que sean. El pueblo libre se ennoblece, dilata y da de sí Lincolns y Johnsons, presidentes, que se sacrifican por la libertad de los infortunados negros. Sastres y carpinteros son los que hacen palidecer a los Bonapartes y Brunswiches en sus tronos, sastres y carpinteros los que ahora tienen colgado al mundo de sus decisiones.

62

Si otros tienen el poder de injuriarme, como dice Aristipo, yo tengo el de no oírles.

63

La caridad es como Dios, está en todas partes, no hay duda; o más bien es Dios mismo con otro nombre; y como él no falta en el más oscuro rincón; en donde estamos le encontramos. Pero yo te sé decir, amigo, noble amigo, que la caridad en forma de madre, de esposa, de hija, de hermana es mucho más pudiente y lisonjera.

64

El amor tiene medida, no lo dudes; no es infinito, no es un caudal inmenso que alcance para todos, que se lo pueda repartir entre muchos dejando contento a cada cual; si amas aquí, no puedes amar allá; si quieres aquí mucho, poco has de querer allá; si los amigos de la juventud, los inseparables compañeros pueden algo en tu memoria, no es posible que los nuevos llenen del todo tu corazón: algo habrá vecio en él.

65

¡Triste del gobernante que no ve seguro su poder sino en la muerte o la ausencia de los mejores ciudadanos! Si es preciso que mantenga lejos de la patria a padres de familias, a profesores sabios, a ingenios eruditos, que todos son no solamente útiles, pero también necesarios en ella, diga que Dios no gusta de su reinado, cuando no le permite mandar sino a tan bárbara cortapisa. El magistrado podrá llamarse feliz cuando su vida y su poder estén en salvo en medio de sus compatriotas reunidos, y esa seguridad misma dependa de la presencia y la asistencia de ellos.

66

Fórmese un partido, un gran partido de ecuatorianos, y que la hombría de bien, la elevación de carácter, la independencia en el modo de pensar, el talento no sean motivos de exclusión. ¡Qué es, mi Dios, ver separar con gran cuidado a los hombres de buena cabeza y sano corazón de los congresos en donde se decide la suerte de la patria, para componerlos por la mayor parte de gen-

te allegadiza sin luces ni virtudes! Esto no es reunir un congreso, sino juntar un rebaño; no se va a la sala de sesiones, se va al redil; se oye, no se piensa; se obedece, no se quiere.

67

Los actos de integridad y de virtud nunca vienen tarde; y si no es atrevimiento, Dios mismo no los agradece, y tarde o temprano nos paga con usura. Echa tu pan en la corriente, que allá abajo y cuando menos acuerdes lo volverás a encontrar, dice la divina sabiduría. Yo pienso que se debe obrar el bien aun cuando de ello no nos resulte provecho, porque, según el decir de un filósofo, la recompensa de una buena acción es la acción misma. Hombre, toma por tu divisa: **huyo del mal**, y serás de los escogidos; gobierna, toma por tu divisa: **procuro el bien**, y cumplirás con tu grandioso encargo.

68

Los hombres compran y venden iniquidades y mentiras; la verdad es artículo prohibido, la caridad, contrabando en sus injustas aduanas. ¡Oh santo cielo! este comercio infame de falsas palabras e inicuos hechos es el que se practica más activamente entre ellos. Se venden, se prestan, se alquilan para difamar a sus semejantes, y ricos con los estipendios del demonio, se pavonean insolentes como superiores a los buenos. Antes habia **alquilados** para llorar en los entierros; ahora hay alquilados para defender criminales, alquilados para mentir, alquilados para insultar, alquilados para calumniar, alquilados para difamar, y lo que sueña peor, alquilados para cavar las sepulturas, remover los huesos de los muertos, hacer aguas sobre ellos y torcer las coyunturas de los esqueletos. ¡Impios!

69

La misericordia de Dios es infinita, ella es su principal atributo; debemos suponer y creer que el hombre que muere en el gremio de la religión, que muere con paciencia, perdonando los agravios, sin quejarse de la justicia divina, fué por ella perdonado, aun cuando haya sido gran culpable; y si demás de esto murió en el martirio, tengamos por cierto que fué a aumentar el número de los escogidos.

70

El sueño del que vive ocupado en el mal es siempre inquieto y perturbado por sombras y quimeras.

71

Llevad vuestra tarea adelante, vosotros que vivís para lo malo; pero es desdolorosa, pesada tarea esto de vivir para la difamación y la mengua de los otros. ¿Mengua de los otros? No: el sol no se oscurece porque un criado sacuda un jargón polvoroso; la luna no pierde su brillo ni se detiene, porque un animal iluso la sigue dando aullidos. La mengua no es sino para vosotros: el que ahorca es más infame que el ahorcado, porque éste podía haber muerto inocente, al paso que aquel no deja de ser verdugo. ¿Pensáis por ventura que la política consiste en cubrir de impropiedades y soñados delitos a los que llamáis enemigos?

72

Hablo mal de él alguna vez, porque el mutismo es cosa de esclavos, cuando puede hablar la razón, y porque callar los desmanes del tirano es en cierto modo ser cómplice de ellos; el juicio y la sentencia de los pueblos es su castigo; sino se le juzga, queda impune, y la impunidad es el semillero de los crímenes.

73

Sed escritores, no libelistas; oradores, no pregoneros; jueces, no verdugos. ¿Acaso todo consiste en decir una cosa? Conviene que sea verdadera y digna: si así no es, callad.

74

Lo primero en una encumbrada posición no es el sueldo sino la dignidad: despreciad lo uno, cultivad lo otro, si queréis ser bien vistos de vuestros conciudadanos.

75

¡Ah, señores, triste es, muy triste el tener que dar estos consejos!: sed en buena hora enemigos de los hombres; pero no lo seáis de la moral, la humanidad, la caridad y la civilización.

76

Escribid cosas que instruyan y deleiten, no cosas que ofendan al hombre en particular, y en general a la sociedad humana.

77

Mucho se aprende en la disputa medida y comedida: la moderación es madre de la armonía, y de la armonía nace el progreso. Dos escritores que discuten sin salir jamás de la esencia de las cosas, son dos operarios de civilización: ambos ponen su material en el crisol, apuran el fuego, y el oro se cuaja en granos. No os quedéis a la escoria, amigos míos.

78

Pues tal es el estilo de los hombres, piden lo que se les niega, quieren lo que se les veda, hallan lo que se les oculta.

79

Si una de las primeras obligaciones del soberano es mirar por el establecimiento del orden y por el bienestar de los pueblos, ¿no es evidente que tendrá de suyo la facultad de intervenir en todo lo que a tan sanos fines sea opuesto?

80

Los males que han causado al género humano el abuso del poder de algunos Papas y su absoluta independencia del Estado, pasan los términos de toda ponderación; y un derecho ejercido

tan en mengua de los hombres no es posible que nazca de Dios que es el bien y la justicia.

Libro IV

81

Beaumarchais sometía sus obras al juicio de su cocinera, La Fontaine leía las suyas a los muchachos, Molière se consultaba con su criada, la vieja Laforest: no hay gusanillo que no pueda enseñarnos algo: pues se aprende de los grandes y los pequeños. Todos tienen derechos sobre mí, ya que el escritor está sentado en el banco de la opinión pública: tiene derecho a corregirme, si yerro; a juzgarme, si cometo delito por la prensa; a castigarme, si se me juzga en justicia y me obstino en no reconocer mis errores. Empero, nadie tiene derecho a insultarme; ni la injuria sirve para nada, sino para fomentar la barbarie, ahogando en el resentimiento y la venganza las más nobles pasiones.

82

Un gallo, un perro, un onagro pueden ser altamente poéticos: ésto no lo saben los censores sabios; es un secreto de los hombres de buen gusto, un misterio de la verdadera poesía. Conténganse los que se tienen por llamados para decir por su voto en los asuntos literarios: el que uno no entiende una cosa, no prueba sino que no la entiende; el que no le guste a él, no prueba sino que a él no le gusta; el que no la haya visto ni oído no prueba sino que no la oyó ni la vió nunca; y muy bien puede suceder que a pesar de todo esto sea justa y buena. La condición de crítico requiere mucho talento, mucha ciencia, mucho buen gusto.

83

La polémica es útil por todo extremo, y no la temen los que descansan en la ciencia y han bebido en buenas fuentes sus conocimientos: de ella salta la verdad, como el fuego de la piedra herida por el acero.

84

El que lee para vivir y vive para leer; que piensa para vivir y vive para pensar, debe tener en la cabeza gran copia de ideas propias y ajenas; si la memoria no interviene allí y lo pone en orden todo, se corre gran peligro de tomar las unas por las otras.

85

El plagiarlo en la literatura es lo que el monedero falso en la asociación civil, sujeto despreciable.

86

Los gobiernos son los que deben contribuir eficazmente a la propagación de las luces, a la ilustración de todas las clases de la sociedad humana, a las relaciones con las repúblicas amigas.

87

El correo debe ser un embajador sagrado, personaje inviolable; si no le armáis del caduceo, huiremos de él como de un hombre sospechoso.

88

No es buen gobierno el que deja de hacer males; es también malo el que no hace bienes. ¿Qué importa que no corra sangre, si anda decaída la fe pública, cubierta de harapos la confianza, desterrada la civilización, y entronizada la barbarie en todas formas?

89

La naturaleza no ha criado esclavos; el nuevo mundo será algún día dueño y señor del viejo.

90

El pueblo que se aferra a su libertad, no puede ser vencido.

91

Las desgracias son la sabiduría del porvenir.

92

La ley natural es el principio y fuente de la civil; quien ignore la naturaleza, ignorará la política, y puesto en el eminente sillón de la legislatura, estará fuera de su lugar: la felicidad de los pueblos consiste en la sabiduría de los que les gobiernan; la ciencia de regirlos no es tan llana y hacedera como parece. De aquí es que un tirano antiguo solía decir con mucho juicio: "Nadie sabe cuán gran bestia es el imperio"; insinuando por ahí la fuerza y maña que han menester los que le rigen, ya legislando, ya haciendo ejecutar las leyes. El mismo decía otras veces, que con ser emperador tenía al lobo por las orejas. Nuestros congresos no tienen al lobo por las orejas; el lobo es el que les tiene.

93

¡Oh Dios! si la razón gobernase a los pueblos, este hervidero de injusticias, iniquidades, guerras y desastres no les traería a mal andar, y no hubiera tiranos ni esclavos, verdugos ni víctimas.

94

Mas diga Bentham lo que quiera, ley es la expresión de la voluntad general; pues aun cuando haya leyes emanadas de un autócrata o de un Congreso tiránico o abyecto, se supone que los ciudadanos han delegado su poder en ellos, y de este modo la voluntad general está representada por la de los legisladores. Podrá ella ser inicua, pero es ley: en ese caso a los pueblos les toca abrogarla ciñendo espada a la razón, haciendo mover los brazos a la justicia.

95

Una vez que los legisladores sepan qué es ley, han de saber qué es república. República es el gobierno de todos por todos. Hablo de las repúblicas puras, de aquellas en que, imperando la virtud, todos son ciudadanos, y todos los ciudadanos toman parte en las cosas del Estado; de las repúblicas libres, sabias, filantrópicas y generosas: de esas repúblicas donde el pueblo tiene voto, y donde este voto no es arrancado a viva fuerza, o con inicuas amenazas; donde los magistrados reciben la magistratura como cargo concejil; donde las riquezas son onerosas; donde la pobreza honrada no es ocasión de vilipendio, ni la inteligencia causa de temor, ni la conciencia y hombría de bien motivos de exclusión e insignificancia.

96

El bueno, el gran gobierno sería el compuesto de verdaderos cristianos. Si Bayle hubiera dicho que no hay verdaderos cristianos, habría atinado con la verdad. ¿Quién me dice que Jesucristo no hubiera sido buen rey, si su reino hubiera sido de este mundo? Jesucristo presidente no nos hubiera azotado, ni nos hubiera puesto contribuciones exorbitantes, ni nos hubiera tenido clavados a una pared en barras de hierro, ni hubiera fusilado, ni hubiera desterrado, ni hubiera hervido, chispeado y reventado como una máquina infernal, arruinando todo el circuito a donde podían llegar sus tiros. Justo, misericordioso, blando, sabio, bueno era Jesucristo: y sus prosélitos ¿no habían de poder formar un buen gobierno?

97

En la forma republicana el principio del gobierno es la virtud, como el honor en la monarquía y el temor en el despotismo: la virtud es el principio, el móvil y el fin de las leyes; de aquí proviene la excelencia de la república sobre las otras formas de gobierno. Filósofos hay que prevén a mucha distancia la suerte del mundo político: según ellos, todas las naciones han de venir a dar en repúblicas con el transcurso de los tiempos.

Si allá en los senos del porvenir se trabaja en esta transformación sublime, la tarea de los siglos es obra de Dios mismo: podrá ello suceder, pero será cuando la perfectibilidad humana haya llegado a su remate; cuando la inteligencia se haya encumbrado al cielo; cuando el corazón de los hombres se haya purificado en el crisol de sus adversidades mismas, y un hábil químico sepa poner cuidadosa y sabiamente aparte el oro puro y la inmunda escoria.

98

A causa de las iniquidades de los pueblos los reyes se multiplican, dice el sabio. Cuando los pueblos dejen de ser inicuos, se disminuirán los reyes.

99

Si el principio de la república es la virtud, los republicanos han de ser virtuosos: entiéndese la virtud política; si bien ella no es más que el corolario de la virtud moral: un pueblo compuesto de hombres virtuosos moral y filosóficamente, por fuerza había de constituir un buen gobierno, y éste sería el republicano, por cuanto la igualdad reina en él, condición indispensable de la perfección social.

100

La ciencia que excluye la virtud, es la ciencia del espíritu malo.

101

En una buena democracia los poderes han de estar bien distribuidos; el legislativo, el ejecutivo y el judicial, rueda cada uno en su órbita respectiva, sus jurisdicciones se tocan, pero jamás se confunden: si el uno quiere conquistar algo, si pone el pie en el territorio de los otros, piérdese el equilibrio, tambalea la máquina, se desquicia y cae desbaratada.

EL CORREO DE ULTRAMAR

Hugo Moncayo

"Motivos Hispano Americanos", por E. Arroyo Lameda.— Ed. "Le Livre Libre".— París.

Indiscutiblemente, los que han leído este libro debieron decirse con razón: he aquí un espíritu; porque en él se presenta en toda su plenitud, la reciedumbre del pensador atormentado por el pathos pascaliano en beligerancia perenne y la más leve filosofía vaporizada de los leños oscuros de la meditación. "¿Qué era aquella sombra densa, flotante, incoercible que como un pez baboso salíasele de las manos cuando más segura la creía? Era un alma, se responde el biógrafo, al pringar con su mordente y luminoso estilo la antigua silueta de aquel "místico desesperado" que fue Blanco White, inconforme en camino de perfeccionamiento, incansable en su "persistente misión de hechar los dogmas", como para dejarnos una huella de agua fuerte allí donde sus contemporáneos no encontraron objetivo sino para un borroso daguerrotipo.

Así mismo, de las manos cerradas de este libro de altísima comprensión, se escapa la presencia ulvosa de un vigoroso pensamiento que lanza miriadas de tentáculos para enlazar al lector con aquella inapreciable malla del fino sentido crítico, de la erudita y discreta manera y de una latente y robliza vena filosófica que designan a tan generoso ensayista.

Este libro es de aquellos que se dejan leer insensiblemente y que repercuten largo tiempo en la memoria sin perder sus contornos fundamentales, de suerte que para sus autores representa una estancia, una piedra miliaria, un antecedente inmutable. Arroyo Lameda, sino fuere sino por estos cuatro o cinco estudios, debe ya ser considerado como una de las más recias perso-

nalidades de la prosa indo-hispánica: lo merece. Es fuerza y honor el así reconocerlo.

Hay escritores que gustan el preferir a su propio vino el que travasan de extraños odres. Hay otros que, a la inversa, quisieran olvidar cuanto leyeron en juveniles veladas, para explorar sus aptitudes innatas. Estos robinsones de la literatura o de cualquiera otra manifestación intelectual o sensorial, no pueden concebirse sino en esencia. Hay un tercer género de escritor que vincula ambos extremos y los salva: no es el ecléctico; no el simbolista, ni mucho menos el de la mecánica histórica o literaria. Es el pensador cosmopolita, de frivolidad aparente, que sabe encontrar la esencia de las cosas desparramando su aptitud con preconcebido y concordante resultado. Si se nos perdonara, diríamos que es el que lanza su lazo como el gaucho en la pampa o el cholo en la llanura, para sorprender la caza luego de un matemático, risueño y concéntrico esfuerzo.

La presa de este llanero que a veces parece inmovilizarse en un friso clásico, es el optimismo.

Se ha calumniado al optimismo confundiéndolo con la fe en el éxito que avasalla los inconvenientes ante la voluntad creadora. El optimismo es fuerza vital en un pueblo como en una agrupación o en un hombre, no tanto porque determine el grado de su éxito en la jornada, como porque lubrica esa conciencia secreta que los guía y se torna presentimiento creador de inestimable importancia.

Este optimismo en Arroyo Lameda es virtud constante. No está en El Dorado, ese "obsequio de la ironía a aquella generación de hombres crédulos", —del XVI—, que gastará al formidable don Pedro Malaver de Silva, primer Gobernador de la hipotética Cólquide americana, sino en la imaginación que se fija al fin en la realidad, como el lampo en la azada, para regar la tierra diariamente y dorarla con la opima cosecha. No está en el **morir porque no muero** de Santa Teresa, sino más bien en la duda tenaz de Blanco que anuncia el terror a la muerte con la misma primitiva reacción que Adán debió tener ante la noche: sin sospechar la inminencia del nuevo día, rueda sin fin de vulgar dinamia. Tampoco reside en la ballesta energética que los Sarmientos del Nuevo Mundo traerán del norte para derribar los frutos vírgenes de la **amazonia** inexplorada, sino al contrario, en la ruta que las carabelas colombinas abrieron a su practici-

mo llamándolas hacia la hermana España, cuna de castiza cultura, tierra de semilla para tan fecundo trasplante.

Así este Antonio Caso venezolano se presenta propugnando el retorno a Hispania fecunda, con tan acertada discreción que personaliza su parecer debido a su elegante y nuevo concepto del problema, y lo destaca de esa mala atmósfera diplomática de declamatorios arrebatados por la raza, —que no es la nuestra—, de cursis poesías anualmente desempolvadas y de herumbrados discursos que con la falacia de la epopeya dejan caer la bomba del sueño. De su cosmopolitismo arranca el cañón a sus cosas de América y una certera información guía arterialmente sus ensayos: de ella desprende la plática cívica fatal: rechazo a las revoluciones, precauteladora legislación contra el ausentismo, esperanza en el laboreo de la tierra y luego, fe en la conciencia de las masas, ahitas de escarnio, de sangre y de hambre, merecedoras de un presente mejor, sabias para su conservación y defensa, pues "el pueblo estropeado, humillado, empobrecido, torturado en las frecuentes guerras civiles, desarrolla una especie de instinto de resistencia a los jefes promotores de disturbios armados". Esa instintiva resistencia, "no empieza como idea, sino como imposición inexpressa que poco a poco se vuelve idea y adquiere pasmosa fuerza difusiva", pero que, añadiríamos nosotros, desgraciadamente es impotente ante la ambición desorbitada de unos pocos hombres: tal el ejemplo que ofrece el Continente en estos mismos días, contra toda elemental previsión civilista.

Cree el escritor que hay un espíritu supremo que merece cuidadoso y constante riego de parte de los gobernantes en su labor política. Es el espíritu público, como expresión de voluntad ciudadana en los torneos cívicos y poderoso reactivo, siempre oportuno, contra las desviaciones de la autoridad. Este espíritu público, tan descuidado entre nosotros, puede vaciar su fórmula hedonista en diversos conceptos. Para Bolívar, ser la gloria; para Vargas, la justicia; para García Moreno, la divinidad.

Arrancando de este programa, pasa a estudiar a cada uno de estos tipos de gobernantes americanos y su pluma de oro humedece su carácter en la tinta más noble de certeza que ha podido alcanzar un crítico. Las páginas que dedica a nuestro Presidente son admirables: pocos han penetrado en su múltiple figura histórica con cautela tan viva, con presentimiento

más justo. Porque se requiere para la crítica histórica, a nuestro entender, tanto como la lección silenciosa que guardan los archivos y la voz cantarina de la tradición, el sentido vibrante de la interpretación, algo así, como una facultad de comprensión diluida en las más ocultas células del conocimiento y tanto más difícil de adquirir, cuanto más inesperadamente se la encuentra.

García Moreno es el supremo optimismo. Tiene razón Arroyo Lameda cuando exclama: "¡Qué magnífico gobierno hubiera realizado de haber acumulado en su yo público menos exacerbación religiosa! 'La sensatez en que abundaba no habría sido intermitente; las dos o tres fechorías que afean su memoria no se hubieran hecho necesarias a su conservación en el poder'. Porque realmente, la insania del fanatismo, ha comprometido el éxito de las más sanas empresas y el impulso de los ecuatorianos más ilustres, esterilizando sus beneficios con aterradora prontitud.

"Bibliografía de José Enrique Rodó", por Arturo Scarone, Director de la Biblioteca Nacional.— Montevideo.

Lujosamente editada, esta obra monumental de erudita investigación y cariñoso celo, representa el homenaje de un hombre ilustre hacia el Maestro de América y la munificente complacencia de un gobierno respetuoso de su fama. El doctor Scarone al reunir en dos volúmenes la guía bibliográfica de la obra de Rodó y de los juicios y comentarios que ella obtuvo en diez y siete años de constante labor, justamente eterniza una buena suma de documentos inapreciables para los investigadores futuros que traten de profundizar en el pensamiento del admirado crítico uruguayo. Es lástima y natural constancia, que en la parte correspondiente al pensamiento ecuatoriano, falle la completa y acertada compilación: vivimos tan hoscamente apartados del mundo, que nuestras ediciones periodísticas, ilustradas con el ejemplo del sembrador, no han llegado a manos del paciente bibliotecario de Montevideo, ni todos los estudios que ha merecido de compatriotas nuestros figuran en ella, aun cuando conste si el de don Gonzalo Zaldumbide, —fundamenta para una completa apreciación de la obra de Rodó—, y la cita de trabajos de don Alejandro Andrade Coello, don Eudófila

Alvarez, don César E. Arroyo y de los doctores don Julio Endara y don Alfredo Pérez Guerrero.

El culto por ese maestro, antes que desaparecer, parece actualizarse en nuestro país. Diariamente la juventud calma su sed de ideas, en las obras del airoso fustigador de Calibán; y es leal observarlo, se da hasta el caso del abuso en que incurren a veces quienes las recuerdan en apoyo de teorías contradictorias del pensamiento de su autor. Junto a estos arrebatos de catecúmenes de la literatura, frecuentemente también podemos leer estudios tan acabados y serenos, —como el último del doctor Velasco Ibarra, por ejemplo—, en que se explota la inagotable vena de Rodó, con absoluto dominio de su gestión.

Toda América debe al doctor Scarone homenaje de agradecimiento por tan interesante como hermosa obra, que acredita la primacía del Uruguay en uno de los aspectos que más honran a un pueblo: el culto de sus hombres representativos. ¡Cómo quisiéramos para nuestro Montalvo un discípulo y amigo semejante!

“Equis”, por Manuel Núñez Reguiero.—
Librería Anaconda.— Buenos Aires.— Florida, 508.

¡Otra vez un libro de amor! ¿Y porqué no?... A la cursilería de los folletines detectivescos sucedió la de las novelas de post guerra, pesadas como los lentos abusos de las conferencias pacifistas y los equívocos desarmes; a los delicados versos en que el alma ponía su desmayo llevolos el viento de las exóticas planas llenas de signos algebraicos y de minúsculas traviesas con que ilusos soñadores quisieron disfrazar el eterno principio de la emoción. ¿Por qué no un libro simplemente de amor? Estamos hartos de esta época ridículamente seria en que la máscara rasurada del contabilista marchita la ingenuidad fatente del corazón humano, disimulándola con un estudiado utilitarismo. Escribamos pues, libros ardientes de sistole y diástole vitales, de efluvio y deliquio, de esperanza y agonía.

Esta novela, diario de una vulgar intriga, demuestra en su autor, —un fecundo y conocido literato—, facultades de observación, sinceridad, quizá demasiada sinceridad, representada por el adjetivo corriente a fuerza de preciso, y un espontáneo lirismo pronto a llenar los intersticios que la realidad deja en la

palabra. Hay fervor y viveza en algunas páginas; observación precisa en otras.

Cuando se termina su lectura, Ovidio nos cierra los párpados con su consejo inmortal: "Que toda expresión pedantesca permanezca desterrada de vuestras tabletas..... Que vuestro estilo sea natural y vuestro lenguaje sencillo, pero insinuante, y que al leerlos crean oiros".

(Arte de Amar. Canto I)

"Jaculatorias", por el doctor don Vicente Dávila.— Imprenta Bolívar.— Caracas.— Venezuela.

En este libro del erudito Archivero de Caracas y cultísimo escritor se advierte la mano del recuerdo velada por la discreción, despertando delicadas sensaciones. Todavía el Kempis! "El amor siempre vela, y durmiendo no se aduerme. Fatigado no se cansa, angustiado no se angustia, espantado no se espanta: mas como llama viva y ardiente hacha, sube arriba y pasa....." (Imitación. T. VI, Cap. III.) Estas "Jaculatorias" evocan en nosotros la cita verificada y que es la más alta, la más bella confesión erótica que se ha escrito.

Sus páginas huelen a incienso y a madrágora, dice don Carlos Borges al prologarlas. Y a fe que le asiste verdad, porque en ellas hay tanto de pagano como de santo, y realmente, forman "una joya ambigua" que puede estar o "en el blanco cuello voluptuoso de una Margarita de Valois o en la virgínea mano ardiente de una Teresa de Jesús".

Borges, para quien toda crítica no viene sino a redundar en un constante acatamiento a su mérito, anota esa frecuente comunión del misticismo y la sensualidad en los espíritus selectos, misterio psicológico de altos quilates que se acusa también con esta obra y alcanza espléndida belleza en páginas como las dedicadas a "La Egipciaca", "El León Alado", o "La Copa de Gloria", para no citar sino las que nos parecen de más simples contornos.

Quito—1931.

LA ANTORCHA

Director:
José Vasconcelos

Gerente:
Carlos Desembrosis Martins

Suscripción:
Un año, 3 dólares 60 ctvs.

Dirección postal:
19, rue La Condamine, Paris

ELITE

Revista semanal ilustrada

Director-editor:
Juan de Guruceaga

Redactor literario:
Carlos Eduardo Frías

Suscripción anual:
60 bolívares
Caracas, Venezuela

PORTUCALE

Revista ilustrada de cultura literaria, científica, e artística

Directores:
Augusto Martins
Claudio Basto
Pedro Vitorino

Rua Dos Mártires da Liberdade,
178
Porto, Portugal

I M A N

Directora:
Elvira de Alvear

Secretario de Redacción
Alejo Carpentier

Suscripción anual:
Países de América, 3,50 dólares
5, Avenue Frédéric Le Play
Paris (VIIe.)

MONDE

Directeur:
Henri Barbusse

Redacteur en Chef:
León Werth

Comité directeur: Albert Einstein,
P. Fireman, M. Gorki, M. Karolyi,
M. Morhardt, Upton Sinclair, Manuel Ugarte, Miguel de Unamuno

50, rue Etienne-Marcel, (Paris (2e.))

LA CRUZ DEL SUR

Revista mensual de artes e ideas

Dirección postal:
Calle Cerrito, 688

Montevideo, Uruguay

CRISOL

Revista de crítica, publicada por
el Bloque de Obreros Intelectuales
de México

Jefe de Redacción:
M. D. Martínez Rendón

Administrador:
A. Martínez de Aguilar

Suscripción anual, 2 dólares
México, D. F.—Apartado N° 1979

REVISTA DE LAS ESPAÑAS

Publicada por la Unión Ibero-
Americana

Suscripción anual, en España y
América:
15 pesetas

Dirección postal:
Calle de los Madrozo, N. 9
Madrid, España

ORTO

Revista de difusión cultural

Director fundador:
Juan F. Sariol

Suscripción anual, \$ 3,50
Manzanillo, Cuba

CERVANTES

Directores:
Arturo Zapata
Rafael Mayo

Gerente:
Bernardo Londoño Villegas

12 números, \$ 1,50

Apartado N° 404

Bogotá, Colombia

LA REVUE MONDIALE

Ancienne Revue des Revues
Encyclopédie de quinzaine

Fondateur:
Jean Finot

Directeur:
Louis Jean Finot

Dirección postal:
Paris, 45, rue Jacob (6e)

ECUADOR

Revista de cultura
y propaganda

Dirige:

Victor H. Escala
Caracas, Venezuela

CULTURA VENEZOLANA

Revista mensual

Director:

JOSE A. TAGLIAFERRO

Suscripción anual, 6 dólares

Dirección:

Apartado No. 293
Caracas, Venezuela

MERCURIO PERUANO

Revista de Ciencias Sociales
y Letras

Director—Fundador:

VICTOR ANDRES BELAUNDE

Suscripción: 6 dólares

Apartado N° 176
Lima, Perú

REVISTA BIMESTRE CUBANA

Publicación de la Sociedad
Económica de Amigos del País

Director:

FERNANDO ORTIZ

Apartado N 214
Habana, Cuba

REVISTA CHILENA

Diplomacia, Política, Historia,
Artes, Letras

Fundador:

ENRIQUE MATTA V.

Director:

FELIX NIETO DEL RIO

Dirección:

CORREO 8
Santiago, Chile

CLARIDAD

Revista de Arte, Crítica y Letras

TRIBUNA DEL PENSAMIENTO
IZQUIERDISTA

Director:

ANTONIO ZAMORA

Casilla de Correo N° 738

Buenos Aires, Argentina

TIERRA NATIVA

Revista Gráfica Semanal

Director:

J. M. SALAZAR ALVAREZ

Dirección:

Carrera 10 Sur, N° 536
Bucaramanga, Colombia

A T E N E A L A N A V E

al cuidado y dirección

DE HUMANES

Acontecimiento literario

U N I V E R S A L

Ultimos volúmenes (encuadernados)	Ptas.
Amadeo Vives: Soffa	4.50
O. Wilde: O. C. 4. Teatro 1	3.50
O. Wilde: O. C. 5. Teatro 2	3.50
R. Turró: La disciplina mental	2.00
Wells: Esquema de la Historia (2 t.)	40.00
F. Dostoiewski: El idiota (3 tomos)	7.50
H. G. Wells: Paz o Guerra	4.00
R. L. Stevenson: La Resaca	4.00
O. Wilde: T. blanco	4.50
Dostoiewski: Los hermanos Karamazow	8.00
Loos: Los C. las prefieren rubias	4.00
F. Dostoiewski: El Eterno Marido	3.50
O. Wilde: O. C. 7. Teatro 4	4.50
Wilde: El crimen de L. Arturo	4.50
Dostoiewski: Stepanchikovo	3.50
G. Miró: El Libro de Sigüenza	4.00
Stevenson: Aventuras	4.50
Stevenson: La Casa Solitaria	3.50
Salazar: La Música Contemporánea	9.00
Dostoiewski: La Timida	3.50
Dostoiewski: Novela en 9 cartas	3.50
Dostoiewski: El Doble (3ª edición)	4.00
Wilde: Intenciones	4.50
Wilde: El Alma del Hombre	4.50
Dostoiewski: Un pequeño héroe	3.50
R. Gómez de la Serna: Azorín	10.00

Remítanos el importe de su pedido por giro postal o cheque sobre Madrid y le enviaremos los volúmenes que indique por correo certificado, libre de todo gasto. Los pedidos contra reembolso se recargan de los gastos de envío.

LA NAVE.—Apartado 644—Madrid.

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

De Filosofía y Letras, Ciencias y Educación,
Misceláneas y Documentos

DIRECTOR:

J. GARCIA MONGE

Suscripción anual: 6 dólares

DIRECCION:

Apartado Letra X.

SAN JOSE DE COSTA RICA, CENTRO AMERICA.

N O S O T R O S

REVISTA MENSUAL DE LETRAS, ARTE, HISTORIA,
FILOSOFIA Y CIENCIAS SOCIALES.

DIRECTORES:

ALFREDO A. BIANCHI

ROBERTO F. GIUSTI

SECRETARIO:

EMILIO SUAREZ CALIMANO

Suscripción anual: ocho dólares

Dirección y Administración:

LAVALLE 1430. U. T. (38) 4341 Mayo

BUENOS AIRES, ARGENTINA

El último libro del Ecuador:

HISTORIA DE LA REPUBLICA

por

OSCAR EFREN REYES

Libro completamente nuevo, por todos sus lados: por el método con que se agrupan y clasifican los hechos de la historia democrática en el Ecuador; por las verdades que se consignan, y por el brío y fuerza del espíritu espencriano con que se han sometido a revisión hechos, ideas y personajes de este país, "cuya historia política es como la de sus volcanes encendidos: agitada, rugiente, incomparable"....

La prensa de América y eminentes hombres de letras han consagrado a este libro fervorosos elogios; pues, los estímulos y caracteres políticos del Ecuador se sienten, como propios, en cualquier otro país del Continente, "ya que pasiones, ideas, vicios constitucionales, caracteres y raíces fundamentales, son los mismos en toda la Historia de América española".

Envíos al Exterior: dos dollars.

Pídase a: Redacción de AMERICA, Apartado N° 462.

QUITO, Ecuador.